

J A I M E - S A B I N E S
A N T O L O G I A P O E T I C A



Indice

Semblanza	6	En la sombra estaban sus ojos.....	104
Sabines por Sabines	14	Te desnudas igual que si estuvieras sola	105
Ejercer los sentidos	14	Los he visto en el cine	105
Mi obra no debía ser la sombra de otros autores. 33		Tía Chofi	106
La poesía es un destino	43	A estas horas, aquí	108
Me encanta Dios.....	51	No quiero paz	110
Sin el pudor del silencio.....	56	La cojita está embarazada.	110
Sobre Sabines y su Obra.....	65	Ésa es su ventana.....	111
Poesía y Crónica.....	65	Sigue la Muerte.....	113
Condenado a Vivir.....	68	1.....	113
Certeza y Urgencia de Vivir	71	2.....	115
Corazón Puro y Limpio.....	77	3.....	115
La imprecación que no cesa.....	82	4.....	116
Solo, solo, solo, Jaime Sabines se despidió de la hermosa vida	86	Adán y Eva (1952)	118
Horal (1950)	91	I	118
Lento, amargo animal.....	91	II.....	118
Yo no lo sé de cierto.....	92	III.....	119
Los amorosos.....	92	IV	119
Entresuelo	94	V.....	120
Horal.....	96	VI	121
Uno es el hombre	96	VII.....	122
Yo no lo sé de cierto, pero supongo	97	VIII.....	123
Me gustó que lloraras	98	IX.....	123
Es la sombra del agua.....	99	XI.....	125
Mi corazón emprende... ..	100	XII	125
Miss X.....	101	XIII.....	126
La Señal (1951).....	103	XIV.....	127
En los ojos de los muertos.....	103	XV	127
		Tarumba (1956).....	128
		Tarumba.	128
		A la casa del día.....	128
		Ay, Tarumba	129

La mujer gorda	129	He aquí que estamos reunidos	152
En este pueblo	130	Igual que la noche	153
A caballo.....	130	Ahora puedo hacer llover	153
Después de leer tantas páginas	131	Yuria (1967)	154
Oigo palomas en el tejado del vecino.....	132	Cuba 65	154
¿Qué putas puedo hacer...?.....	132	1.....	154
La primera lluvia del año.....	133	2.....	155
Amanece la sangre doliéndome.....	134	3.....	156
Duérmete, mi niño, con calentura	134	4.....	156
La procesión del entierro	136	5.....	158
Dice Rubén.....	136	6.....	159
Ocurre que la realidad.....	137	7.....	159
Soy mi cuerpo.....	137	8.....	160
Aleluya	138	9.....	161
Diario Semanario y Poemas en Prosa (1961).....	139	Espero curarme de ti	162
La tarde de domingo es quieta.....	139	Qué costumbre tan salvaje	162
Te quiero a las diez de la mañana.....	139	Cuando tengas ganas de morirte	163
¿Es que hacemos las cosas	140	Te quiero porque tienes.....	164
Si hubiera de morir dentro de	141	El mediodía en la calle.....	165
¿En qué callejón...?	142	Esta mañana imaginé mi muerte.....	165
En el estadio de la ciudad	142	Pétalos quemados.....	166
A medianoche.....	143	Cuando estuve en el mar.....	166
Hay un modo de que me hagas... ..	144	Me dueles	167
Con la flor del domingo	144	Canonicemos a las putas... ..	168
Ocurre que la realidad.....	145	Autonecrología V	169
Soy mi cuerpo.....	145	Autonecrología VI.....	170
La procesión del entierro	145	Soy mi cuerpo	171
Dice Rubén.....	146	Me preocupa el televisor	171
Poemas Suelos (1951-1961).....	147	Para hacer funcionar a las estrellas.....	172
Tu cuerpo está a mi lado.....	147	Pensándolo bien... ..	172
No es que muera de amor, muero de ti	148	Cantemos al dinero	173
No es nada de tu cuerpo	149	Maltiempo (1972).....	175
Me doy cuenta de que me faltas	150	Doña Luz xvii.....	175
He aquí que tu estás sola	151	Doña Luz xxi.....	175
		Tlaltelolco 68	176
		1.....	176
		2.....	177
		3.....	177

4.....	178	Otros Poemas Suelos (1973-1994).....	201
5.....	178	El peatón.....	201
6.....	179	La luna.....	202
Como Pájaros Perdidos.....	179	Tu Nombre.....	203
I.....	179	Sísifo.....	203
II.....	180	¿Nocturno?.....	204
III.....	180	Todo me lo has dado, Señor.....	205
VII.....	180	Estoy metido en política.....	205
IX.....	180	Me Encanta Dios.....	206
X.....	180	A estas horas, aquí.....	207
XII.....	181	otros poemas.....	209
XIII.....	181	Actualidad.....	209
XIV.....	181	Caballos de fuerza.....	209
XVII.....	181	Del mito.....	210
XIX.....	181	Dentro de poco vas a ofrecer.....	210
XXI.....	182	Después de todo.....	211
XXV.....	182	Digo que no puede decirse el amor.....	211
XXVI.....	182	El día.....	212
XXXIII.....	182	El diablo y yo nos entendemos.....	213
XXXVI.....	183	En el saco de mi corazón.....	214
XXXVII.....	183	En serio.....	214
XXXVIII.....	183	Esa es su ventana.....	215
He repartido.....	183	Familia.....	216
Algo Sobre la Muerte del Mayor Sabines (1973)....	185	La ola de Dios.....	216
Primera Parte.....	185	Me alegro de que el sol haya salido.....	216
I.....	185	No quiero convencer a nadie de nada.....	217
II.....	186	Padre mío, señor mío, hermano mío.....	218
III.....	187	¡Qué risueño contacto.....	219
IV.....	188	Ocurre que la realidad.....	219
V.....	189	Otra carta.....	219
VI.....	190	Pensándolo bien.....	222
VII.....	190	Pequeña del amor.....	223
VIII.....	191	Preocupación de Job.....	224
IX.....	192	Se mecen los árboles.....	224
X.....	192	Si hubiera de morir.....	225
XI.....	192		
XII.....	193		
XIII.....	193		
XIV.....	194		
XV.....	195		
XVI.....	195		
XVII.....	196		
Segunda Parte.....	196		
I.....	196		
II.....	197		
III.....	199		
IV.....	199		
V.....	200		

¡Si uno pudiera encontrar.....	225
Veremos.....	226
La Luna es Tuya	227
Boca de Llanto.....	227
Amor mío, mi amor....	228
Codiciada, prohibida.....	229
Vamos a guardar este día.....	229
Cuando estuve en el mar era marino.....	230
Sitio de amor.....	231
Me tienes en tus manos.....	232
Sólo en sueños	233
Tú tienes lo que busco	234
Casida de la tentadora.....	234
Se ha vuelto llanto este dolor ahora	235
Entonces se enviaban suspiros en las rosas.....	235

No hay más, sólo mujer.....	236
Boca de llanto.....	236
Allí había una niña	237
Vieja la noche.....	238
Quiero apoyar mi cabeza.....	238
Boca del llanto	239
Los días inútiles.....	240
Igual que los cangrejos.....	240
Pasa el lunes.....	242
La hermana Rosa	243
Tres poemas	245
Bibliografía de Jaime Sabines.....	249

Semblanza

Pilar Jiménez Trejo

Jaime Sabines nació en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 25 de marzo de 1926. Es hijo del mayor Julio Sabines, de origen libanés, y de doña Luz Gutiérrez, nacida en Chiapas.

Julio Sabines, nació en un pueblo cerca de Líbano, siendo un niño junto con sus padres y sus dos hermanos emigró a América. La familia se asentó en Cuba, pero pocos años después Julio se marchó a México. Participó en la Revolución y, al llegar a Chiapas, había alcanzado ya el grado de capitán de las fuerzas carrancistas. Por su parte, Doña Luz pertenecía a la alta sociedad chiapaneca de su tiempo. Fue hija de Joaquín Miguel Gutiérrez, jurista y dirigente liberal que fue gobernador del estado en cuyo honor la capital, Tuxtla, lleva su apellido. Julio y Luz tuvieron tres hijos: Juan, Jorge y Jaime, nuestro poeta.



Fue durante la preparatoria cuando Jaime publicó sus primeros poemas en el periódico de la escuela llamado El Estudiante; Algunos de ellos están en su

primer libro, *Horas*. No obstante, reconoce que la mayoría de lo escrito en esa época eran versos de principiantes, como lo dejan ver —dice— los mismos títulos: "A la bandera", "A mi madre", "Primavera", "Introspección", y poemas a las novias. Sabines llegó a ser director de ese periódico, que alguna vez lo consideró un futuro valor de las letras chiapanecas



En 1945 viajó a la ciudad de México para estudiar medicina, carrera que abandonó a los tres años porque su concepto romántico de la medicina —quería inventar medicamentos— desapareció en los primeros meses en que estuvo en el antiguo edificio de la Inquisición, en la Plaza de Santo Domingo en el Centro Histórico, edificio sede de la Escuela de Medicina. De pronto se encontró solo, en una ciudad indiferente, y se puso a leer con fruición y desvarío. Nació la necesidad de escribir sus angustias. No quería ser médico. El poeta se hizo en ese tiempo en que estuvo en contacto con el dolor humano.



Fue en este mismo año cuando publicó el primer poema que consideró bueno, "Introducción a la muerte", en la revista América, que dirigían Efrén Hernández y Marco Antonio Millán.

Después, Jaime regresó a Chiapas, donde permaneció un año. Trabajó como vendedor en la mueblería Sabines, propiedad de su hermano Juan. En 1949 regresó a la ciudad de México e ingresó a la Escuela de Filosofía y Letras.

En su nueva facultad encontró su verdadera vocación, aprendió a ver la poesía no sólo como un don sino como un oficio. Entre sus maestros figuraban Julio Torri, Amando Bolaños e Isla, Julio Jiménez Rueda, Enrique González Martínez, José Gaos, Eduardo Nicol. Entre sus compañeros y amigos han destacado Sergio Magaña, Sergio Galindo –su gran amigo–, Emilio Carballido, Rosario Castellanos, Dolores Castro, Luis Josefina Hernández. Algunos solían reunirse a discutir y comentar sus textos en la casa de Efrén Hernández, lugar al que asistían poetas, novelistas y dramaturgos. Ahí conoció Sabines a Juan Rulfo, a Pita Amor, a Guadalupe Dueñas y a Juan José Arreola.

Aunque Jaime Sabines comenzó a escribir a los dieciséis años, lo que rescató fue aquello que empezó a hacer a partir de los veintitrés, cuando notó que tenía una voz propia y decidió publicar *Horas*.



Al aparecer esta obra, Carlos Pellicer se ofreció a hacerle un prólogo, pero Sábines rechazó la oferta porque no deseaba empezar a andar con muletas, apoyándose en la celebridad de otro.

En 1952, cuando había cursado tres años en Filosofía y Letras, se vio obligado a regresar a Tuxtla ya que su padre había sufrido un accidente y se encontraba grave. Durante los años universitarios, además de Horal, había escrito *La señal* y *Adán y Eva*.

En mayo de 1953 su hermano Juan, al ser elegido diputado, viajó a la ciudad de México, motivo por el cual le dejó su tienda de ropa a su hermano Jaime, el cual contrajo matrimonio ese mismo año con Josefa Rodríguez Zebadúa, a quien conocía desde niño.



De regreso en Tuxtla, después de su matrimonio en México e instalado en la tienda de telas El Modelo, Sabines se propuso como ejercicio de sombra — como hacen los boxeadores — hacer un soneto diario a lo largo de un mes, con la única finalidad de que la mano no se olvidara de escribir y no para buscar alguna disciplina, de la que, en el caso de la poesía, nunca ha sido creyente.

Durante siete larguísimos años, de 1953 a 1959, el poeta, a pesar de haber publicado tres libros, vivió imprecando contra su suerte por tener que hacer algo tan indigno como barrer la calle, levantar las cortinas y mercar telas. "Entonces fue un gran aprendizaje de humildad — dice —, allí se me fue toda la vanidad, esa que tienen los jóvenes. Yo me sentía humillado y ofendido por la vida. ¿Cómo era posible que estuviese en aquella actividad, la más antipoética del mundo, la del comerciante?" Al cabo de dos o tres años la actividad fue ejerciendo sus influjos. La hostilidad de la provincia, para un poeta que había probado la hostilidad de la gran urbe, se nota en su libro *Tarumba*, nacido tras el mostrador de telas en 1945, cuando iba a nacer su hijo Julio.

Al publicar *Tarumba*, Sabines tenía treinta años, cuatro libros, estaba casado, y tenía un hijo, vendía telas en su tienda, a donde llegaban a pedirle consejo y a

beber con él otros poetas más jóvenes: Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos, Óscar Oliva, quienes más tarde formarían parte del grupo La Espiga Amotinada.

Sabines regresó a México en 1959, cuando su hermano Juan instaló una fábrica de alimentos para animales, a la que llegó a trabajar. Ese mismo año, en el mes de abril, el Ateneo de Ciencias y Artes le otorgó el Premio Chiapas.

De regreso en la ciudad de México, escribió Diario Semanario, un poema de amor a la enorme ciudad, la reconciliación con la gran urbe, como ha dicho el propio Sabines.

A raíz de la enfermedad y muerte de su padre, Sabines escribió en distintas épocas cada una de las dos partes de Algo sobre la muerte del Mayor Sabines. "Todo el poema –rememora el poeta– se hizo con llanto, con sangre. Es un poema del que no me gusta hablar porque es puro dolor, desgarramiento, impotencia ante la muerte..."



En 1962, la UNAM publicó el primer Recuento de poemas de Jaime Sabines, donde se recopiló casi todo lo que había escrito hasta entonces.

Dos años después fue becario del Centro Mexicano de Escritores, donde estaban Juan Rulfo, Francisco Monterde y Salvador Elizondo. Fue precisamente durante esa beca que el poeta escribió la segunda parte de Algo sobre la muerte del Mayor Sabines.

En 1965 visitó Cuba como jurado del Premio Casa de las Américas. Quedó impresionado por las carencias y mucho trabajo con que vivía la gente allá. Esto le produjo un desencanto con la izquierda. A raíz de esto escribió poemas de carácter político que incluiría en Yuria, publicado en 1967. Yuria no significa nada en especial, explica el poeta: "es el amor, es el viento, la noche, el amanecer, incluso un país o bien una enfermedad".

En 1966 murió su madre, Doña Luz. Al cabo de unos meses le escribió. Buscó hacer un canto tierno, librarse de tantas muertes. Sin embargo, al final descubrió que "ante la muerte lo único que se tiene es la cabeza rota, las manos vacías, ante la muerte el poema no existe". "Doña Luz", que forma parte del libro Maltiempo (1972), no deja de ser una reflexión filosófica ante la vida. Además, el libro habla de la cotidianidad, del cadáver de su gato, del viaje a la luna, del '68. No se trata de poesía de intensidad sino de ideas, de trucos, de inteligencia y malicia poética, explica el autor. Dos años más tarde de esta publicación, en 1974, recibió el Premio Xavier Villaurrutia.

En 1976 y 1979 fue diputado federal por Chiapas. En 1982, año en que hizo erupción el Chichonal, le fue otorgado el Premio Elías Sourasky. Sabines se encontraba en Pichucalco cuando se enteró de la noticia, pero le pareció fútil que mientras él era distinguido así, la naturaleza se encargaba de decirle lo poco importante que son estas vanaglorias y la pequeñez humana y el desamparo ante lo verdaderamente ingente.

En 1985, compró un rancho cerca de los lagos de Montebello al que bautizó con el nombre de Yuria. Fue una época en la que cultivó la tierra, y en la que estuvo en contacto profundo con la naturaleza. En 1988 fue elegido diputado por el Distrito Federal, motivo por el cual dejó su rancho.

También en 1985, recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes. En 1986, con motivo de sus sesenta años, fue homenajeado por la UNAM y el INBA. Ese mismo año el Gobierno del Estado de Tabasco le entregó el Premio Juchimán de

Plata. En 1991 , el Consejo Consultivo le otorgó la Presea Ciudad de México y en 1994 el Senado de la República lo condecoró con la medalla Belisario Domínguez. Por su libro *Pieces of Shadow* (Fragmentos de sombra), antología de su poesía traducida al inglés y editada en edición bilingüe, Jaime Sabines ganó el Premio Mazatlán de Literatura 1996.

En la última década la enfermedad golpeó el cuerpo del poeta. Una fractura en la pierna izquierda, la complicación de varios males a los que sumaron más de 35 operaciones, hicieron que Sabines permaneciera gran parte de esos años en casa. Tiempo en que el poeta pudo reflexionar más acerca de la condición humana, y en el que logró concluir apenas un poema "Me encanta Dios", un canto que marca su "reconciliación con Dios". Tiempo también en el que revisó sus libretas donde fue escribiendo cada uno de sus poemas, de ahí Sabines rescató algunos que se convertirán en breve en sus Poemas rescatados. En ese tiempo, el poeta también pudo viajar, cuando la enfermedad no arreciaba tanto, las ciudades de Tamaulipas, Monterrey, Guadalajara, Tijuana y Tuxtla Gutiérrez, recibieron a Sabines para escucharlo decir sus poemas. En 1995 estuvo en Nueva York para presentar su libro *Pieces of Shadow*; junto a su traductor W.S. Merwin. Sabines leyó algunos versos en el atrio de la catedral de San Juan "El Divino". En el verano de 1997 participó en un encuentro de poesía en la capital holandesa. En octubre de ese mismo año viajó a Quebec, Canadá, para estar en un encuentro de poesía y en la publicación de su antología bilingüe (francés-español) *Les poemes du piéton*. Dos meses más tarde se encontraba en la capital francesa para presentar una nueva edición de *Tarumba*, traducido por Jean-Clarence Lambert; en ese mismo viaje a Europa, Sabines fue homenajeado en Madrid por la Asociación de Artistas y Escritores de España. Muchos encuentros más esperaban al poeta. Pero el dolor se impuso ante su cuerpo.

El 19 de marzo, a seis días de cumplir 73 años, Jaime Sabines decidió no luchar más contra la enfermedad. El poeta murió en su casa, acompañado de su esposa Chepita y sus cuatro hijos. Entonces ante el dolor de sus lectores, sus hijos recordaron en los diarios lo que Jaime Sabines siempre les dijo: "No hay que llorar la muerte, es mejor celebrar la vida". Sabines siempre supo, que habría de amanecer.

Encontrada en: <http://www.cnca.gob.mx/sabines/semblan.html>

Sabines por Sabines

Ejercer los sentidos

ALEJANDRO TOLEDO

El poeta Jaime Sabines (1926-1999) al final de su vida dedicó algunos meses a releer sus viejas libretas: de ellas saldrá muy pronto un tomo de "poemas rescatados". La lectura de esos cuadernos lo llevó al recuerdo de sus años de estudiante: en la Escuela de Medicina, primero, y en la de Filosofía y Letras más tarde. Estas impresiones fueron rescatadas durante varias entrevistas entre Alejandro Toledo y el poeta, para hacer posible el texto que se reproduce a continuación, del cual se han omitido las preguntas con el fin de hacer más fluida su lectura.

**

Mi primer contacto con la Universidad fue la Escuela de Medicina, la que estaba en Santo Domingo, que había sido edificio de la Inquisición y que para mí, durante los tres años que estuve ahí, lo siguió siendo. En realidad odiaba esa escuela, y hasta la fecha me da escalofríos pasar por ahí... Yo venía de provincia, de Tuxtla Gutiérrez, una ciudad pequeña —en esa época, de treinta mil habitantes—, y la de México no era una ciudad tan grande como lo es ahora, pero proporcionalmente sí lo parecía: en 1945 tendría dos millones de habitantes. Cursé hasta la preparatoria en Tuxtla, y luego quise venir a la Universidad a estudiar medicina. Yo pensaba que mis papás querían un hijo médico, y se pusieron muy contentos de que fuera a estudiar medicina. Hice el viaje, fui a inscribirme a la universidad y ahí empezaron los traumas. Yo solito, en un ambiente que no conocía, me sentía desolado, abandonado, víctima de la agresividad de la ciudad de México. Un primo mío me llevó a inscribirme.

—Tienes que levantarte a las tres y media —me dijo— porque hay que estar a las cuatro.

Y llegamos, pues, a las cuatro de la mañana, y ya había cola como de cuadra y media. A las nueve abrieron la universidad —era el horario normal—, a esas horas empezó a funcionar la fila; llegué a la ventanilla exactamente a la una de la tarde, y la señora me dio con la puerta de la ventanilla en las narices.

—Pero oiga usted...

—Nada, ya se acabó. Venga mañana.

Ahí empezaron los traumas. Al día siguiente tuve que volver a hacer cola a las cuatro de la mañana. Por fortuna llegué a la ventanilla como diez minutos antes de la una, y me atendió la vieja del día anterior, una mujer odiosa, por lo menos para mí se merecía todos los calificativos... Era la señorita Nájera, no me olvidaré jamás de su nombre pues tuve que tratar con ella varias veces y siempre me tronaba las puertas en las narices. La cosa es que por fin me inscribí en la Escuela de Medicina.

Paseo de perros

La clase de anatomía era a las siete de la mañana, y yo hice todo lo posible para asistir a esa hora y no pude. Vivía a tres cuadras de la escuela, en Belisario Domínguez. A pie iba yo, pero a las siete de la mañana no podía... Un doctor, de apellido Bandera, daba su materia de anatomía a las tres de la tarde, era el único que la daba a esa hora. Y la de anatomía era la clase fundamental. Opté, entonces, con el doctor Bandera, pero al presentarme...

—Usted está inscrito a las siete de la mañana.

—Sí, doctor.

—Tráigame una orden del profesor para poder hacer el cambio.

Transcurrieron cuatro meses para que consiguiera esa orden. Así que a mediados de año ya estaba condenado a una prueba doble, porque tenía una de faltas con el maestro Bandera...

Ya le había agarrado horror a la escuela. Me aconsejaron, y lo hice al pie de la letra, que me hiciera pasar por muchacho de segundo año reprobado, para evitar las novatadas, que eran terribles: te pintaban a cada rato, no sólo te cortaban el pelo sino que te echaban pintura, te montaban, te hacían lo que querían... Me hice entonces pasar como alumno de segundo año reprobado, me aprendí quiénes habían sido los maestros, lo hice muy bien y evité todo, todo... Ya había evitado hasta el paseo de perros, la culminación de las novatadas: agarraban a todos los novatos, les echaban pintura ya todos pelones, los montaban, los hacían pasear por el zócalo, por las principales avenidas del centro... Los vejaban, pues, de la manera más cochina. Yo me libré de todo eso. Pero como a diez días de paseo, un traidor chiapaneco le dijo a unos cuates:

—Ese tipo se ha hecho pasar por reprobado de segundo, pero no es cierto. Yo lo conozco muy bien, es de Chiapas, se llama...

Fueron conmigo y negué todo...

—Mira, hermano, olvídate: ya te libraste bastante tiempo y te burlaste. Dale gracias a Dios, pero de la peloneada no te vas a salvar.

Y me dejé. Me pasaron la maquinita de rasurar por un costado de la cabeza y por el otro. Había una señora gorda y chaparra, era un barril, medio loquita, que llegaba a la escuela todas las tardes; enamoraba a los muchachos, y éstos le hacían la corte... Recién peloneado que agarran a la señora y la ponen a bailar conmigo. Ésa fue la humillación mayor; desde todos los portales de arriba estaban los estudiantes viendo lo que hacía yo con la vieja aquella. Salí humillado y ofendido de la bailada.

Condenado a repetir la clase

Una experiencia en verdad dura fue mi primer examen. Había una clase de embriología que era semestral, todas las demás materias duraban un año. En junio se hacían los exámenes de embriología. Reunían a todos los grupos en el auditorio, que tenía capacidad como para setecientos u ochocientos estudiantes. Acudí al examen, sabía yo de la materia —era machetero, estudiaba mucho—, y a mi lado se sentó un muchacho... No olvidaré tampoco su nombre: Sánchez

González, Alberto. Yo: Sabines Gutiérrez, Jaime. Me dijo:

– Oye, mano, sóplame...

– Espérate, estoy contestando mi examen.

Pasaban los maestros en sus rondas de vigilancia. Contesté mi prueba y luego le dije todos los datos que pude, lo ayudé bastante. Era obvio que mi prueba estaba mejor desarrollada. La cosa es que entregamos los exámenes; en una mesa estaba el maestro con todos sus ayudantes.

Como a los ocho días salieron las listas con las calificaciones. Y me dice feliz un amigo de Chiapas, que había querido competir conmigo toda la primaria, secundaria y preparatoria:

– Jaime, ya salieron las calificaciones.

– ¿No te fijaste cuánto saqué?

– Sí, claro. Sacaste cero.

– ¿Qué? ¡Estás loco!

Bajo la escalera estaban las calificaciones. Miro: "Sánchez González, Alberto: 8", "Sabines Gutiérrez, Jaime: 0". Me dije: es un error, con seguridad me saqué diez y aquí me ponen cero. Fui a ver a la señorita Nájera.

– ¿Qué se le ofrece?

– Esto, señorita: creo que hay un error...

– ¿Cuál es su nombre?

– Sabines Gutiérrez, Jaime.

– No, señor, no hay ningún error: tiene usted cero.

— Pero, señorita...

— No hay ningún error, deje usted de molestar.

Y yo: qué hago, Dios mío. No había otra clase de embriología. Con cero estaba condenado a repetir la clase en el siguiente año; de haber reprobado con cinco tenía derecho al extraordinario. Averigüé entonces la dirección del doctor Daniel Nieto Roaro, que vivía en avenida Chapultepec y ahí tenía su consultorio. Y voy a buscarlo. Había dos o tres gentes. Abría él la puerta: pase usted, pase usted... Hasta que me tocó mi turno.

— Pase usted, joven — me dijo, muy atento, pero en cuanto le dije "maestro" él se volvió a verme y cambió de actitud: del que busca la lana al que está viendo a un pobre diablo que es su alumno — . ¡¿Qué desea?!

— Maestro, vine a verlo porque me pasa esto... Estoy seguro que no puedo tener cero, yo sé embriología.

— ¿Cuál es su nombre?

Se lo di, el doctor Nieto sacó una listita de seis gentes.

— Sabines, aquí está. Sí tiene usted cero.

— ¿Por qué, maestro?

— Usted contestó "presente" cuando pasé lista, pero su prueba nunca apareció: usted no me presentó su prueba.

— La dejé en el escritorio...

— Es lo que usted dice, yo no la tuve.

— Maestro, no me haga usted eso, con cero no puedo ni hacer el extraordinario.

— No es culpa mía.

—Hágame usted un examen ahorita, hágame cinco preguntas y si no sé reprobéme.

—No estoy para hacer exámenes cuando los alumnos quieren, la Universidad es la que determina la fecha de los exámenes. Tenga la bondad de retirarse.

Salí del consultorio deseando tener una pistola y balacear al viejo chaparro ese. Ahí se acabó mi aventura de la Escuela de Medicina. Se acabó porque perdí la fe, la confianza en mí mismo. Recuerdo que cuando presenté neuroanatomía y saqué 9.5 no lo creía. Me sentía como si hubiera robado la calificación. Y luego, en ese año de 1945, estalló una huelga en la Universidad. No sabía qué hacer: estaba esperando mi examen de anatomía para el 20 de diciembre, y la huelga estalló el cuatro. Quería ir a pasar las vacaciones a mi tierra, cuando menos pasar la Nochebuena y el Año Nuevo con mis viejos. Le hablé a mi papá y le pregunté si podía irme. Me dijo:

—Sí, vente.

Y así me fui a pasar la Nochebuena, con la alegría a medias: seguía debiendo anatomía, que era la base de toda la carrera.

Y lloré como un muchachito

Regresé en febrero y presenté el examen extraordinario. Luego a la clase de disecciones, que también era a las siete de la mañana, casi no llegué, tuve muchas faltas. La prueba teórica la resolví muy bien, pero en la práctica me tocó la rodilla para diseccionarla... Se acercó el maestro:

—¿Qué es esto?

—Mire, el ligamento anterior...

—¡Esto es una carnicería!

Nunca le tuve miedo ni horror o asco al cuerpo humano, pero no aprendí. Sabía de anatomía teóricamente. Con todo eso me pusieron dos sietes y un siete punto cinco.

En segundo año el equivalente de la anatomía era fisiología. También me tocó al final de año prueba doble, pues ya casi no iba a la escuela. Odiaba la escuela. Y había una clase de maestros... Decían: hay mucho estudiante de medicina, ya somos muchos médicos, ¿por qué no se van a estudiar otra carrera?

En esos tres años de la Escuela de Medicina me hice poeta, con el dolor, la soledad y la angustia. Compraba unas libretas muy grandes, y no había noche que no me pusiera a escribir de mis angustias, de mis penas, de mi tragedia personal. Escribía páginas y páginas. Nunca salió un buen poema, desde luego, nunca publiqué nada de eso. Pero sí agarré el oficio de poeta en esos tres años, pues escribía yo por necesidad. Anteriormente hacía un poema a la novia, todo muy bonito. Lo hice en serio cuando sentí la agresión de la capital, cuando sentí la soledad... Lo primero fue lo hostil de la enorme ciudad de México, y la hostilidad particular hacia mí en la escuela: fue mi estado de ánimo el que acrecentaba los estragos que hacía en mí la Escuela de Medicina.

Después de tres años me decidí a hablar con mi padre. Fui a Chiapas en unas vacaciones.

—Oye, viejo, te voy a decir una cosa. Voy a seguir estudiando medicina, pero nada más para colgar el título en la pared de tu casa; no voy a ejercer como médico.

Mi papá se me quedó viendo sin entender. Yo seguí:

—No quiero seguir estudiando medicina. Si sigo será porque tú me obligues a eso.

—¿Pero quién te ha obligado, hijo? Nadie te dijo: ve a estudiar medicina. Tu mamá y yo nos pusimos muy contentos porque íbamos a tener un hijo médico, pero lo mismo hubiera sido si nos dijeras: voy a estudiar ingeniería, quiero ser abogado... Lo que quisieras ser nos daría mucho gusto porque ni Juan ni Jorge,

tus hermanos, pudieron estudiar más allá de la preparatoria. Nosotros no te guiamos ni te dijimos que estudiaras medicina.

—Pues no.

Me volví, fui a mi cuarto y me puse a llorar como un muchachito, a grito pelado, convulsivamente. Era la tensión de tres años de angustia, que se resolvieron de la manera más sencilla y absurda. Me di cuenta que era yo el que se presionaba.

Mientras un gato la mira

Dejé la medicina en paz y después vine a Filosofía y Letras, que estaba en Mascarones. Ahí me sentí de maravilla. Ya conocía la ciudad de México, ya había pasado tres años solo. Y me fui con mi vieja casera, doña Anita, que vivía con una hermana y una hijita, la niña que toca el piano "mientras un gato la mira", que era la Maruca. Doña Anita se había cambiado a la calle de Cuba, a una cuadra de donde vivíamos antes. Era yo su único huésped. Había dos recámaras: una para la viejita, su hermana y su hija, y otra que daba a la calle y era la que me alquilaba... Lo que tenía enfrente era la calle de la perdición: estaba el teatro Lírico, con una escandalería hasta la una de la mañana; y a un lado del Lírico estaban dos cabarets, La Perla y Las Cavernas... Y éstos eran centros nocturnos más o menos potables, pues cuando estudiaba medicina me iba a meter a unos cabarets de rompe y rasga. Recuerdo uno que se llamaba El Chapulín, en el que no había día de Dios en que no hubiera uno o dos heridos de arma blanca. A un amigo mío una vez lo iban a matar. Era pura gente de baja ralea, y pura muchacha de a veinte centavos la pieza.

Me instalé, pues, en República de Cuba y me inscribí en Mascarones. Las clases eran de las cuatro de la tarde a las ocho de la noche todos los días. Uno de mis maestros fue Julio Torri, viejito delicioso al que nadie le hacía caso. Tenía una vocecita, y en el salón como de sesenta muchachos se la pasaban todos platicando. Yo procuraba sentarme cerca, en primera o segunda fila, para escucharlo. Conocía ya sus escritos, sus poemas en prosa. Torri no se peleaba, no decía: "Cállense" ni regañaba a los estudiantes ni nada, iba a lo suyo, el que quisiera oírlo que lo oyera. El maestro que más admiraba era José Gaos, pero él daba filosofía. De todos modos, siendo estudiante de lengua y literatura me iba

a meter a las clases de Gaos, como oyente. Ahí hice muchos amigos como Ricardo Guerra, que fue marido de Rosario Castellanos, o Fernando Salmerón, que acaba de morir... En Mascarones también andaba Héctor Azar, al que teníamos como en segundo término, como un año atrás...Ya después se hizo un gran director de teatro. Estaban además Emilio Carballido, Sergio Magaña y las poetas Rosario Castellanos, Dolores Castro y Luisa Josefina Hernández. Ahí estuvo unos meses el nicaragüense Ernesto Cardenal.

En Mascarones estuve tres años. Pensaba seguirme de largo, pero en las vacaciones de finales de 1951 mi padre sufrió un accidente muy serio en Chiapas. Me quedé hasta que salió del hospital, y cuando vine a ver ya habían pasado las inscripciones. Dije: voy a regresar el año entrante. Lo que no sucedió.

"Ahí está la tienda, Jaime"

Me habló uno que era candidato al gobierno del estado para saber si quería participar en su campaña. Pensé: de aquí cuando menos voy a sacar una beca y vuelvo a estudiar el año entrante. No hubo tal beca ni nada porque el tipo, el licenciado Efraín Aranda Osorio, era un sádico. Tuvo de oradores a tres jóvenes poetas —José Falconi, Enoch Cansino Casahonda y yo—, y a los tres nos quiso humillar. A Pepe Falconi lo tuvo haciendo antesala como mes y medio. Me enteré y le dije:

—¿Por qué te dejas humillar de ese modo? No es justo, hemos sido sus confidentes...

—Sí, Jaime, pero tú puedes hacerlo, yo no. Estoy casado y tengo un hijo.

Tenía razón, se tenía que aguantar. Aranda Osorio le dio chamba a los dos meses de estar haciendo cola.

Recuerdo que por esos meses se celebraba en Veracruz el carnaval, y mi padre quiso ir. Lo fui a dejar al aeropuerto, y encontramos a Aranda Osorio, ya gobernador.

—¡Mi mayor! —le dijo a mi papá.

Luego se volvió a mí:

— Jaime, no me has ido a ver.

— Pensaba yo que no era oportuno, licenciado.

— Búscame, Jaime, búscame.

Mi padre me llamó la atención:

— Ya ves, te he estado diciendo que lo visites. Deja tu orgullo a un lado.

— Bueno, voy a ir.

Al día siguiente fui al palacio de gobierno a verlo. Daba audiencia en un salón grande de esta manera: empezaba a humillar a todo mundo. Por ejemplo:

— A ver, tú, ¿qué se te ofrece? ¡Ah, chamba, otra vez chamba!

Llegó un momento, después de dos horas de estar ahí, en que pensé que a lo mejor no me había visto. Me puse de pie, dominaba las cabezas de la gente que estaba ahí. Incluso se llegaron a cruzar nuestras miradas. "Me va a llamar", me dije, y me senté. A las dos y cuarto o dos y media de la tarde se levantó el hombre:

— Señores, me van a perdonar. El gobernador también es un ser humano y tiene que ir a comer. Los que no pude recibir ahora, mañana los espero.

"Mañana esperas a tu madre", me dije. Y no volví. Eso significó que a los pocos meses me casara. No podía regresar a la escuela, no tenía dinero para costearme los estudios, y mi hermano Juan había sido designado diputado federal por primera vez en su vida y debía viajar a la ciudad de México con su mujer y sus hijos...

— Si quieres vivir de algo, ahí está la tienda, Jaime.

¡Hijo, la tienda de ropa! ¡Qué cosa es eso! Ni modo...

— ¿Cuánto voy a ganar?

— Fija tú el sueldo.

— ¿Te parece bien que gane mil pesos mensuales?

— Está bien.

Estamos hablando de 1952, y mil pesos daban apenas para vivir. Yo era un idiota también, y Juan, sabiéndolo, me dijo que escogiera yo el sueldo. Como al año y medio le reclamé:

— No me alcanza con lo que gano.

— Pues súbete el sueldo.

Y me lo subí a mil quinientos. Con esa cantidad se podía vivir, sí, aunque con aprietos: comprando fiado el refrigerador, los muebles de la casa...

Para mí la tienda fue un martirio. El comercio de ropa era el oficio más antipoético del mundo. Vendía lo mismo camisas que telas metreadas para hacerte un vestido, una falda, un pantalón. Lo odioso de esa situación era el regateo.

— ¿Cuánto cuesta ésta, patroncito? — me decía un indito.

Yo vendía a veinte pesos el metro de corte de pantalón, pero el pobre indito venía con su morral y sus ahorritos de seis meses para comprarse una muda de ropa...

— Te la voy a dejar en dieciséis.

Hacía mis cuentas: costaba catorce en la fábrica, le ponía un diez por ciento de traslado, renta de casa e impuestos.

— Le doy ocho, patrón.

¡No sabía yo vender! El mismo indito se iba a otras tiendas calle arriba y pagaba por aquel corte veintitrés pesos, pues así son los comerciantes: los explotan vilmente.

"Usted me engañó"

A los dos años la tienda de ropa de Juan ya venía para abajo: no vendía, no vendía, y sufría terriblemente por eso. Entonces abrí los ojos, porque empecé a comprar telas finas... Recuerdo que compré una pieza de seda natural color crudo, bonita seda. Pasó una de las señoras popof de Tuxtla, y me dijo:

— Don Jaime, ¿tiene alguna novedad?

— Sí, doña Laura.

Le mostré feliz la pieza de seda. Me costaba de fábrica treinta pesos el metro.

— ¿Cuánto cuesta, don Jaime?

— Treinta y cinco, doña Laura.

— Pero me va a dejar los tres metros en cien, ¿verdad?

Y le di a treinta y tres pesos el metro, que era apenas sacar los gastos. Como a los ocho días volvió doña Laura Cano muy enojada.

— ¡Usted me engañó! Eso que me vendió no era seda natural, ésa la tiene María Aramoni y cuesta sesenta pesos pero sí es seda natural.

A mi lado estaba un vendedor.

— Dígale a la señora qué clase de tela es ésta — le pedí.

— Es seda natural, de primera...

Ella no se fue muy convencida. Llamé a mi ayudante, Julio, y le dije:

—Quita los precios del aparador.

Tenía unos brocados que me costaban treinta pesos y los vendía yo a treinta y cinco...

—¿A cuánto los pongo, don Jaime?

—Cincuenta y cinco. Y esta seda natural vale desde este momento cincuenta y cinco, la vamos a dar cinco pesos más barata que doña María.

Y la tienda se fue para arriba. Me dediqué a vender pura tela fina.

Ésa fue una enseñanza, otra me la dio un yucateco. Era de esos muchachos que se dedican a vender cosas en la calle.

—Patrón, deme usted de su lino de la Burlington.

La Burlington era una fábrica que había en México con ese nombre. Fabricaban un tipo de lino, buena tela para pantalones o traje completo, que me costaba dieciséis pesos el metro. Si para un traje se necesitan cinco metros, son ochenta pesos.

—¿A cuánto me va a dejar el metro?

—En dieciocho.

—Bueno, deme usted cinco metros.

Pagó noventa pesos. Envolvió la tela, la puso en un papel de china y luego en periódico. A la media hora regresó.

—Me da usted otros cinco metros.

—¿Ya vendiste los otros?

— Sí, patrón.

— ¿Qué hiciste?

— Me chingué al diputado Cárdenas.

— ¿Y a cómo le vendiste el lino?

— Ah, no, patrón, eso no se lo puedo decir.

— Si no me dices a cómo, no te vuelvo a vender un metro.

— Se lo tuve que dar barato.

— ¿Cuánto es barato?

— Pues se lo di... Le dejé el corte en mil pesos.

— ¿A doscientos pesos el metro?

— Sí, a doscientos.

— Pues de ahora en adelante el metro te va a costar veinte pesos, no dieciocho, no te vuelvo a dar más rebajas, con lo que friegas a tus clientes es suficiente.

Abrí los ojos: la gente identifica la calidad con el precio. Aprendí y salvé la tienda de Juan. Pero vivía yo angustiado, sobre todo en cierta época: cuando empiezan las lluvias, en abril y mayo, bajan las ventas, no hay dinero. Tuxtla era una ciudad de pequeña burocracia, y de algunos campesinos que llegaban de otras partes del estado a hacer sus compras. En época de lluvias no había venta. Abría las cortinas, que eran cuatro, a las siete de la mañana, y a veces eran las doce del día y no habían entrado más que las moscas. Y yo, afligido:

— Va a venir don Fulano de Tal y le debo cinco mil pesos, ¿cómo le voy a pagar?

Ésas eran mis angustias de todos los días, siempre con sentimientos de culpa.

Rounds de sombra

Para entonces ya había escrito *Horla* y *Adán y Eva*; en la tienda de ropa trabajé *Tarumba*, que tiene un tono airado: la ternura, por un lado, y la protesta, el sentimiento de rebeldía, por otro.

Seguía llenando libretas. Escribía a lo bestia. En 1949, cuando estudiaba en Filosofía y Letras, me eché todo *Horla*, pero el poemario que ustedes conocen no es ni la quinta parte de lo que era. Siempre he tenido un gran sentido autocrítico.

En la tienda los primeros seis meses estuve como traumatizado, sin escribir nada. Me afligía seguir escribiendo. Un día me dije: voy a hacer un ejercicio, voy a hacer un soneto diario, aunque no sirva, como los rounds de sombra del boxeador. Y eran sonetos bien escritos, con todas las de la ley. Al mes los leí y me dije: no lo quiera Dios... Pero me sirvieron como entrenamiento porque cuando reparé, como a los quince o veinte días, empecé a escribir *Tarumba*. Mi mujer se embarazó de Julio, y en los versos hablaba yo del niño que traía en el vientre.

El año de la política fue 1952. En el siguiente me casé, en mayo; y Julio nació en mayo de 1954.

Tarumba nació en la tienda de telas. Me llama la atención que es el libro con el que más se identifican los jóvenes. Me extraña ese fenómeno. Cuando estuve en Cuba, en 1965 —fui jurado del Premio Casa de las Américas—, a todos los jóvenes les llamaba la atención *Tarumba*. También estuve en las playas de Tonalá, Chiapas, que es lugar de jipis, y encontré que a estos muchachos también les gustaba *Tarumba*. ¿Por qué ocurrirá esto? ¿Cómo es posible que estos muchachos que crecen en la revolución cubana y estos otros que crecen en la libertad del jipismo se identifiquen con *Tarumba*? Así era y sigue siendo. Todo *Tarumba* es una protesta contra la vida que lleva uno. Es la rebeldía. En la tienda yo vivía asfixiado... No sé cuándo no he vivido asfixiado, casi nunca he vivido así que diga "chino libre". En la tienda hubo periodos especiales en que la presión fue tremenda. Fueron como siete años horribles para mí: aparte de los sufrimientos que pasaba como tendero, que viene don Fulano de Tal y no tengo

dinero para pagarle, o no entra ningún cabrón cliente a esta tienda, y las aflicciones, tener que decir: le voy a pagar la mitad y en el próximo viaje le doy el resto...

Aparte de eso, era vivir en un ambiente mediocre: yo ya había vivido dos o tres años en Filosofía y Letras, ya había abierto los ojos a muchas cosas. El "vate" y "poeta" con que te saludan en provincia a mí me caía gordo. Me decía: qué chingón eres, escribiste tu Horal, tu Adán y Eva... Y el gran poeta, el gran poeta de México aquí está barriendo la calle. Chíngate, cabrón.

¿Qué aprendí? La humildad: ésa fue la palabra que aprendí en esos años, a no estar pensando que el poeta es un ser sagrado o un privilegiado. No, es como cualquier otro.

Siempre he presumido que soy uno de los pocos poetas que trabajan en México, o que trabajó, porque ya no lo hago: desde que agarré la tienda de ropa, después estuve aquí en México durante veinticinco años en una fábrica de alimentos para animales. Han sido chambas físicas, no trabajo intelectual. Me ofrecían: por qué no escribes en este periódico. Pienso que el trabajo material, el trabajo manual, hace menos daño a la poesía que el trabajo intelectual. El periodismo sí me pudo haber perjudicado. La cercanía del periodismo con el trabajo intelectual te distrae de la disciplina verdadera que necesita la poesía... La poesía es una cosa ignorada hasta por mí mismo, que nadie me la toque.

Nunca he vuelto sobre mis pasos en la poesía. Corrijo sólo en el momento de escribir. Si revisan mis libretas las encontrarán casi limpias: con una raya los poemas que rechazaba, y de vez en cuando cambiaba una palabra. Por lo general siempre corrijo en el momento de escribir, siempre he tenido la idea de que la poesía es fruto de un instante, y de que somos como el río de Heráclito: si yo, hoy, corrijo lo que hice ayer, estoy adulterándome, me estoy falseando. El Jaime Sabines de ayer fue muy diferente al Jaime Sabines de este instante, como éste de hoy va a ser diferente al de mañana. Por eso no creo en la corrección, pues la veo como una falsificación. La poesía comunica emociones antes que nada, y esa emoción de hoy no es la misma que la de mañana. Con algún otro sentido, con alguna otra nariz, la vamos a oler diferente...

Hace como tres años vino Carlos Monsiváis. Tenía yo pendiente regalarle un poema, pues él dice que colecciona originales de poemas para ponerlos en la pared de su casa. Incluso antes, cuando fui diputado, me había hecho esa petición, y yo traje la cuartilla en mi saco durante varias semanas pero él no apareció. Entonces vino a la casa. Le pedí a una de mis hijas, Judith o Julieta, que me trajera una o dos libretas, pues tengo como veintiocho. Monsiváis empezó a hojearlas.

—Qué bruto eres, nunca corriges.

Le respondí:

—Ésa es mi manera de escribir, no le estoy imponiendo a todo mundo que no revise o reescriba sus textos.

Tengo un amigo, Marco Antonio Montes de Oca, que corrige cien veces un poema, es su manera de hacerlo. No estoy dando fórmulas. Mi manera de ser es ésa. Dije entonces a Monsiváis:

—Arranca el poema que quieras.

Y él:

—No, no, me da pudor, no sé... ¿Por qué no publicas tantos poemas buenos que tienes aquí?

Lo mismo me lo habían dicho Judith y Julio, mis hijos. Me puse a repasar luego aquellas libretas y me dije: es cierto, este poema está bueno, y éste también... Y estoy armando ahora un tomo que se va a llamar Poemas rescatados. Es material de muchas épocas. De 1950 para acá. Algunos están tachados no sé por qué... Me da la impresión de que en ese momento no me gustaron por algo. Otros sí me doy cuenta de que no me funcionaban para el libro que tenía pensado escribir, no encajaban en ese libro. Y los dejé así, marginados. Después nunca volví sobre esos poemas. Ahora me voy a dedicar a ellos. Es un trabajo sencillo, leer el poema, quizá cambiarle una que otra palabra y decir: te perdono la vida.

Si la vida es ejercer nuestros sentidos

También a mí me emociona la respuesta del público en las sesiones de lectura de mi poesía, es una cosa caliente. Una vez di una lectura en la presidencia municipal de Veracruz. Ya había ido dos veces a Jalapa, pero el público de Jalapa es intelectual, "sabe": sus reacciones son más parcas, más cautelosas, pero no se entrega. En cambio en Veracruz tuve un público de cargadores, de estibadores... De pueblo, pues. Yo pensaba que iba a ser al revés que en Jalapa; estas gentes no me van a agarrar ni una. Desde que empecé a leer sentí la vibración de ese público, y era una sala para escasamente ciento veinte o ciento treinta personas, adultos, mujeres del mercado oyendo poesía... ¡Qué sensibilidad para escuchar la poesía! Una mujer me dijo:

— ¡Desgraciado poeta, me hiciste que me viniera la regla!

Y era una señora grande, treinta y cinco o cuarenta años. Ésa fue una de las primeras veces en que vi la reacción de la gente... Porque en Hermosillo me invitaron unos estudiantes de la Universidad de Sonora. Estuvieron hablándome y hablándome por teléfono hasta que por fin les dije:

— Sí voy.

Me mandaron mi pasaje del avión, me reservaron cuarto en un hotel de lujo... En el aeropuerto encuentro a siete muchachos.

— ¡Maestro Sabines, lo vinimos a esperar!

Yo me sentía como si me cargaran en hombros. Fuimos al hotel.

— Lo dejamos comer, maestro, y luego venimos por usted. El recital es a la siete.

— ¿Dónde va a ser?

— En el auditorio.

— Aquí los espero.

Me baño y espero que pase el tiempo. Llegan por mí puntuales y nos vamos en un carro al auditorio. Lo primero que llamó mi atención fueron las dimensiones del auditorio: enorme, enorme, como para dos mil gentes... Atolondradamente subo al estrado, me siento y me pongo a ver el auditorio y a mi público: los siete muchachos que me habían esperado en el aeropuerto más una muchacha y dos chiapanecos. Me quedé viéndolos.

—Miren, me van a perdonar —les dije—, pero me parece ridículo que esté yo aquí arriba.

—No, maestro, nos da mucha pena, es que no le hicimos la publicidad debida...

—Perdónenme pero vamos a hacer un trato, ¿qué les parece? Nos vamos al hotel, en el hotel hay un bar, nos sentamos en el bar los diez, nos echamos unos tragos y les leo todos los poemas del mundo.

Así se solucionó el recital, estuvimos como hasta las dos de la mañana...

La reacción de la gente es muy importante. Me da mucho gusto que el Nuevo recuento de poemas circule tanto entre los jóvenes, quisiera que lo vendieran más barato. Tengo la idea de que la poesía debe ser barata, no de elite. Mi pleito con don Joaquín Díez Canedo fue cuando publiqué por primera vez el poema del mayor Sabines: yo quería que hiciera una edición barata y que se conociera por todos lados, y él se encaprichó...

—No vamos a hablar más. Yo soy el editor y mi antojo es hacer una edición de lujo. Para mí el suyo es uno de los grandes poemas de la lengua española, y desde el poema de Manrique a la muerte de su padre no ha habido otro poema como éste. Voy a hacer trescientos ejemplares y usted me los va a firmar.

¿Por qué no acabar con ese concepto casi sagrado de la poesía, de no tocar ni con el pétalo de un centavo un libro? Uno escribe para los demás, no para tener el librito guardado. El poema es un medio de comunicación, un medio de entendimiento humano, un puente que tendemos entre una personalidad y otra, entre una isla y otra.

Encontrado en: <http://www.cnca.gob.mx/sabines/sentidos.html>

Mi obra no debía ser la sombra de otros autores

Graciela Atencio

La condición que puso Jaime Sabines para conceder esta entrevista, que de no haberse interrumpido por sus problemas de salud se hubiera convertido en un libro, fue la de no hablar únicamente de poesía. Después de tres conversaciones, quedó claro que él podía referirse a cualquier cosa sólo desde el idioma de la poesía y que todo lo que decía, de alguna manera tocaba, acechaba, rondaba y envolvía a la poesía. Hasta sus silencios, sus gestos tenues y su mirada tierna prefiguraban nada más que poesía. ¿Cómo definir al poeta? Sabines no es más que poesía viva, en permanente, eterno movimiento.

-¿En qué momento de su vida tuvo la certeza de que sería poeta?

-Es una historia muy larga. Cuando tenía cinco o seis años, mi mamá me llamaba con sus comadres a recitar poesía, "que declame Jaimito, que recite Jaimito", y así me echaba grandes poemas. Me aprendía la historia de México que venía en unos folletitos, la sabía de memoria y entonces me pedían que contara fragmentos. Contaba la historia de los toltecas, de los chichimecas... eso fue hasta los 11 o 12 años. A los 14 me aprendí todo un librito, El declamador sin maestro, en el que había 120 poemas de autores de América. Me acuerdo que era el caballito de batalla de la escuela, declamaba en cuanta fiesta cívica se celebraba. Lógicamente, al principio me encantaba hacerlo, pero en la prepa me empezó a molestar, porque iba a fiestas particulares con mis novias y algún idiota decía: "¡Que declame Sabines!", y me daba un coraje tremendo. Por suerte, a los 19 años, cuando vine a estudiar medicina a la ciudad de México, si no me equivoco, en 1945, pude zafarme del aspecto declamatorio. Aunque recuerdo una anécdota de una vez que me agarraron en curva, en el entierro del capitán Martínez, al que yo quise mucho porque había sido mi jefe a los 14 años. Juan, mi hermano, me pidió que fuera a darle el pésame a la familia en México. En el velorio me acerqué a la viuda, doña Linda, para darle mis condolencias y me jaló en el carro rumbo al panteón. A alguien se le ocurrió decir: "Tenemos entre nosotros al joven Jaime Sabines, un gran poeta que dirá unas palabras al capitán Martínez". "¡Hijo de su madre!", pensé yo. Fue una situación muy molesta, pero

no tuve más remedio que echar un rollo tremendo. Después de esa ocasión decidí no participar nunca más en una reunión con chiapanecos, porque me presionaban para que declamara. Ahí empecé a odiar de verdad la declamación y el aspecto público de la poesía.

La medicina, una decepción

-En ese entonces, ¿escribía regularmente?

-Como loco, no me sentía bien en la Escuela de Medicina, que se convirtió en un trauma que duró tres años y medio. Ahora siento que me lastimó tanto la medicina... Cuando vine a estudiar a México tenía un concepto romántico de la medicina, pensaba que descubriría cosas. Luego me di cuenta de que hay que pasarse 25 años detrás de un microscopio para descubrir algo. No es cuestión de labor creativa ni nada, sino de paciencia y observación. La medicina me decepcionó, pero no podía salirme porque creía que mis padres deseaban tener un hijo médico. Ese fue mi conflicto, odiaba la escuela y era hasta una sensación física de rechazo la que me embargaba.

-Tal vez sentía que la poesía no era compatible con la medicina.

-Quién sabe, han habido muchos poetas mexicanos que fueron médicos, Enrique González Martínez y Elías Nandino son buenos ejemplos. No creo que haya una contradicción entre la poesía y la medicina. Estudiar el cuerpo humano es parecido a estudiar el alma. El médico se dedica al cuerpo y el poeta al alma, uno es complemento de la otra y muchas veces hasta pueden establecerse paralelismos. Donde sí hay contradicción es entre el estudio y la poesía. A mí no me gustaba estudiar y lo hacía por mera disciplina. La cosa es que aguanté tres años, hasta que un día que me fui de vacaciones a mi pueblo le dije al viejo: "Voy a terminar la carrera, voy a traerte el título y lo voy a poner en la pared de tu casa, pero nunca ejerceré la medicina". Se lo confesé en medio de una tensión tremenda, no me había atrevido a hablar durante tres años. Me miró serio y me contestó: "Bueno, ¿y quién te obliga a estudiar medicina?" Sentí que se me doblaban las rodillas. Le dije: "Tú y mi mamá". "No señor, nos da mucho gusto tener un hijo médico, pero es igual que sea abogado, médico o ingeniero. Lo importante es que se destaque en algún aspecto de la vida".

"Escuché a mi papá y se me quebró toda la defensiva. Me fui llorando a mi cuarto y me pasé como una hora a puro llanto. Me dejaron llorar... después abandoné la carrera y estuve un año en Chiapas. Luego vine a estudiar a Filosofía y Letras y me sentí como pez en el agua."

-Pero, ¿en qué momento sintió verdaderamente que su vida estaría ligada a la poesía?

-Los tres años en medicina me hicieron verdaderamente poeta. Cuando me sentí obligado a verme a mí mismo, a hablar de mí mismo, de mi gran soledad, de mis angustias, mis dolores, mis esperanzas, mis sueños, cuando sentí el contraste con la ciudad que me apachurraba todos los días en la escuela, o el aire de México que no me gustaba, y eso que en esa época era limpio, no esta porquería que ahora respiramos.

Abreviar en el amor

-Por lo que cuenta parecía desolado.

-Sumamente desolado, por más que tenía muchos amigos, todo se había convertido en una rémora que me hacía sentir culpable, porque engañaba a mi padre. El primer año iba a la escuela a diario, pero el segundo empecé a ir de vez en cuando. Odiaba la escuela, pasaba las materias en exámenes extraordinarios y en tercer año ya ni me asomaba. Allí, de verdad, me hice poeta. Antes recitaba muy bonito, pero en el fondo nunca había sentido la poesía.

"Cuando empecé a enfrentarme a la vida y conmigo mismo me sentí poeta. Aunque, qué curioso, no escribí un solo poema bueno en esos años. Desde el principio tuve gran sentido crítico."

-¿Descartaba mucho material antes de publicar un libro?

-Era más lo que descartaba que lo que dejaba. Me daba cuenta de que copiaba. Seis meses de puro escribir como Neruda, estos otros seis, puro escribir como Alberti, estos otros como García Lorca y estos otros como Juan Ramón. Así fue

por etapas bien claras, definidas. Hasta que durante el año en Chiapas me tomé a mí mismo sin copiar. Cuando vine a estudiar a Filosofía y Letras, en 1949, me puse a escribir como Jaime Sabines. El primer libro, *Horas*, fue escrito en ese año y publicado en 1950.

-En ese sentido, desde que apareció su primer libro, quedó claro que usted había nacido poeta.

-No siento que haya sido tan claro en ese momento. Es más, luego borré de mi cabeza los tres años de medicina en los que nació el poeta dentro de mí. Por eso es que primero descartaba gran parte de lo que escribía. En un principio, *Horas* tenía 69 poemas. Lo había terminado antes de las vacaciones, viajé a Chiapas, en donde el gobierno colaboró en la edición del libro. Lo mandé a la imprenta, hice una revisión y lo dejé con 32 o 33 poemas. Pero al final le quité otros 15 y quedó con 18 poemas. Era muy exigente conmigo, no quería que mi obra fuese la sombra de otros autores. Me interesaba que lo poco que había de Jaime Sabines se mostrara tal como era. El maestro Carlos Pellicer, el gran poeta tabasqueño, leyó unos poemas míos en la revista *Metáfora* y le interesaron. Un día me llamó y me preguntó si tenía poemas escritos y si pensaba publicarlos. Le contesté que estaba escribiendo, y me dijo: "Si algún día publicas un libro, acude a mí que yo te voy a hacer el prólogo". Para mi gusto, los mejores en esa época eran José Gorostiza y Pellicer. Hubiese sido un empujón terrible que éste me hiciera el prólogo de *Horas*. Terminé mi libro y pensé: "Con Pellicer nada de nada, o vales tú por ti mismo o ¿qué?, ¿vas a llevar muletas para tu primer libro? No señor". Acabé el poemario, fui con el maestro y le dije que no aceptaba su prólogo, pero le agradecí su apoyo. Lo escribí a los 23 años, en el primer año de filosofía.

"Me gustó llamarlo *Horas* porque realmente se trataba de un libro de horas, entre los religiosos se escriben muchos libros de horas. Cuando me acuerdo de la época en que lo escribí, lo siento como un retrato de la vida cotidiana."

-Ahora que de alguna manera puede evaluar su obra desde el principio hasta el final, ¿qué siente que ha estado más ligado a la poesía en su vida?

-Lo primero que se me viene a la cabeza es el amor. Y el amor también relacionado con las mujeres.

-¿Ha sido usted un don Juan?

-Nunca me he considerado un don Juan. Gregorio Marañón, gran psiquiatra y escritor español, escribió un libro sobre Don Juan y Casanova, en el que establece las diferencias entre ambos. Dice que ambos son enamoradizos, les encanta andar de una mujer a otra, pero Casanova pretende la eternidad amorosa.

"Es lo que he sido yo, que he pretendido el amor, por eso digo en los amorosos, que 'van entregándose, dándose a cada rato'. El amor es lo último, lo eterno, lo permanente. Pero al mismo tiempo, como también expreso en ese poema, 'los amorosos se ríen de los que creen en el amor como una lámpara de inagotable aceite'. Casanova pretende de verdad enamorar y ser enamorado. A Don Juan no le importa el amor, sólo el sexo, es más superficial, quiere acostarse con una mujer, olvidarla y pasar a otra."

-¿Cómo recuerda su primer amor?

-Fue una historia que me tuvo la cabeza ocupada mucho tiempo. Se llamaba Esperanza, era chaparrita y le decíamos La Pelancha. A cada rato nos peleábamos y luego nos volvíamos a juntar. Claro que en esos ratos que estábamos peleados, buscaba a otras novias pero me duraban una semana, porque el amor me jalaba con La Pelancha. En esa época ya conocía a mi mujer, Chepita, quien era muy guapa, enamoraba a todo el mundo pero no le hacía caso a nadie, solamente se dedicaba a estudiar. Un día me propuse conquistarla. Me dije: "Vamos a ver cuánto tarda en decir que sí". En eso me ayudó Tita, una amiga de Chepita que estaba enamorada de mí, también muy bonita y chaparrita, como Esperanza. Un día, Tita, con tal de tenerme cerca, le dijo a Chepita que se acercara a mí... lo que son las argucias de las mujeres.

Venir a la capital, la salvación

-¿Y cómo ocurrió el acercamiento con su mujer?

-Me le declaré una tarde que la invité al cine. No preparé mucho el escenario. Le dije que la quería y le pregunté qué pensaba. Me contestó: "Mañana te digo".

Pero la presión: "No, no, contéstame ahorita", nunca permití que una mujer se tomara tiempo para pensarlo. Fue en 1944, en ese momento tenía 18 años y la verdad es que nunca pensé que me enamoraría de Chepita. De no haber sido por Tita, nunca se hubiese acercado a mí.

"Decidí enamorarla de tantos pleitos que tenía con La Pelancha. A la salida del cine la acompañé a su casa, casi llegando la agarré de la mano y ella no me soltó. Sabía que yo le gustaba mucho porque la había trabajado duro. Con Chepita duré seis meses y luego volví con La Pelancha. Pero regresé con ella con la idea de dejarla definitivamente cuando viniera a México. Estaba enamorado, pero nos llevábamos tan mal que no lo soportaba.

"Eramos muy celosos uno del otro, en un principio ella me celaba porque en las fiestas me iba a bailar con otras. Después empezó a hacerme lo mismo y yo me ponía furioso. Hasta que tuve claro que venirme a México sería mi salvación. Un mes más tarde empecé a recibir cartas de ella, a diario me las mandaba, las contestaba cada 15 o 20 días. Luego de un mes y medio dejé de contestárselas. Seguí recibiendo sus cartas, pero a los cuatro meses empezó a mandármelas cada tres o cuatro días.

"En agosto murió mi mejor amigo, Toni Borges, en un accidente de avión, viniendo de Chiapas. Para mí fue una pérdida dolorosísima, tan dolorosa que me olvidé de La Pelancha. Lo que es la vida, a la semana de la muerte de Toni, mi mamá me escribió una carta en la que me decía que la chaparra había huido con uno de San Cristóbal. Después ese novio no quiso casarse con ella."

La felicidad es una mala receta de nuestra época, decía Sábines

Esperanza, La Pelancha, fue el primer amor de Jaime Sábines. A cada rato se peleaba con ella, pero al poco tiempo regresaban. Finalmente se casó con Chepita, una mujer muy estudiosa a la que se acercó gracias a su amiga Tina.

-¿No volvió a ver a La Pelancha?

-No, la historia no termina ahí. En 1946, La Pelancha vino a buscarme a México y unos amigos me organizaron una cena con ella. Había pasado un año y medio

sin verla. Durante la reunión nos dejaron un rato platicando solos, y me di cuenta de que era un truco para que volviera a caer en sus manos, en esa época tenía varias novias... Esa noche me sentí muy triste después de verla. Pensé: "Por qué me pasa esto, por qué la mujer de la que estaba tan locamente enamorado ahora no significa nada para mí". Me acordaba de los versos de Bécquer, que empezaban: "Dime mujer cuando el amor se acaba..." En ese instante tuve la primera noción del desamor. Nunca más volví a verla. Muchos años después, ya casado con Chepita, me la encontré en Tuxtla, en un autobús que venía con una sola pasajera. La miré y descubrí que era La Pelancha, me senté a su lado y le pregunté cómo estaba. Ella también se había casado. Platicamos 20 minutos hasta que me bajé. Creo que yo fui el amor de su vida y ella mi primer gran amor. Cuando se acabó mi amor por ella, empecé a pensar en Chepita.

-¿Fue en la época en que Chepita también vino a estudiar a México?

-Sí, ella estudiaba odontología y yo medicina. Le sobraban los enamorados. Como no estábamos juntos, desde lejos, con mis amigos, averiguábamos si Chepita tenía novio, y nada, no le hacía caso a nadie. Por mi lado seguía con mis novias, pero siempre pensando en ella. No sé por qué estaba seguro y me decía a mí: "Si algún día me caso, será con Chepita que no anda mariposeando de un lado para otro". Y así fue.

-No se sentía un Don Juan, pero sus técnicas de seducción eran infalibles...

-Aunque no fallaban, nunca terminé de creer en las técnicas para seducir. En general, si a una mujer le gusta un hombre o si a un hombre le gusta una mujer, tarde o temprano sucede lo que tiene que suceder. Hay mucho cuento y mucho mito en torno a las técnicas de seducción. Esta casi siempre depende de que la mujer quiera ser seducida, ella es la que atrae. Un hombre puede estar tan tranquilo, solo, comiendo en un restaurante sin pensar en el amor, y de pronto pasa una mujer, él se fija en ella y empieza la plática. Pero la atención la despertó la mujer que lo provocó para que le hablara. No voy a negar que de joven usaba todas las técnicas habidas y por haber para seducir a una mujer, les mandaba cartas, flores...

-¿Les escribía poemas?

-No, los sentía demasiado míos y era muy celoso de lo que escribía. Lo fundamental es que dos gentes se gusten. Lo demás son palabras, cómo te acercas, cómo le buscas entrar, cómo la atraes. Mis amigos me preguntaban: "¿Cómo le haces, Jaime?" Y no hacía nada, les decía que las quería, que las adoraba, que no podía vivir sin ellas, pero primero me convencía de lo que sentía por una mujer.

-Pero también le ayudaba el ser guapo.

-No se trata de ser guapo para enamorar. Lo importante está en la palabra, atraer y ser atraído no es cosa del otro mundo. No existen las mujeres difíciles... mujeres difíciles son las que no conocemos. No digo que todas sean fáciles. A la mujer que conozco, aunque no me haga caso y le valga madre que sea poeta, tengo que buscarle el modo de entrarle e insistirle. Y quién sabe, con el tiempo puede llegar a decir que sí. Por eso digo que el lenguaje es fundamental, es el medio ideal que uno tiene para comunicarse con una mujer.

Nunca me preocupé por formar una corte

-Volviendo a la poesía, ¿de qué poeta o poetas siente que recibió influencia decisiva?

-Hubo muchos y siempre leí a los mexicanos y a los españoles en especial. Pero el que me marcó a los 18 años fue Pablo Neruda, quien luego me decepcionó cuando lo conocí en el 49. Venía a México a buscar la solidaridad con su causa, porque le habían quitado su banca de senador por el Partido Comunista de Chile y lo habían obligado a exiliarse. Estaba tan entusiasmado por conocerlo que acompañé a un amigo periodista que le haría un reportaje. Ese día me desilusioné tanto... llevaba un ejemplar de Horal, pero nunca se lo di, no abrí la boca en todo el reportaje y tampoco le dije que era poeta. Iba a conocer al poeta y me encontré con un hombre demasiado preocupado por su imagen, su ego y la política. Esa parte de Neruda era todo lo que no quería para mí. Ahora que lo pienso, a la obra de Neruda le sobra 50 por ciento de poesía. A mí nunca me interesó participar en los medios donde se movían los poetas ni formar una corte de aduladores a mi alrededor. Y mi trabajo también siempre estuvo lejos de la poesía. Desde el 59 al 80 pasé la mayor parte de mi tiempo en una fábrica

de alimentos para animales, sólo mis ratos libres se los dedicaba a la poesía, pero la poesía nunca me dio de comer.

-A pesar de que dejó de fumar hace varios años, el cigarrillo debe haber sido un gran compañero de su inspiración y su poesía, ¿no?

-Cuando escribía era cuando más fumaba. Me recostaba en la cama con mi pluma, mi libreta, mi cigarro y mi cenicero. A lo largo de la vida he escrito de muy diversas maneras, pero sobre todo acostado y con un cigarro en la boca. Siempre en la cama ocurre lo mejor de la vida: el nacimiento, el amor, la escritura y la muerte. Aunque en una época me levantaba a las cinco de la mañana y me iba a escribir al comedor. O también a veces escribía en la mañana, según la temporada. Ha sido un poco variado, pero por lo general he escrito de noche y a solas, con mi mujer al lado no podía hacerlo. Cuando los niños crecieron y hacían una gran escandalera, me quedaba en la recámara solito una hora. El Diario semanal, por ejemplo, lo escribí así. La tarde era el único tiempo disponible que tenía de día. En dos meses lo terminé. Siempre que me inspiro se me amontonan las cosas, las escribo y luego dejo de darle a la pluma por una temporada. Entre mis libros hay dos, tres, hasta cuatro años de diferencia.

-¿Le costó preservar al poeta de la rutina, las obligaciones y los problemas cotidianos?

-Es muy difícil separar a la persona del poeta. Jaime Sabines es una sola persona, nada más que Jaime Sabines no se permite ser poeta en algunos momentos de su vida. Hay veces que pienso que es una gran mañosada de la vida ser poeta. Pienso que no sé si las musas o como se llamen lo hacen tonto a uno, lo hacen creer que uno es un hombre libre y eso es puro cuento. Es una pregunta difícil de contestar, todas las cosas me parecen parciales en ese sentido. Cuando recibí el Premio Nacional de Letras dije en el discurso que a uno le habían prestado la libertad y uno se sentía dueño de sí mismo. Pero la libertad es un cuento, yo siempre me he sentido atado, encadenado a la poesía, al diario escribir. No sé si lo digo claramente...

La vida, una ilusión del poeta

-¿Qué hay con la felicidad? ¿Siente que la ha conocido?

-No creo en la felicidad, pienso que es una mala receta de nuestra época. Prefiero recomendar, vivir intensamente, felicidad es una palabra tonta. ¿Qué cosa es la felicidad? En el libro Quince momentos de felicidad, de un filósofo chino del que no me acuerdo su nombre, hay un episodio que recuerdo muy bien: soy un campesino que estoy trabajando la tierra, hace mucho calor, ya son las dos de la tarde, tengo una sed enorme, voy a refugiarme a la sombra de un árbol, donde resguardo una cantimplora con agua fresca deliciosa, me echo un trago de esa agua, reposo, sopla una brisa... Ese es un gran momento de felicidad. La vida se compone de veinte mil momentos de felicidad y de veinte mil momentos malos y desastrosos durante el mismo día.

-En alguna plática anterior que tuvimos, usted dijo que no le gustaba hablar de Dios, ¿por qué?

-Porque todo lo que he dicho acerca de Dios está en mi obra. Estoy en paz con la idea de Dios. Lo único que podría agregar es que cuando lo pienso, siento que Dios es todo lo que desconocemos. Me parece una forma poética de definirlo.

-En relación con la muerte, en su obra aparece de distintas maneras, pero, ¿cómo la ve en realidad Jaime Sabines?

-Esa pregunta me hace pensar en mi padre. Me veo esa noche antes de que él muriera, mirando la televisión, esperando el momento final y luego como digo en el quinto poema de Algo sobre la muerte del mayor Sabines, me veo "introduciendo agujas en las escasas venas, tratando de meterle la vida, de soplar en la boca el aire..."

-¿Le tiene miedo a la muerte?

-No, no le tengo miedo a la muerte, le tengo miedo a la enfermedad. Me espanta la enfermedad, lo que he pasado con mi cadera y todo lo que me trajo después... Poco a poco voy saliendo pero he dejado de escribir. Después de 35 intervenciones quirúrgicas no quiero saber nada de enfermedades ni de hospitales. Pero si tengo que pedir una ilusión, esa sería no morirme, quedarme

tranquilo como estoy ahorita, platicando sobre poesía o sobre cualquier cosa o mirando cómo atraviesa el rayo de sol por la ventana.

Encontrado en:

<http://www.jornada.unam.mx/1999/mar99/990320/cul-sabines.html>

La poesía es un destino

Ana Cruz

Una de las últimas entrevistas hechas "de cuerpo presente " al gran poeta chiapaneco fue la que realizó Ana Cruz en el programa Personajes y Escenarios para Canal 22, de México. La primera transmisión fue hecha el 25 de octubre de 1996; en ella, Sabines leyó dos poemas inéditos. El tono nostálgico, la visión cansina y la añoranza de algo perdido sin saber definir bien qué - tal vez, la vida - cierran el círculo que va de Horal, su primer poemario a Poemas rescatados, el último, el que no alcanzó a reunir porque siempre falta tiempo, aunque en algunos, como en Sabines, sobre vida.

De cuerpo presente el poeta es un hombre cálido y amoroso. Sonríe fiel y deja de sonreír pronto. Camina con dificultad. Se apoya en las muletas que tanto odia y que tanto necesita. Desde un principio es cordial, aunque nos reprocha la insistencia de venir a visitarlo. Sólo alcanzo a darle las gracias, esperando que perciba nuestra grata emoción por estar ahí. Sensible, nos abre su intimidad sin regateos.

Pasamos a la sala donde le gusta sentarse a leer. Jaime muerde la boquilla que sustituye al cigarro. Extraña el sabor, el olor y el humo del tabaco. Me quedo mirándolo y simplemente dice: "El médico me tiene prohibido fumar, pero hay vicios que son terribles." Después de unos minutos continúa: "estoy listo, puede preguntar lo que quiera", me dice, con gesto de aprobación y mirándome a los ojos.

JAIME SABINES: ¿Va a empezar con las preguntas fáciles o con las difíciles?

ANA CRUZ: ¿Cuáles prefiere usted, don Jaime?

- Me da igual.

-Entonces, ¿qué le parece si comenzamos con una de las fáciles?, ¿qué significa la poesía para usted?

Me mira de reojo y responde siguiendo la broma.

-¿Ésa se le hace de las fáciles ... ? Pues es muy difícil, porque es una pregunta a la que puedo responder de muchas maneras. No hay una sola respuesta para cierto tipo de preguntas. Le puedo dar todas las respuestas del mundo, pero le daré la que me parece más verdadera en mi caso: la poesía es un ejercicio necesario, absolutamente necesario; inevitable, diría yo. En alguna ocasión dije que era como un destino. Más que una vocación, la poesía es un destino. En ella se encuentra un cincuenta o sesenta por ciento de oficio, de rigor, de disciplina. Lo demás es lo que antiguamente se llamaba inspiración, aunque actualmente ya no es una palabra muy aceptada. Hay quienes prefieren hablar del subconsciente o cualquier otro término de la psicología moderna. Pero se refiere a lo mismo, es la facilidad con la que al poeta se le dan los poemas, como algo natural.

-¿Al poeta se le dan los poemas por inspiración? ¿Considera que es un privilegiado que goza de más momentos de inspiración que el resto de los creadores?

-No, yo no diría que los poetas tienen más momentos de inspiración, pero sí que tienen más sensibilidad para percibir las cosas que los rodean. Un poeta es una gente "descarnada", es decir, una persona que va por el mundo sin piel, con la carne viva. Por lo tanto, las cosas que suceden le afectan más que a otros. No tiene nada que lo cubra, que lo proteja, y entonces, como respuesta a la vida, se le da la poesía.

Nacido en Tuxda Gutiérrez, Chiapas, en 1926, Jaime Sabines rebasa ya las cinco décadas como poeta. Su vida de escritor se inicia muy joven; sin embargo, no es hasta que su poesía madura cuando se decide a publicar, por ello se desconocen

muchos de sus versos de adolescencia y juventud. Su primer poemario, *Horas*, sale a la luz en 1950, seguido por *La Señal*, que se publica en 1951 y *Adán y Eva*, editado en 1952. Producto de un escribir infatigable, imperioso, obsesivo, Sabines considera que "la poesía ocurre como un accidente, un atropello, un enamoramiento, un crimen... "

-Don Jaime, háblenos de sus primeros años de poeta, de esos tiempos en los que usted se da cuenta de que posee el don de la poesía. ¿Cuándo descubre realmente eso que llama "su destino"?

-Bueno, eso que yo llamo mi destino lo descubrí ya tarde. No fue en los años de juventud, ni en la adolescencia, tenía como 45 ó 50 años. En las primeras experiencias uno juega con la poesía como con cualquier otro entretenimiento. En mi caso, llego a la poesía porque en mi casa me enseñaron a redactar, muchas veces lo he dicho, recitaba todos los poemas del Declamador sin maestro, me los sabía de memoria y era un acto social, un acto de comunicación, pero más que nada social.

-¿Cuándo empieza a tomar en serio la poesía y por qué?

-En realidad empecé a tomarla en serio cuando me vine, a estudiar medicina a la ciudad de México en 1945. Aquí, desgraciadamente, la soledad de esta gran urbe resultó para mí un ambiente bastante cruel. Yo cm un muchacho de provincia al que le asustaba la ciudad; entonces, como una forma de huir de mis miedos, me echaba encima de las libretas a escribir todas las noches, desafortadamente, compasivamente.

-¿Dónde quedaron esos escritos? ¿Alguna vez pensó en publicarlos?

-Si le contara...

Sabines se acomoda en la silla, pasa la mano por la nuca todavía adornada con abundante cabellera, vuelve a sonreír con la boquilla en la boca. Recuerda aquellos años de su vida con cierta nostalgia, su voz suena serena.

-En aquella época sólo escribía como desafortado, no analizaba mi obra ni se me ocurría que podía publicar algo de lo que escribía. Años después, concluí que

nada de aquello valía la pena para la poesía y rompí todo lo que había escrito. No fueron años perdidos, sin embargo: fue entonces cuando me hice realmente poeta, sin escribir un buen poema.

-¿No se arrepiente de haber roto aquellos poemas?

-Cuando lo hice estaba convencido de que no valían la pena. Fue después de haberlos destruido cuando pude empezar a escribir cosas mejores. En 1949, cuando entré a la Facultad de Filosofía y Letras, después de dejar la carrera de Medicina en la que estuve inscrito por tres años, comencé a leer a los grandes poetas del mundo hispano y, gracias a su lectura, siento que mis poemas suenan ya diferente. Aunque le advierto que en esa época recibí muchas influencias, sobre todo influencias formales que me impulsaban a escribir parecido. Escribí a la manera de Neruda durante seis meses, a la manera de García Lorca otros seis meses, de Juan Ramón Jiménez otra temporada y así imité a todos los grandes poetas del 27, sin pretender conscientemente escribir como ellos. Sobre todo, Pablo Neruda me influyó mucho.

-¿Se daba cuenta de las influencias que se apoderaban de su escritura o no las percibía?

-¡Claro que me daba cuenta de que esos poemas no eran míos! Son obras de García Lorca o son obras de Neruda, me decía a mí mismo. Pero poco a poco empecé a escribir cosas diferentes... fui notando que ya era una voz propia que se iba abriendo paso entre tantas influencias.

-Las influencias son necesarias e inevitables, a veces hasta deseables pero ¿cómo logra usted liberarse de ellas y ser usted mismo? ¿Se es más libre cuando se han sacudido las influencias?

-La libertad se adquiere, paradójicamente, con el mayor rigor y la mayor disciplina. Así es la creación poética. Alguna vez dije que era un ejercicio impúdico, en el que el hombre se tiene que desnudar para escribir. El poeta tiene que darse totalmente en cuerpo y alma. Entonces hay que dejar muchísimo para escribir. No es cuestión de que le dicten a usted todos los poemas. Hay que tener el oído bien despierto, alerta los ojos y toda la piel al descubierto, y escribiendo aprender a escribir, como el nadador que quiere llegar a nadar bien

y tiene que meterse al agua todos los días; ése es el hecho de escribir, el ejercicio de escribir, la disciplina de escribir. Sólo a través de muchos años se van obteniendo resultados, únicamente cuando se ha hecho una buena siembra se van cosechando productos consistentes.

Vuelvo a fijar mi mirada en sus ojos y por unos instantes no decimos nada; Jaime corresponde con la vista al silencio y murmura:

Uno apenas es una cosa cierta
que se deja vivir, morir apenas
y olvida cada instante, de tal modo
que cada instante, nuevo, lo sorprenda.

-Maestro, háblenos de Horal, su primer libro de poemas. ¿Cómo es que surge y cómo publica por primera vez?

-Bueno, Horal es mi primer libro, lo escribí en 1949. Fue cuando le digo que sentí que ya tenía una voz propia, porque ya había escrito cientos de páginas que se fueron a la basura, pues afortunadamente siempre tuve un sentido bastante crítico y muy exigente. Cuando empecé a escribir Horal me di cuenta que por ahí podía venir mi primer libro; ya tenía 23 años y fui muy afortunado en publicarlo en 1950. Originalmente había reunido en ese libro 62 poemas, pero recuerdo que cuando ya se aproximaba la fecha de entrega del manuscrito al gobierno del Estado de Chiapas -porque fue editado por el gobierno de mi tierra-, unos días antes de irme a Tuxtla, lo dejé en 32 poemas. Más tarde, cuando ya estaba en la imprenta lo moché y lo dejé en 18 poemas y así apareció publicado. Pero antes de Horal ya había colaborado en alguien revistas en la Universidad Nacional, aquí en la Ciudad de México y también en Chiapas, así que decidí guardar más de 40 poemas para otra ocasión.

-La soledad está muy presente en sus poemas. En los amorosos, por ejemplo, escribe usted... “son los insaciables, los que siempre -¡qué bueno!- han de estar solos”, pero también nos dice en alguno de sus versos que la poesía es un intento de acabar con la soledad. ¿La poesía siempre se queda en el intento? ¿Nunca logra vencer a la soledad?

-El hecho de escribir es ya el hecho de romper esa soledad; ese instante en que usted escribe es un instante de comunión con las personas y con la vida. Hasta con los muebles y las cosas. Escribir es el verdadero sentido de la vida. En lo personal, para los poetas es una especie de catarsis. Recuerdo que cuando la muerte de mi padre, escribí todos esos poemas, noche tras noche a medida que iba transcurriendo la enfermedad y, más tarde, cuando su muerte, el entierro, el luto. Después de escribir en 1961 Algo sobre la Muerte del Mayor Sabines, guardé silencio durante tres años, porque ya estaba harto de hablar de la muerte, pero no podía quitármela de la cabeza. Al fin, el tema de la muerte me vence de nuevo y me doy cuenta de que no podía salir de aquello mientras no lo enfrentara decididamente. Así, resolví escribir la segunda parte del poema de El Mayor Sabines en 1964, más o menos. Escribir me ayudó a salir de mi soledad. Muchas veces, cuando uno se está muriendo o se muere un ser querido, escribir es todo lo que importa.

Hijo del Mayor Julio Sabines y de doña Luz Gutiérrez, el poeta hereda, de su padre, la tradición libanesa y la férrea disciplina, y de su madre, el orgullo y la generosidad. Sus días de infancia transcurren en Tuxtla como los de cualquier otro niño, pero su habilidad para recitar lo convierte en el orador oficial de la escuela. En la poesía, Jaime encuentra la posibilidad de comunicarse, de expresar públicamente sentimientos, anhelos, tristezas y amarguras, la experiencia de vivir y morir.

-En ese sentido, ¿la poesía es liberadora? ¿Nos ayuda a aceptar a la muerte?

-En ese sentido y en muchos otros la poesía es liberadora, sobre todo de las tensiones humanas. Creo que uno es como una caldera que está ardiendo y que va aumentando la presión cotidianamente, hasta que explota o hasta que se le abren las válvulas. La poesía es una de las válvulas que tenemos para liberar la caldera de la presión que vivimos, tanto de la alegría como del dolor.

-Hablemos de Tarumba, que es realmente muy distinto a Horal; es un canto a la vida y un poemario que ha sido inspiración para muchos otros artistas y pensadores.

-Es un canto a la supervivencia más que a la vida. Tarumba fue escrito en las condiciones más adversas para un poeta.

Fue cuando me acababa de casar y tenía que vivir de algo, sacar adelante a mi esposa, porque albergaba la idea de tener hijos y de darles lo necesario. Pero cuando me preguntaba: ¿con qué vamos a comer? o ¿con qué voy a mantener a mi familia?, la poesía no me resolvía el problema. Entonces, mi hermano Juan, que tenía una tienda de ropa, me dijo: “ahí está la tienda, si quieres quédate con ella”, porque él se venía a la Ciudad de México a ser diputado federal. A Juan le gustó siempre la política.

Esto fue a fines de 1952. Yo me quedé a trabajar la tienda de ropa en Tuxtla. “¿Cuánto voy a ganar?”, le pregunté a mi hermano Juan. “Tú ponte el sueldo”, me contestó. “Entonces voy a ganar mil pesos mensuales”, le dije yo. Pero al año y medio ya no aguantaba con los mil pesos y le volví a decir: “me voy a aumentar el sueldo”. “Pues auméntatelo”, me contestó, pero ése es otro aspecto. El dinero nunca me ha importado. El caso es que, de pronto, estaba yo en una tienda de ropa, viviendo del oficio más antipático del mundo: el comercio. ¿Qué hace uno después de estar vendiendo mantas, camisas y suéteres? ¿Qué hace uno?

-Sin embargo, es una época muy fructífera para su poesía. ¿Escribía de día en la tienda o en las noches después de cumplir con su trabajo?

-En la tienda me pasaron cosas tremendas. De pronto me di cuenta de que ya llevaba como seis meses trabajando de comerciante y que no había escrito ni media palabra. Y me dije: voy a hacer poesía de sombra, como los boxeadores; voy a escribir un soneto diario para aflojar la mano nada más, sin ninguna otra pretensión. Me eché un soneto diario durante treinta días, claro que después los leí y los rompí todos. Era como hacer poesía de sombra, lograr que la mano estuviera acostumbrada a escribir. No sé cómo, pero de algún modo me sirvió, porque al mes y medio empecé a escribir Tarumba.

-¿Se angustiaba al ver pasar los días sin escribir? ¿Se angustia actualmente cuando no escribe? ¿Sigue haciendo poesía de sombra?

-Antes sí me angustiaba mucho, ahora ya no. Me he acostumbrado a que tengo periodos de sequía enormes, muy justificados por tantas operaciones quirúrgicas, tanta cama, tanto médico y tanto dolor. Habitualmente, mis libros han salido cada tres o cuatro años, con excepción de los tres primeros, que se publicaron año tras año: Horal, La señal y Adán y Eva fueron escritos con un año de diferencia. Pero pasaron cinco años para escribir Tarumba, y después me tomó cuatro o cinco años para escribir el Diario Semanario, y así ocurrió con los libros sucesivos. Siento que hay tiempo de sembrar y tiempo de cosechar. Bien dice la Biblia que existe tiempo de frío, tiempo de calor, tiempo de vivir, tiempo de morir, Y lo mismo es en la poesía. Hay tiempo de sequía y tiempo de lluvia.

-¿Cómo es su relación con el lenguaje, con las palabras? ¿Usted las busca, las persigue o ellas llegan?

-¡Ellas llegan! -nos dice Sabines disfrutando su respuesta. - ¡Muchas veces ellas llegan aunque no las llame, pero me doy cuenta al momento de escribir! Escribo casi como va a quedar el poema definitivo y siempre corrijo en el momento de escribir, el de la corrección es un acto simultáneo al de la escritura. Tengo muy pocas correcciones. El otro día me vino a visitar Carlos Monsiváis y le enseñé mis libretas de hace veinticinco o treinta años. Se quedó pasmado y me dijo: “¡Si no corriges! ¡Escribes a la primera!” Y es verdad, en general si usted observa esas libretas no se ven tachaduras ni enmendaduras, arreglos o aumentos. Por lo general la corrección es mínima, es decir, en una línea hay una palabra que sobra y la quito. En el poema puede haber líneas que sobran también, pero esas, muchas veces en el mismo momento de escribir, las voy corrigiendo. Esta es una receta que no le recomiendo a nadie, es sólo mi manera de hacer poesía. Algún día de estos voy a publicar un libro que se va a llamar Poemas rescatados, porque a muchos poemas que escribí tiempo atrás no les hice caso, no los metí en ningún libro ni nada. Ahora que los vuelvo a leer, después de treinta años, hay muchos que valen la pena de ser rescatados.

-¿Qué tantos poemas podrían ser rescatados para publicarse?

-Me alcanzan para todo un libro, como ésta tengo muchas libretas. Mire, aquí estoy viendo esto que no había vuelto a mirar desde hace años, es una metáfora bastante buena, escuche:

Me olvido de ti a cada rato,
[¿qué más quieres?
Lo único que me salva de ti
[eres tú misma.

Ríe, mientras continúa rescatando poemas. Se mete en sus libretas y se olvida de nosotros. Lee en voz alta en un acto íntimo, para sí mismo. La poesía de Sabines se nutre de la calle, del hombre común y la mujer de la palabra del viejo, del niño, de la abuela, del padre. Recoge la lengua de las ciudades y las expresiones del campo. Cree en el sentimiento humano sin fronteras, en la vida que, corre como poderoso río en el poeta que es testigo del hombre. Puerto seguro para los que aman, su poesía se adueña del "corazón del hombre que sueña y anda solo en la tierra".

Encontrado en:
http://www.utp.ac.pa/revistas/poesia_un_destino.htm

Me encanta Dios

Martha Anaya y Patricia Ruiz

24 de Marzo de 1996, Ciudad de México

Va apoyado en una sola muleta... Nuevamente -después de seis años y cuatro meses de encierro, de 34 operaciones clínicas, y cuatro iatrogenias-, Jaime Sabines está en pié.

Sonríe... Hoy, 25 de marzo de 1996, el poeta cumple setenta años.

El sol ha entibiado esta mañana la sala de su casa. Los libros descansan en los anaqueles. Sabines ve el azul del cielo, y deja escapar la rebeldía en su voz:

"¡Quiero vivir...! Vivir bien, vivir sano; no vivir limitado, discapacitado como le llaman ahora."

Ya está muy cerca de concluir la larga noche, la pesadilla. El mismo ve asomar el amanecer. Y ante ese nuevo futuro, el autor de, Los Amorosos, de Yuria, insiste:

"Ni planes ni proyectos. Nada. En esto parece que me parezco a México...; pero mi único deseo, que no proyecto, es volver a vivir"

-¿Y la pluma? ¿La poesía?

-¿Para qué? --devuelve Sabines--. Además, no tengo ninguna urgencia de escribir. Nunca la he tenido en realidad. Fíjate, si ves mi vida, tengo muy pocos libros, once. Y entre uno y otro han pasado tres, cuatro años, a veces hasta cinco años en que no he escrito nada, nada; y de pronto viene el golpe y me echo un libro en veinte días o en un mes. Así es... Ahora, con mayor razón por mi enfermedad... Quiero volver a vivir primero.

-¿Cuándo tiempo lleva sin escribir?

-Bueno, hace dos años me eché un poema muy bonito. El de "Me encanta Dios". Ese lo escribí aquí en mis rodillas. Decía yo, no puedo ponerme en la cama como siempre he escrito, recostado sobre mi costado izquierdo, aquí mi cenicero, mi taza de café y mi libreta y mi pluma... Y ahora no puedo hacerlo y, decía, voy a terminar escribiendo sobre las rodillas. Y siempre piensa uno: "eso está escrito sobre las rodillas", para decir que está mal escrito, muy apresurado...

"¡Pues me jodió... como castigo de Dios, ahora escribe sobre las rodillas... Y así, en una libretita de taquigrafía -ahora no puedo agarrar mis libretas aquellas hermosas que tenía- mientras estaba yo en la cama e iba a desayunar, se me antojó, agarré la libreta y la pluma, aún no llegaba el desayuno y dije: Voy a escribir algo. Y me fue saliendo el poemita de Dios, precioso, como testamento...

Me encanta Dios. Es un viejo magnífico que no se toma en serio. A él le gusta jugar y juega, y a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna o nos aplasta definitivamente. Pero esto sucede porque es un poco cegatón y bastante torpe de las manos. "Llegó el desayuno y dije, ¡espérense!. Estaba picadísimo, hasta que lo terminé. Y luego que lo terminé, a almorzar sabroso. Después lo leí de nuevo y me gustó, y en la noche lo volví a leer y me gustó, y dije ya quedó... Me salen siempre de golpe, no tengo correcciones ni nada; las correcciones son

simultáneas al acto de escribir, pero muchas veces tacho el poema, lo rompo o lo desprecio..."

Las muletas han quedado recargadas en el librero. Al frente, junto a la chimenea, cuelga una fotografía de su hermano Juan en los tiempos que fuera gobernador de Chiapas.

Jaime Sabines rememora. Va aún más atrás, a 1953. Año en que inicia "mi trauma, mi silencio"... Se hace cargo de la tienda de Juan, El Modelo. Cuenta:

"Cada mañana tenía que levantar cuatro chingadas cortinas de acero y barrer la calle por donde la gente pasaba tirando basura. Era un poeta, pero tenía que ponerme a vender metros de manta o delantales o no se qué carajos..."

"Ahora reconozco -agrega- que esos años terribles me enseñaron muchas cosas; la humildad, a ser cualquier gente, aunque en el fondo supiera que yo era antes que nada un poeta."

NUNCA HABIA VISTO A MEXICO TAN DESMADEJADO

Sabido es que Jaime Sabines le tiene pánico a los periodistas y que odia las entrevistas. Sin embargo, aún cuando la charla se aleja de una clásica entrevista, los temas del día van y vienen.

Casi de entrada, habla de Marcos:

"Es un poeta en muchos sentidos; por ejemplo en esa carta donde dice que no hay por qué pedir perdón, tiene un contenido social y político muy emotivo, muy bien planteado, muy bien escrito emocionalmente. Tiene buen manejo del idioma, es un buen comunicador. No cabe duda que el Ejército zapatista le debe 90% de lo que es a Marcos..."

-¿Le quitaría el pasamontaña como la Doña?

- La capucha es muy valiosa para hacer la mitología de Marcos... Hace dos años me preocupé mucho por Marcos. Pensaba yo, este pobre tipo en qué va a

terminar, cuál va a ser su fin. Ojalá que le peguen un balazo y que lo maten. Sería mejor para su leyenda, porque verlo de diputado ¡qué horror!

-¿Llegará a ser otro Che?

-Quién sabe. Yo lo he visto últimamente declinante. No en su definición social, declinante literariamente; lo veo muy por debajo del nivel que tenía en principio. No se si la repetición constante del mismo chiste deja de ser chiste y pierde la frescura, la originalidad. Se me hace que ha decaído mucho Marcos, muchos de sus comunicados ya no los leo...

Otro tema inevitable es el del ex Presidente Carlos Salinas:

-¿Usted le apreciaba, verdad?

-Hasta la fecha -reconoce Sabines-, estoy muy agradecido además con él.

-¿Usted qué cree que le ocurrió a Salinas?

-Yo creo que lo del Ejército Zapatista lo descuartizó. Le quitó toda posición real sobre la tierra. Salinas, hasta el quinto año de gobierno había sido una maravilla y fácilmente hubiera llegado a ser presidente de la Organización Mundial de Comercio. Era admirado en todo el mundo. ¿Qué le pasó a Salinas? ¿Por qué la regó en el último año? Yo creo que fue el desquiciamiento del primero de enero del Ejército zapatista, cuando él confiaba totalmente en todo. Por eso se enojó tanto con mi paisano Patrocinio, que decía que no había peligro, que en Chiapas no podía pasar nada... Ahí, se debilitó Salinas mentalmente, emocionalmente se desmadejó. Es la imagen que yo tengo de él, porque era un hombre audaz.

-¿Muchos mexicanos dicen que Salinas los engañó. Usted se sintió engañado?

-No. Yo en lo personal no lo digo. Yo nunca hablaré mal de Salinas porque tengo motivos personales de gratitud hacia él. Pero no creo que haya engañado al pueblo... ¡hombre, si todo estaba a la vista!

-¿Qué pasa en nuestro país, alguna vez lo había visto tan mal?

-¡Nunca había visto a México tan débil, tan desmadejado como está ahora...Hay mucha debilidad, mucha falta de autoridad. Hay falta de confianza, falta de credibilidad en todo los sentidos. Y oyes al Presidente de la República y dice ¡Ya..! Qué va a pasar si las autoridades no ponen remedio a esto. Qué va a pasar, no sabe uno.

-Ante este caos, ¿en qué se refugia?

-Yo no me refugio, estoy con mi enfermedad, con mis malestares. Tengo que estar en mi casa encerrado; veo televisión y leo, esos son mis refugios; pero ver televisión es tanto como estar en la calle.

EL POETA ES EL ESCRIBANO A SUELDO DE LA VIDA.

En la casa sólo se escucha su voz. Relee, a petición nuestra, el discurso que pronunció cuando le entregaron el Premio nacional de Ciencias y Artes. Se detiene en un párrafo:

La poesía es el descubrimiento, el resplandor de la vida, el contacto instantáneo y permanente con la verdad del hombre. La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que le puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma. Quiero decir con esto que el poeta es el condenado a vivir. No hay distracción posible, no hay diversión, no hay posibilidad de salirse del mundo. Todo esto debe ser escrito, todo debe hacerse constar. El poeta es el escribano a sueldo de la vida...

-¿Podríamos cambiar la poesía por el periodismo?

Jaime Sabines no parece muy de acuerdo con la idea. Y de plano dice: ¡No!...Déjalo como está. Ya si tú quieres, cuéntales que así es el periodismo...

Compañero inseparable de Jaime Sabines eran sus cigarrillos sin filtro. Fumaba desde que tenía once años. A los quince, fumaba ya de dos a tres cajetillas de Delicados. Incluso, "cumplí mis bodas de oro en 1995 con los Delicados". Ahora, esa historia también terminó:

"El 17 de febrero de 1995, a las 20 horas, dejé de fumar. Me dije: Voy a dejar de fumar...los primeros días te juro por Dios que andaba con mi andadera y me temblaban las piernas. "Me voy a caer", decía y buscaba dónde sentarme, por la falta de cigarro. Hijo de su madre, qué tremendo..."

Ahora, en lugar de sus Delicados, trae un invento japonés llamado "calpo" que le sirve "para hacerme tonto". Es una especie de cigarrillo con esencia de tutifrutí, de menta, de lima-limón, de canela.

Y ahí lo tiene, con el "cigarrillo" ese entre los labios, sonriendo, esperando el momento para volver a recorrer las calles, para volver a soñar, volver a escribir, y volver a vivir...

Encontrada en:

<http://www.geocities.com/SiliconValley/Horizon/7428/sabines.htm>

Sin el pudor del silencio

MÓNICA PLASENCIA SAAVEDRA

El 12 de diciembre de 1997 tuve la oportunidad de mantener una larga e interesantísima conversación con el poeta Jaime Sabines en un elegante hotel madrileño. Tras presentar en Francia la traducción de su libro *Tarumba*, voló hasta la capital española para ser homenajeado por la Sociedad de Autores del país y para ofrecer a sus lectores del otro lado del océano un inolvidable recital en la histórica Residencia de Estudiantes. Sus palabras, apenas transcritas, unidas a los trechos de su poesía y ligadas íntimamente con ésta, conforman el testimonio vivo de su creación, el testimonio vivo de un hombre que jamás tuvo el pudor del silencio.

Que no te esclavicen ni tu ombligo ni tu sangre,
ni el bien ni el mal,
ni el amor consuetudinario.
Tienes que ser actor de todas las cosas.

Tienes que romperte la cabeza diariamente
sobra la piedra, para que brote el agua.
Después quedarás tirado a un lado
como un saco vacío
(guante de cuero que la mano de la poesía usó),
pero también quedarías tirado por nada.
Yo me quejo, Tarumba, de estar sirviendo a la poesía y al diablo.
Y a veces soy como mi hijo, que se orina en la cama,
y no puede moverse, y llora.

Soy un poeta intimista. Me gusta hablar de mis sucesos, de lo que me pasa a mí, pensando que le puede pasar a cualquiera. Si no tiene un sentido ejemplar lo que me ocurre a mí no tengo por qué hablarlo. Yo me tomo este par de huevos tibios y no tiene ninguna importancia. Pero si me enamoro, ahí sí tiene importancia, en cuanto que cualquiera se puede enamorar. Que sea un sentimiento que pueda trascender, que pueda significar el sentimiento de los demás. Lo que sí, una cosa que me parece pedante es eso que los críticos llaman la "universalización" de la poesía. Pienso que la poesía significa personalización, en cuanto que es trascendente, en cuanto que sea ejemplar lo que me pasa a mí y lo que te pasa a ti, que podamos coincidir en esas emociones, en esos sentimientos. Para mí la poesía es, más que nada, el relato emocionado de las cosas. Si no hay emoción en la poesía, no hay poesía. Hay un diálogo. Existen muchos poetas que no me gustan porque hacen las cosas solamente con el cerebro. Ahora, yo no creo que la poesía pueda hacerse con los pies, desde luego, pero siempre debe estar presente el elemento emocional. Desde los veintidós años empecé a discutir con algunos amigos míos que estudiaban filosofía, uno de ellos se me acaba de morir. Fue un maestro ilustre, emérito de la Universidad de México: el doctor Fernando Salmerón. Discutíamos desde jóvenes. Yo le decía que el poeta y el filósofo coinciden en sus propósitos, especialmente en el de encontrar la verdad de las cosas, su supuesta verdad. La verdad entrecomillada, la verdad de los sucesos humanos, la verdad de la razón del hombre sobre el mundo. Y él me decía: "No, compadre, pero es que el filósofo es otra cosa..." Y yo le respondía: "No, lo que pasa es que el filósofo recorre un camino más largo, a través del razonamiento, la lógica, el conocimiento, el estudio. Y el poeta, en cambio, va directo a las cosas por la intuición." Años después coincidió conmigo porque encontró que Heidegger tenía como libro de cabecera *El principito*, y que en una de sus obras hablaba de

que la poesía llegaba a la filosofía o coincidía con los filósofos en algunos aspectos. Estoy convencido de que el poeta tiene que hacer algo y no únicamente cantar. Entonces sería simplemente un juglar. El poeta es un juglar, pero es algo más que eso. Tiene que decir algo de la verdad del hombre, de lo contrario no tendría sentido. Cantar es nada más entretenerse, y el poeta debe comprometerse.

Dentro de poco vas a ofrecer estas páginas a los desconocidos como si extendieras en la mano un manojo de yerbas que tú cortaste. Ufano y acongojado de tu proeza, regresarás a echarte al rincón preferido. Dices que eres poeta porque no tienes el pudor necesario del silencio. ¡Bien te vaya, ladrón, con lo que le robas a tu dolor y a tus amores! ¡A ver qué imagen haces de ti mismo con los pedazos que recoges de tu sombra!

La poesía es desnudarse. De ahí el temor que algunos poetas pueden sentir ante ella. Pero el poeta debe estar totalmente a la intemperie, totalmente desnudo para poder decir las cosas. Si yo me guardo y me pongo púdico, pues no, ¿verdad?... No puede haber pudor, ni silencios. Hay que romper con eso. Es fundamental.

Uno es el hombre.
Uno no sabe nada de esas cosas
que los poetas, los ciegos, las ramera,
llaman "misterio", temen y lamentan.
Uno nació desnudo, sucio,
en la humedad directa,
y no bebió metáforas de leche,
y no vivió sino en la tierra
(La tierra que es la tierra y es el cielo
como la rosa rosa pero piedra).

En estos tiempos la poesía sigue sirviendo para algo. No precisamente para corregir, para arreglar la sociedad en que vivimos, como es la idea de los poetas socialistas, que piensan que con sus poemas van a mejorar las cosas. Yo creo que eso es demasiado utópico. Pero sí es útil la poesía para sacar del corazón del

hombre el desencanto, para animamos un poco a vivir. La poesía sirve para darnos grandes deseos de vivir.

Hay dos clases de poetas modernos: aquellos, sutiles y profundos, que adivinan la esencia de las cosas y escriben:

"Lucero, luz cero, luz; Eros, la garganta de luz pare colores coleros", etcétera, y aquellos que se tropiezan con una piedra y dicen "pinche piedra".

Por lo general yo uso el lenguaje cotidiano, el lenguaje de todos los días, pero lo transformo con pequeños matices. Le doy calidad literaria. Hay un claro ejemplo que me lo planteó un gringo que estaba haciendo su tesis sobre mi poesía. Me dijo: "¿Cómo se atreve usted a decir 'porque no hay un lugar donde yo me venga'?" Pero es que hay una variedad. Yo digo: "en donde yo me venga, a donde yo vaya mejor que tu cuerpo". Eso le quita lo procaz de la expresión, lo de sucio que pueda tener. Le di una vuelta. Es necesario usar el lenguaje cotidiano, pero no a la manera normal, sino dándole matices diferentes. Se matiza, muchas veces, con una palabra, con un giro. Entonces es cuando se logra el momento poético. Las palabras groseras dejan de ser vulgaridades para convertirse en expresiones cargadísimas de sentido. No hay, en realidad, palabras gruesas. Las palabras existen, simple y sencillamente. La grosería está en la mente del receptor. Yo puedo ser grosero diciendo puras palabras limpias, preciosas, escogidas.

Yo me atreví a todo, es cierto, pero ya con el conocimiento del idioma, con el conocimiento escaso que tengo del idioma, pero, de todos modos, con conocimiento de causa.

¿Qué putas puedo hacer con mi rodilla,
con mi pierna tan larga y flaca,
con mis brazos, can mi lengua,
con mis flacos ojos?
¿Qué puedo hacer en este remolino
de imbéciles de buena voluntad?

Tarumba, por ejemplo. Nadie entendió de qué se trataba. Era una manera nueva de decir las cosas. El único que sí entendió *Tarumba* inmediatamente fue don

Pedro Garfias, poeta español de la generación un poquito anterior a Lorca. Pedro llegó a mi casa un día y yo lo estimé desde el primer momento. Era un viejo adorable y un alcohólico tremendo. Pero no andaba borracho, andaba normal, aunque necesitaba dos litros de alcohol al día. Yo le conocí y lo estimé mucho. Cuando le leí Tarumba me dijo: "Es el primer gran poema que has escrito, el primer gran poema." Él se dio cuenta de la unidad de Tarumba, de que no podía leerse fragmentado.

Roto, casi ciego, rabioso, aniquilado,
hueco como un tambor al que golpea la vida,
sin nadie pero solo,
respondiendo las mismas preguntas para las mismas cosas siempre,
muriendo absurdamente, llorando como una niña, asqueado.

Es el apasionamiento, la emoción, lo que me motiva a escribir. Nunca he escrito fríamente, reflexivamente. Siempre es en el momento del dolor, de la angustia, del miedo, del enamoramiento, de lo que sea que me esté provocando el acto de escribir. Claro, cuando tomo el cuaderno no sé qué voy a decir, obviamente no tengo preparado un discurso. Sale la primera línea en el sentido que yo deseo, ya sea hablando de amor, hablando de la mujer, de mis esperanzas, de mis sueños, y la primera línea jala las otras, jala las otras, y así se va haciendo el poema. Hasta que llega un momento en el que digo: esto se acabó. Hay veces que le doy unas pasadas, y a la segunda lectura recorto. Es lo más que hago con los poemas. Casi no corrijo, salen de un tirón. Si hay alguna corrección es simultánea al acto de escribir, una palabra tachada, por ejemplo, pero, en general es eso, suprimir y no agregar. Suprimir o cambiar una palabra determinada.

Te preocupa que yo escriba con disciplina, todos los días o casi todos los días. Eso lo hice hace veinte años. Hoy me da vergüenza. Yo no soy una vieja jugando con muñecas, ni circulo en el cuarto de los espejos.
¿Qué son las palabras desprendidas de la vida? Naipes, juegos solitarios, pasatiempos mortales.
Esperemos. El vacío esta lleno de promesas.

Yo empecé a escribir con las formas poéticas tradicionales a los catorce, quince años, era lo que había aprendido en la escuela, lo que había aprendido en mi

casa. Las lecturas de los modernistas, del posmodernismo que hubo en México. Hubo muchísimos poetas importantes en México, claro que ninguno de la estatura de Rubén Darío. Rubén Darío fue el padre de todos ellos, extraordinario poeta. Estaba Díaz Mirón , Luis de Urbina, López Velarde un poco posterior... No me gusta mucho la poesía de Velarde porque se esconde de las cosas con su misticismo y no es muy sincero. Ataca a la mujer, por ejemplo, pero nunca se atreve a atacarla de veras. Luego que la misa, que la iglesia... Hay otras cosas de López Velarde que no me agradan, pero no como poeta, sino por su actitud como hombre, tal vez por su educación en la provincia católica en la que se respetan todas las normas... De todos modos es un gran poeta. "Fuensanta" es uno de los preciosos poemas que tiene... Aun así, son gente que no me influyó lo más mínimo. También está la obra de Juan Rulfo, poeta como ninguno. Se le califica de cuentista, de novelista, esa diferencia entre géneros literarios que a mí me cae tan mal... porque para mí Rulfo es uno de los mejores poetas de México y de América. Lo mismo ocurre con García Márquez.

¿Por qué rendija se cuele el aire de la muerte? ¿Qué hongo de las paredes, que sustancia ascendente del corazón de la tierra es la muerte?

¿Quién me untó la muerte en la planta de los pies el día de mi nacimiento?

Nunca he pensado con miedo en mi muerte, y he estado a punto de morir, sobre todo en los últimos siete años. Mi propia muerte no me importa nada. No le tengo temor, aunque tampoco la estoy llamando, ni quiero que llegue, porque amo la vida. A lo que temo es a la vejez, a la vejez que te invalida. He encontrado en estos años mucha dependencia de los demás. Estás enfermo en una cama y no te puedes ni mover... a eso sí le tengo horror, a ser un viejo de ochenta años al que tengan que llevar en una silla de ruedas y que me tengan que dar de comer. Eso sí que no lo deseo. A mi muerte no le tengo pánico, ni mucho menos. La veo como una cosa enteramente natural, como el hecho de haber nacido. La muerte es lo que da sentido a la vida, es decir, lo que la redondea. Es como el punto final de una novela que vuelve sobre sí misma.

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,

de su vagina obscura,
de su vómito.
de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios,
el aguacero golpeando las persianas,
la noche, el viento.

Siempre cuesta trabajo aceptar la muerte de los demás, de los seres queridos. Si ves morir lentamente a quien quieres es horroroso. Mi padre tardó muchos meses en morir. Después de la operación lo llevamos a Acapulco y allí pensamos que ya se había salvado, pero no fue así. Yo me dije: "ya se murió mi padre". No tenía remedio. Lo llevamos a México a las radiaciones... Si ves morir así, despacio, y tú impotente, sin poder hacer nada... Eso sí es tremendo. No se lo deseo a nadie. Y de ese modo murió también mi hermano Juan. La muerte de Jorge, en cambio, fue muy de repente, de un día para otro, una sorpresa. Claro, lloré, pero no fue la carga acumulada de meses y meses de estar esperando la muerte. Con Jorge no sé, pero hasta la fecha, muchas veces, levanto el teléfono para hablarle. *Le* quiero comentar un suceso político, algo que vi en la televisión y me quedo con el teléfono en la mano. Y acaba de hacer cuatro años de su muerte... Por eso, de alguna forma, Jorge no ha muerto. Aún no lo he enterrado. Sigue ahí, presente.

Como sin piel, herido por el aire,
herido por el sol, las palabras, los sueños.
Se me ha trepado en la nuca un cabrón diablo
y no me deja quieto.
Ulcerado, podrido, hay que vivir
a rastras, a gatas, apenas, como puedo.

Yo pensé desde los diecisiete, dieciocho años, en el suicidio. A los veinte lo pensaba ya seriamente. Y a los veintitrés, un día me dije: ¿serás capaz de hacerte daño? Porque el suicidio es eso, hacerse daño a uno mismo. Y entonces pensé: vamos a ver si te atreves a matarte. Me levanté la manga de la camisa, agarré una navaja de rasurar y me corté longitudinalmente, no cortándome las venas, sino a lo largo. Empecé a sangrar y me puse un algodón, me desinfecté la herida... Y me quedé tranquilo porque sí podía hacerme daño. Entonces dejé de pensar en el suicidio. Cuando supe que lo podía yo hacer, que sí me atrevía a

quitarme la vida, dejé de pensaren ello. Ya después, más maduro, me dije que si es una fecha necesaria, que tiene que llegar, esperaremos a que llegue.

Ahora sí, en estos últimos años, muchas veces he pensado que si me volviera incapacitado, entonces sí me metía un balazo. Pero muy conscientemente y para evitar años de más, años de incapacitación total. Y éste es un razonamiento no buscado, no premeditado, simplemente es la lógica de los sucesos. Eso sí lo pienso, aunque espero que no llegue el día.

Tengo las amígdalas maduras, los bronquios repletos de esperma de gripe, el cuerpo sumergido en la fiebre, la sangre doliéndome por todos lados, y de oreja a oreja la cuchillada que no me deja hablar.

Por horas enteras no he pensado en nada. Me he puesto a dar de vueltas, a estirarme, a quejarme, a echar fuera un poco de dolor. No he fumado, ni he leído, ni he deseado otra cosa que salir del potro.

Yo odio el sufrimiento físico. Te rompes una pierna y no tienes manera de quitarte el dolor. ¿Cuál es la reacción? El aullido. La respuesta es enteramente animal. Y lo peor de todo es que es un dolor inútil, porque no te genera ningún bien. Con el dolor por la muerte de mis padres, por ejemplo, siento que crecí humanamente, que me hice mejor hombre, más resistente a la vida. En cambio el dolor físico simplemente te humilla. Es abyecto, inútil, ¿para qué sirvió pasarte toda la noche en un grito?

Dios siempre está de buen humor. Por eso es el preferido de mis padres, el escogido de mis hijos, el más cercano de mis hermanos, la mujer más amada, el perrito y la pulga, la piedra más antigua, el pétalo más tierno, el aroma más dulce, la noche insondable, el borboteo de luz, el manantial que soy.

Yo podría definirme a mí mismo como agnóstico. Como una gente que no cree en los términos tradicionales. Y, sin embargo, estoy hablando de Dios constantemente, desde que tenía diecinueve o veinte años. Dios es una palabra que me sirve para significar todo lo que ignoro, todo lo que desconozco. Eso es Dios. Dios es la palabra útil al hombre, para significar la vida. Uno estudia el cristianismo, estudia el dios hebreo, pero, en la Biblia, Dios manda destruir ciudades y eso no es de un dios de bondad. Ahora, ¿qué pasa con Buda? Yo leía

la vida de Buda y lo perseguía por todos lados. Tengo muchas anécdotas de él, de su desprendimiento de las cosas... Pero Buda llega a una conclusión tremenda: la causa de todos los males del hombre, de todo el dolor del hombre sobre la tierra, es el deseo. Deja de desear. ¿Qué tipo de hombre se va a hacer uno si deja de desear? Hay que cortarse los brazos, y las piernas, y no caminar, y no vivir. Entonces, digo yo, ¿cómo es posible que Buda quisiera la inmovilidad total? No se preocupó del dolor ajeno, no se preocupó de nadie... Al abolir el deseo acaba con todo padecimiento humano. Así se identifica con la divinidad, con la perfección, pero se deshumaniza. No se puede vivir a la manera de Buda. Yo pienso que lo principal de la vida es el deseo.

Ay, Tarumba, tú ya conoces el deseo.
Te jala, te arrastra, te deshace.
Zumbas como un panal.
Te quiebras una y mil veces.

Sin el deseo no podríamos vivir. El deseo es la clave de todo. Es la clave del dolor, desde luego, pero también lo es de la alegría. El deseo es parte del camino que recorreremos. No se puede dejar de desear. A veces me pregunto cómo es que he aguantado treinta y cinco operaciones quirúrgicas en siete años. Las he aguantado porque deseo vivir, eso es todo. El que desea vivir, aunque esté con veinte males por encima del que no tiene ninguno, ese sigue viviendo. Desear vivir es ya vivir.

Sobre Sabines y su Obra

Poesía y Crónica

Con los poemas y con los versos de Sabines a menudo nuestros contemporáneos se expresan cuando le quieren dar intensidad al amor, cuando les surge entre los dientes la muerte, cuando se lamentan de su destino.

Sabines habla con Dios, con la mujer, consigo mismo de la manera en que los noctámbulos, los solos, los insatisfechos, los fracasados se oyen en sus entrañas, cuando el frío y la borrachera de la noche, el insomnio, la soledad, el dolor, la desazón y el fracaso los obligan a detenerse. Cada interior colectivo, cada época, cada nación tiene una forma aguda, punzante, de decirse la verdad, o lo que cree que es la verdad, de vaciarse de mentiras y de consuelos. La de Sabines forma parte de la nuestra. No es una forma seca, racional, despojada, exacta; es, por el contrario, una compuesta de excesos, de llantos, de gritos, de declaraciones de amor, de vaivenes violentos.

La distancia que el poeta chiapaneco tiene frente a sí mismo o frente a los acontecimientos que provocan sus poemas es mínima. Escribe simultáneamente a la muerte de su padre o de su madre, al nacimiento de su primer hijo, al paseo dominical de las sirvientas, a la noche de insomnio y a la de amor. Su mundo es el del asfalto y el de la queja de nuestra ciudad, en este sentido es un cronista: escribe como el buen periodista, en caliente, no a toro pasado. Todos sus poemas comparten esta urgencia del reportaje, esta obsesión por el contacto, por el enfrentamiento con el núcleo pasional de los hechos. Sus poemas están fechados no por el tiempo estacional o largo de la naturaleza, ni siquiera por el de la historia, sino por el calendario semanal y ciudadano de la época. El autor de Tarumba ama u odia según las horas del día, hay en sus versos huellas de casi todas las sustancias; las pequeñas y las grandes, las materiales y las religiosas, las naturales y las artificiales que componen nuestra vida.

Roberto Juarroz decía que su forma de escribir consistía en borrar cualquier dato concreto, cualquier indicio que diera una pista del origen biográfico o circunstancial de un poema; otros poetas incluso parten de una ficción o de un experimento mental. Sabines, en cambio, quiere "alcanzar a la vida en esa recóndita sencillez de lo simultáneo".

En Diario semanario y otros poemas en prosa nos dice: "No sé por qué camino, pero hay que llegar a esa ternura de Tagore y de toda la poesía oriental sustituyendo a la muchacha del cántaro al hombro por nuestra mecanógrafa eficiente y empobrecida." Él ha recorrido este camino y al hacerlo ha introducido, no sin sus contradicciones y sus excrecencias, no sin sus impurezas y hasta con sus cursilerías, nuestra vida diaria en un mundo poético que se le ciñe efectivamente como un guante.

Sabines no quiere ser pájaro ni pez, no quiere la transmutación o la metamorfosis, está muy lejano al lírico que caracterizaba Kundera, para el que la vida siempre estaba en otra parte. Sabines siempre es el mismo; el adolorido y el deseoso, el acompañado y el perseguido por la muerte, el insomne, el esposo, el padre de familia y el amante; quiere vivir la vida de aquí, para él no hay otra, aunque le canse y le repugne, pero le repugna más la ficción y la mentira: "Mientras yo no pueda respirar bajo el agua o volar (pero de verdad volar, yo solo, con mis brazos) tendrá que gustarme caminar sobre la tierra y ser hombre, no pez, no ave."

Sabines es un poeta de la estupidez del tiempo moderno y ciudadano: "Pasa el lunes y pasa el martes/ y pasa el miércoles y el jueves y el viernes/ y el sábado y el domingo,/ y otra vez el lunes y el martes/ y la gotera de los días sobre la cama donde se quiere dormir,/ y la estúpida gota del tiempo sobre el corazón aterido."

Toda la poesía de Sabines es también un hablar con Dios en innumerables tonos: "Uno podría hablar de Dios interminablemente, con ternura y con odio como de un hijo perdido"... "Quiero que me socorras. Nadie, de esta intranquila supervivencia, de esta sobremuerte agotadora." Sabines conoce el pecado que no quita el placer pero sí da dolor y le asusta la muerte y habla con Dios y no sabe si existe y si será un Dios que tenga otro como Dios, hasta llegar al primero y al último, solo y desamparado, más solo y desamparado que el hombre sobre la tierra.

Pero mal comprenderíamos su poesía si nos quedáramos aquí. Sabines, como todo poeta, extrae su fuerza de la visión del paraíso: "¿Qué es el canto de los pájaros Adán? Son los pájaros mismos que se hacen aire." En su poesía hay,

dispersas a veces, a veces concentradas, esquivarlas puras de paraíso, versos que brotan directamente de la frescura del agua o del canto de los pájaros. Pero para él el paraíso es, tal es a veces su furia, más que el paraíso perdido, el paraíso robado, y sus lectores nos podemos dar cuenta de la maravilla pasada por la enormidad del hueco que dejó y por la amargura de la queja que provoca. Aunque la mayor parte del tiempo el paraíso no se dé en la naturaleza desnudo, sino muy sabinescamente en las calles o en las habitaciones de nuestro tiempo: "¿En dónde estamos, desde hace tantos siglos, llamándonos con tantos nombres Eva y Adán? He aquí que nos acostamos sobre la yerba del lecho, en el aire violento de las ventanas cerradas bajo todas las estrellas del cuarto a oscuras." Para Sabines la mujer es nuestra única ración de paraíso, aunque sea a su vez nuestro círculo de muerte necesario.

Desde sus primeros libros Jaime Sabines nos habla, con profundidad y con riqueza, de la muerte. La muerte para él, aparte de ser una afrenta, está llena, como para todos los mexicanos, de las cosas de la vida, no es una muerte desnuda y metafísica, es un esqueleto real y descarnado. En toda su obra la muerte es vivida de una manera brutal y tangible. Jaime Sabines no es "padrote de la muerte", "ni orador de panteones", por eso se resiste ante ella y lucha para que sus muertos no desaparezcan; les da rasgos, nombre, temperamento; a veces se niega a esa costumbre salvaje del entierro y logra con su escritura dejarlos fuera para que sus huesos nos hablen de su muerte; otras lucha inútilmente contra su presencia y le ruega a la tierra que acabe con ellos.

Si Coplas a la muerte de mi padre de Jorge Manrique empieza con un largo y efectivo recuento de lo que era la muerte para los hombres de su época, si fue escrito después del acontecimiento que lo provocó y en una templanza y ánimo hoy desconocidos; Algo sobre la muerte del mayor Sabines empieza en un hospital (hoy nacemos y morimos en un hospital) y el autor comienza a escribir con su padre agonizante: "Convalecemos de la angustia apenas y estamos débiles, asustadizos, despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño para verte en la noche y saber que respiras." Esta simultaneidad entre el suceso más doloroso de la vida del poeta y la redacción del texto es lo que nos conmueve, hace que lo sintamos a flor de vísperas y lo que espanta al propio poeta: "Me avergüenzo de mí hasta los pelos/ por tratar de escribir estas cosas." Esta vergüenza es muy de Sabines; en muchos poemas se avergüenza de no poder mantener el silencio; una necesidad imperiosa lo obliga a escribir en estados de

ánimo extremos. Jaime Sabines escribe en el borde, descalzo, le gusta pisar la hierba que crecerá sobre su tumba. Por eso ante la muerte de su padre se niega el consuelo y se entrega a morir "como una piedra al río/ como un disparo al vuelo de los pájaros"; agudiza sentidos y sentimientos y escribe versos como éstos: "Te enterramos ayer./ Ayer te enterramos./ Te echamos tierra ayer./ Quedaste en la tierra desde ayer..." ¿Quién ha aliado estas dos palabras, tierra y ayer, a un mismo tiempo tan comunes y profundas, de forma tan inmisericordemente machacona, tan ineludible, como Sabines? Desde su primer libro, *Horal*, hasta el más reciente de sus poemas, toda la obra de Sabines intenta hacer poesía sin separarse ni un centímetro de su realidad. Siempre el mismo, siempre bajo su nombre, Jaime Sabines vive su condición de poeta: "Me quejo de estar todo el día en manos de las gentes,/ me duele que se me echen encima y me aplasten, y no me dejen siquiera saber dónde tengo los brazos.../ Abandona a tu padre y a tu madre, y a tu mujer y a tu hijo y a tu hermano/ y métete en el costal de tus huesos/ y échate a rodar si quieres ser poeta." Él se ha echado a rodar y nos ha metido a todos en su costal y nos ha demostrado, pese a los versos anteriores, que se puede ser poeta sin abandonar hijos, padres, hermanos; que se puede ser poeta en medio de los otros. A diferencia de ese personaje de Borges que intenta hacer un mapa del mundo y que al final de sus días se encuentra con que ha dibujado su rostro, la obra de Sabines es un autorretrato que desde sus primeros trazos incluye nuestro mundo.

Encontrado en:

<http://www.jornada.unam.mx/1996/mar96/960324/sem-deltoro.html>

Condenado a Vivir

JUAN DOMINGO ARGÜELLES

La poesía de Sabines ha entrado en las casas que no tienen biblioteca ni conocen nada de las preceptivas ni de los prestigios literarios. Sabines es uno de los últimos poetas populares (Rafael Alberti es otro).

Quien lee no obligado por los prestigios sino empujado por la fuerza de la emoción que encuentra en la página, tiene más posibilidades, que cualquier

otro, de entrar en el reino de la poesía; reino éste, lo dijo Efraín Huerta, al que no deben penetrar los huecos, los desapasionados, "los líricamente desmadrados".

La poesía de Sabines es una pócima. Y no otra cosa es la poesía, según sus propias palabras: "La poesía es el descubrimiento, el resplandor de la vida, el contacto instantáneo y permanente con la verdad del hombre. La poesía es una droga que se tomó una vez, un cocimiento de brujas, un veneno vital que le puso otros ojos al hombre y otras manos, y le quitó la piel para que sintiera el peso de una pluma".

He aquí una definición de la poesía hecha por un verdadero poeta. Definición, en efecto, de poeta, y no definición de teórico. En esto, y en su carácter de gran poeta popular, Sabines se asemeja a Pablo Neruda. Fue el chileno, autor del *Crepusculario*, el que dijo que "la poesía es una insurrección", ni más ni menos. Y fue también el que dijo, y probó, que la materia de la poesía no está, únicamente, como algunos suelen pensar, en el esplendor de los libros, sino también en "las ásperas tareas humanas".

Y estas certezas son parecidas a las dos certidumbres que Sabines enfatizó hace exactamente cuarenta años, en 1959, al recibir el Premio Chiapas: que "no se debe vivir a lo poeta sino a lo hombre" y que "toda arte poética debe estar comprendida, subordinada al arte de vivir".

Nerudiana y sabinianamente he ahí algunos de los deberes del poeta para que la poesía aspire a no cantar en vano, y para que el poeta sea, como ha querido Sabines, "el condenado a vivir", a condición, claro está, de que la poesía lo haya atrapado para siempre, sin posibilidad de dejarlo salir del mundo. Y no únicamente del mundo libresco y de la simetría y de la belleza, sino también del mundo infinito que está detrás de la ventana, fuera de la torre de marfil de los marfilistas.

Jaime Sabines ha enseñado a muchas generaciones a leer en la poesía y no sólo en los libros. ¿Es esto poco? Ciertamente no lo es. Porque son muchos los que leen en los libros y no advierten la poesía ahí donde la hay, y porque son muchos también los que escriben libros, en verso, y, sin embargo, carecen de la capacidad de entregar alguna poesía al lector; porque, en su fatuo y equívoco propósito de alumbrarse y deslumbrar "se han dispuesto a oscurecer la luz, a

convertir el pan en carbón, la palabra con tornillo", como nos lo advirtió también Pablo Neruda.

Jaime Sabines habita en lo mejor de nosotros. Lo llamamos poeta popular y lo es, aunque no falte aquel que cuando oye el término popular añadido al de poeta se lleve la mano a la faltriquera (¿a dónde, si no?), en recuerdo de aquel general que cuando oía la palabra libertad se llevaba la mano a la pistola. Lo llamamos poeta popular porque con Sabines, lo mismo que con cualquier otro verdadero poeta, la emoción rompió la estructura del libro y la poesía se echó a andar a la calle.

Ya quisieran algunos, para uno de sus días de vanidad, que un lector, el que fuera y en el rincón más alejado de su país, recuerde y retenga para siempre el verso perdurable que le hace sentir como necesaria la poesía. Ya quisieran algunos no sólo ser leídos y releídos sino retenidos en el corazón y en la memoria sin necesidad ya del libro y sin que nada tenga que ver, con ello, el prestigio, falso o verdadero que se teje alrededor del renombre del poeta.

Jaime Sabines le ha entregado a la poesía mexicana una nueva intensidad. Le ha dado nuevas alas. La ha convertido no en una fatua tarea de señoritos que escriben para que los críticos los avalen y los académicos los estudien; la ha convertido, sí, en un oficio de verdadera dimensión humana, de comunicación entre los hombres. Porque, ya que hemos llegado a este punto, "¿de qué sirven los poetas? Sirven, como en el mito de Sísifo, para subir la roca que ha de caerse, para sacar la flor de las cenizas, para arrojar del corazón del hombre el desencanto.

Sabines lo sabe y sus lectores también: la poesía no es esa ocupación de los desocupados que con sus páginas más que sacar la flor de las cenizas buscan sacar las canonjías y los privilegios de tener las ruinas de un país demasiado acostumbrado a la mentira y al interés de la conveniencia. Sabines lo sabe y sus lectores también: no vale la pena ser poeta si se fracasa como ser humano.

¿Qué puede hacer el verdadero poeta "en este remolino de imbéciles de buena voluntad"? ¿Y qué puede hacer "entre los poetas uniformados por la academia o por el comunismo"? ¿Qué puede "entre vendedores o políticos o pastores de

almas"? "¿Qué putas puedo hacer, Tarumba -se pregunta el poeta-, si no soy santo, ni héroe, ni bandido, ni adorador del arte, ni boticario, ni rebelde?"

La poesía de Jaime Sabines nos abre los ojos ante la realidad; nos advierte, a tiempo, de los peligros de un oficio que muchos creen demasiado inocuo. La poesía de Jaime Sabines le ha quitado la piel a los lectores para que sientan el peso de una pluma. Les ha entregado, con ello, el don de emocionarse, la gracia de saber a través de los sentidos. Tal es la poesía y no sólo palabras.

Encontrado en:

<http://www.unam.mx/universal/net1/1999/feb99/21feb99/cultural/01-cu-a.html>

Certeza y Urgencia de Vivir

Por Mauricio Vidales
Cali, Octubre de 2000

La obra de Jaime Sabines (Tuxtla Gutiérrez 1926 - México D.F.1999), más allá del acto estético, se nos presenta como un torrente de asombros, un develar constante de ritmos, de agonías, de éxtasis, de hondos silencios que no acaban de callar. En su poesía la metáfora surge como explosión, desencadenamiento súbito de imágenes que constatan en su encuentro aquella frase afortunada de Eduardo Galeano: "la realidad hace las mejores metáforas". El poeta nombra el mundo desnudo, limpio de retórica, sin artificio:

Uno nació desnudo, sucio,
en la humedad directa,
y no bebió metáforas de leche,
y no vivió sino en la tierra

Esta búsqueda poética que halla sustento en lo real, configura su ámbito de expresión aprehendiendo el tiempo en su presente; raptando la música del aire;

dando paletazos de color; irrumpiendo desde la sangre en cada fragmento de espacio que recorre; en cada experiencia del hombre en su encuentro con el otro, con su cotidianidad: el amor, la ternura, la esperanza, la soledad, el trabajo, los hijos, los padres, los amigos, el paisaje, los personajes anónimos, la ciudad; construye un universo poético desde el hombre y su exploración vital del entorno:

Uno es el hombre que anda por la tierra
y descubre la luz y dice: es buena,
la realiza en los ojos y la entrega
a la rama del árbol, al río, a la ciudad,
al sueño, a la esperanza y a la espera.

Estos fragmentos de su poema UNO ES EL HOMBRE, de su primer libro HORAL (1950), nos anuncian ya su tono coloquial que da forma a su preocupación central: el hombre y sus asuntos; el hombre y sus sueños; el hombre y sus caminos. LA SEÑAL (1951) su segundo libro, nos confirma su palabra cálida, su fraternal saludo, su hondura metafísica y su angustia:

Hablo de este dolor y de esta ausencia,
de tu dolor y de tu ausencia es que hablo.
de tu pleito de anoche con tu hermano,
de tu tristeza, huérfano, de tu disgusto, enamorado,
de tu esperanza, pobre, de tu ternura, desgraciado.
Hablo de todo lo que tiene origen
en este estar aquí desesperado
y hablo también de lo que no lo tiene
y nos zozobra dentro y nos golpea
como un pájaro ciego enajenado.

El amor emerge como designio ineludible, erige su presencia en el tiempo, agota su luz, estalla en su voz plenamente en POEMAS SUELTOS (1951- 1961). El deseo, la urgencia de piel, el inapelable acecho de la muerte; memoria de soledades que se hallan para despedirse, festejo de sueños que conjuran la nostalgia...

Morimos en mi cuarto en que estoy solo,
en mi cama en que faltas,
en la calle donde mi brazo va vacío,
en el cine y los parques, los tranvías,
los lugares donde mi hombro acostumbra tu cabeza
y mi mano tu mano
y todo yo te sé como yo mismo.

Morimos en el sitio que le he prestado al aire
para que estés fuera de mí,
y en el lugar en que el aire se acaba
cuando te echo mi piel encima
y nos conocemos en nosotros, separados del mundo
dichosa, penetrada, y cierto, interminable.

En 1961 publica DIARIO SEMANARIO Y POEMAS EN PROSA y de nuevo sentimos su particular acento, madurado en la reflexión, ahondando en la libertad como expresión suprema del ser:

NO QUIERO CONVENCER A NADIE DE NADA. Tratar de convencer a otra persona es indecoroso...

...Si a alguien he de convencer algún día, ese alguien ha de ser yo mismo.

Canta, celebra el mundo y sus fenómenos, pero también el dolor del destino del hombre, ávido de futuro, distraído del acto elemental, del amor, de sus sueños más íntimos. Sabines es consciente de la finitud de nuestro paso por el mundo y da cuenta de su alegría por estar vivo:

ME ALEGRO DE QUE EL SOL HAYA SALIDO después de tantas horas: me alegro de que los árboles se estiren como quien sale de la cama; me alegro de que los carros tengan gasolina y yo tenga amor; me alegro de que éste sea el día 26 del mes; me alegro de que no nos hayamos muerto.

En el libro YURIA (1967) el erotismo irrumpe como imperativo reafirmando su canto al presente, al inminente llamado de la pasión, del delirio vital (SI

SOBREVIVES, CUANDO TENGAS GANAS DE MORIRTE); poemas del capítulo JUGUETERIA Y CANCIONES, que van prefigurando su punto más alto de tensión, de lucha de contrarios, de pulsión vida-muerte, para desembocar en el capítulo AUTONECROLOGIA. Particularmente en el poema V, se insinúa el carácter de discontinuidad del hombre, que al tratar de conjurar, deviene erotismo; búsqueda de su completud en el otro, de continuidad; somos fruto de la discontinuidad: el espermatozoide y el óvulo mueren como individuos para dar vida a otro ser; la poesía nace para restituir al hombre de la conciencia, del dolor de existir, del irreparable encuentro con la muerte:

V

¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras
me dirás que te amo? Esto es urgente
por que la eternidad se nos acaba.
Recoge mi cabeza. Guarda el brazo
conque amé tu cintura. No me dejes
en medio de tu sangre en esa toalla.

XI

No me hables, si quieres, no me toques,
no me conozcas más, yo ya no existo.
Yo soy sólo la vida que te acosa
y tú eres la muerte que resisto.

La muerte no como sufrimiento, sino como sustento de la vida, certeza que alimenta la pasión, urgencia de vivir. Pero su canto no se agota en su propia experiencia; se reconoce en el otro, se nutre y se dimensiona; allí donde la vida sea, allí donde el hombre habite, allí la poesía es; el poeta es un dios que posee el don de la ubicuidad. He aquí un feliz encuentro con su gran vecino continental, nuestro querido Walt Whitman:

VII

Si alguien se queja en algún lado,

si alguien mata,
si alguien es muerto,
si alguien ama hasta quedarse mudo,
si alguien se duele o goza de algún modo,
estoy, no cabe duda, soy yo en algún momento.

Otros rasgos esenciales de YURIA en VUELO DE NOCHE -CAPITULO IV- son el sarcasmo, la irreverencia, el humor ácido que roe la doble moral, la hipocresía, el cinismo y la pacatería de la burguesía (CANONICEMOS A LAS PUTAS, CANTEMOS AL DINERO, DIOS BENDIGA A SUS HIJOS), sin caer en la denuncia, el panfleto ni el tono adoctrinatorio; simplemente pasea sus aguzados ojos por el paisaje de valores de la sociedad de su tiempo y trata de digerir el espíritu de la época.

El extenso poema a DOÑA LUZ su madre -CAPITULO I de su libro MALTIEMPO (1972)- al igual que su libro "ALGO SOBRE LA MUERTE DEL MAYOR SABINES" (1973), hondas elegías a sus padres, constituyen un penetrante trajinar por la memoria que trasciende lo anecdótico, para desarrollar una suerte de poética de la muerte, donde el amor se postula como inalienable destino del hombre; la evocación amorosa derrota la muerte física, el tiempo devuelve las huellas del hombre en su caminar; el hombre tiene sed de amor y bucea en el pasado para restablecer sus fuerzas, para identificar su estructura simbólica; el sustrato del ser:

DOÑA LUZ

POEMA XVII

Lloverás en el tiempo de lluvia,
harás calor en el verano,
harás frío en el atardecer.
Volverás a morir otras mil veces.
Florececerás, cuando todo florezca.
No eres nada, nadie, madre.

De nosotros quedará la misma huella,
la semilla del viento en el agua,

el esqueleto de las hojas en la tierra.
Sobre las rocas, el tatuaje de las sombras,
En el corazón de los árboles la palabra amor.

No somos nada, nadie, madre.
Es inútil vivir
pero es más inútil morir.

ALGO SOBRE LA MUERTE DEL MAYOR SABINES

POEMA XV

Papá por treinta o por cuarenta años,
Amigo de mi vida todo el tiempo,
protector de mi miedo, brazo mío,
palabra clara, corazón resuelto,
te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás, ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tu te has puesto
a empobrecerlo más, y a hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

Los capítulos siguientes de YURIA -JUGUETERIA Y CANCIONES II, TESTIMONIOS Y COMO PAJAROS PERDIDOS- pueden resumir a su manera el conjunto de la obra del poeta Jaime Sabines. Sus preocupaciones centrales que desde muy pronto identificó se hallan en ésta y su posterior obra de madurez OTROS POEMAS SUELTOS (1973-1993); las tres heridas que cantó Miguel Hernández: la del amor, la de la vida y la de la muerte.

El ejercicio poético de Sabines des-sacraliza el “oficio de poeta” y lo instaaura en el mundo de los mortales; el poeta no es un amanuense de las musas; el poeta es un hombre de carne y hueso que dialoga con el mundo, que camina por las calles: es un peatón – título de uno de sus poemas- que indaga el secreto de las cosas revelado en su contacto con el otro, y generosamente nos devuelve como un eco, su voz enamorada de la vida, preñada de preguntas, de sobresaltos, certezas y extravíos. Nada le es extraño, todo lo humano le asedia como instancia creativa. Su música verbal penetra desde los linderos de lo lírico y lo narrativo y allí en esa síntesis reside su gran posibilidad de llegar a un vasto público. La juventud de su país le abrió su corazón en vida; los gurús de las letras reconocieron su estatura. La muerte, tan recurrente en sus textos no podrá silenciar su voz de trueno, su silbido saludador; no podrá abatir para siempre las alas del amoroso pájaro de Tuxtla.

BIBLIOGRAFIA: SABINES, Jaime. Recuento de Poemas 1950-1993, Editorial Joaquín Mortiz, México D.F., 1997

Corazón Puro y Limpio

Por Óscar Wong
México-Tenochtitlan, abril 13 de 1998.

La expresividad emotiva en la poesía de Jaime Sabines se determina por la serie de recursos estilísticos que utiliza, basándose en el conocimiento del verso hispano. Acentos, pausas, cesuras. Y figuras de dicción y de pensamientos. La métrica –por lo regular endecasílabos y heptasílabos- se apoya en versos irregulares cuando son agudos o esdrújulos, con recurrencia en los encabalgamientos para completar la medida. Una constante: el uso de gerundios y participios. También, como recurso rítmico, utiliza la asonancia y de cuando en cuando versos pareados. En el verso libre de pronto aparece la asonancia y algún endecasílabo, así como figuras de repetición. El lenguaje es directo, con escasa imágenes, aunque se escuda en la asonancia y la consonancia para crear en el verso un tono y una respiración propias, con una cadencia rítmica impresionante. He aquí el fulgor Sabines, el éxito de la poesía del cantor de Chiapas (1).

Vitalista como es, enamorado de la existencia “terrenal”, Sábines borda páginas de intenso lirismo. Poeta de los sentidos, su obra sobresale por la intensidad emotiva con que canta sus temas. Su erotismo lo lleva a concebir el amor como un sentimiento integrador, pero siempre apoyado en los sentidos. En su obra busca reflejar esa necesidad, imperiosa, de colmarse en la mujer. Este sentido, este vector erótico-amoroso, lleva al poeta a visualizar diversos niveles sentimentales. Desde *Horas* (2) (1950), la presencia del amor constituye una constante.

Para Sábines el amor es un sentimiento que ennoblece y trasciende a los seres humanos. Es, por supuesto, un incentivo vital, pero también un deseo de reconocerse, de significarse. Desde la ausencia, que lo lleva a advertir el sentido del tiempo, hasta las lágrimas -producto del dolor y de la desolación- la relación íntima-afectiva se va modificando; Sábines se mueve en el sentimiento con libertad; es decir, para este autor no existe la barrera del remordimiento, de la angustia moral que podría determinar el transgredir alguna ley religiosa: Sábines ama, de manera contundente. Sábines canta, así más:

Me gustó que lloraras,
¡Qué blandos ojos
sobre tu falda!
No sé, Pero tenías
de todas partes, largas
mujeres, negras aguas.
Quise decirte: hermana.
Para inestarse contigo
rosas y lágrimas.

Los acentos que se advierten a lo largo de la poesía de este autor, van desde el sentido “espiritual” del amor -esto es, la esenciabilidad erótica, perenne en la conciencia de las cosas- hasta el aspecto profundo y desolado. De la intención sensual, al desgarramiento emotivo. Y es que el sentimiento erótico en Sábines responde a la exuberancia sexual, esa “animalidad” del hombre que en ocasiones aterra al individuo, como refiere Bataille (3). Ciertamente: “El espíritu humano está expuesto a las más sorprendentes conminaciones. Se teme sin cesar

a sí mismo. Sus movimientos eróticos le aterrorizan. La santa se aparta con horror del voluptuoso: Ignora la unidad de las pasiones inconfesables de este último y de las suyas propias: sin embargo, es posible buscar la cohesión del espíritu humano, cuyas posibilidades se extienden desde la santa hasta el voluptuoso”(4) . Sabines simplemente acepta las posibilidades de su propio ser, con naturalidad, puesto que, si seguimos el razonamiento de Bataille, el erotismo es la afirmación de la vida “hasta en la muerte”. Esta necesidad vital, constante en el poeta chiapaneco, se marca como una definición: participa como un elemento principal en su visión del mundo:

No hay más. Sólo mujer para alegrarnos,
sólo ojos de mujer para reconfortarnos,
sólo cuerpos desnudos,
territorios en que no se causa el hombre.
Si no es posible dedicarse a Dios
en la época del crecimiento,
¿qué darle al corazón afligido
sino el círculo de muerte necesaria
que es la mujer?
Estamos en el sexo, belleza pura.
corazón solo y limpio.

Esta afirmación –la mujer: muerte necesaria. Conlleva un planteamiento instintivo: el sexo, lleno de belleza –corazón solo y limpio, externa el poeta- es justamente el eje de la vida y de la muerte. Ahí se concibe, en ambos sentidos una afirmación invertida, una negación que, no obstante, significa lo positivo del espíritu humano. El sexo representa la posibilidad de ser y estar: el sentido erótico de la reproducción del individuo. El erotismo del poeta lo lleva a buscar, incesantemente, la proximidad de la mujer. Su ausencia precipita el deseo. Ausencia de mujer: negación de la vida: presencia de la muerte. No ser. Los poemas citados son demostrativos de su conciencia erótica-amorosa. La descripción del cuerpo de la mujer está en razón directa a la sensualidad del autor (y del compilador, agregaría con cínica animosidad). De esta manera, la función corporal de la Amada se significa por la experiencia y la intensidad de la exuberancia sexual.

En ocasiones la ausencia del amor lo lleva a imprecarse, pues Sabines sabe de manera contundente que el desamor lo acerca a la muerte, a las situaciones límites: el vacío existencial. El amor para Sabines es una afirmación-confirmación de su existencia. La mujer es, prácticamente, un seguro de vida. Por ella -y todo lo que significa: sexo, reconocimiento de la virilidad, profundidad de su visión enlazada a la muerte y a la divinidad-, la vida en suma, existe el otro día; por la mujer existe un nuevo amanecer. La totalidad del amor lleva a la simplificación del sentimiento, clarificado como simpleza por el autor. El grito amoroso lleva el deseo vehemente de guardar silencio y, finalmente, la fortaleza del Amor lo lleva a estar más desvalido ante nadie. El amor es darse. Justamente en esta serie de contradicciones se establece el equilibrio del mundo, el misterio de la existencia.

Pero frente a la transitoriedad de las cosas, el anhelo de inmortalidad del hombre. Y acaso con ello se resume la tesis central de Unamuno, el sentimiento trágico de la vida que prevalece en cada uno de los seres humanos. Sentimiento que, de hecho, también persiste en la obra poética de Sabines. Vida y muerte: temas recurrentes que en este autor expresados de manera rotunda. Temas que, curiosamente, no se encuentran en oposición, sino que por el contrario se complementan de manera admirable. Se agrega el amor -el sentido erótico de las cosas- y, como núcleo subyacente, Dios. Los matices son variados y variables. Desde el tono sosegado de Horal hasta la imprecación y desgarramiento de Algo sobre la muerte del mayor Sabines.

Pero por sobre todas las cosas, el tema único de este poeta es la existencia y su transitoriedad. El hombre y la vida, o la vida del hombre, vista desde su propia perspectiva limitada: tal es, insisto, la preocupación de este poeta que expresa líricamente lo que Unamuno ofrece en sus reflexiones filosóficas⁵. El anhelo vital lleva a Sabines a darse en su poesía, acaso como único recurso para sobrevivir, para tocar esa posible frontera de la inmortalidad. El temor a la desaparición física -la angustia existencial- acomete al poeta.

La vida, en este orden de cosas, debe ser disfrutada plenamente. Ante el riesgo de la muerte, la existencia resulta un tesoro que debe aprovecharse. Todo lo que implique vida es exaltado: la mujer, el sexo, el amor, el cuerpo del poeta. Lo contrario, una lamentación: la degradación de la carne, la desaparición del amor, de la mujer, del padre y la madre. Por lo mismo, Tarumba es un cántico

vital, donde se había del mundo particular del poeta, quien aguarda el nacimiento de su hijo. Contrariamente la exaltación de la no vida del padre es, justamente. Algo sobre la muerte del mayor Sabines.

Temáticamente hablando estos dos polos no se oponen, sino que se complementan de manera total. La existencia se exalta, pero también la muerte porque implica el destello de lo que fue. No es tan sólo un concepto, sino una realidad crudelísima. Cantar la muerte significa cantar la realidad del mundo y de la existencia. Es, también. aferrarse a la vida. Vivir, por sobre todas las cosas, la consigna del poeta de Chiapas. La realidad con el mundo en Sabines es la del dolor. Sabines es un poeta de la angustia cotidiana. Pero frente a esto predomina el temperamento, el ímpetu, la fuerza lírica de esa voz, de ese espíritu enérgico que nos hace vibrar a través de las palabras.

Las imperfecciones formales que señalan los rigoristas, quedan atrás. La función valorativa de la lengua poética –emotiva, connotativa- cercada por la intención referencial propia del discurso comunicativo, queda sin efecto: la emoción surge como un estallido, las palabras germinan y Sabines se instala con naturalidad en el caos ordenado que constituye su universo poético. La realidad del ser humano está aquí, en estos versos claros, directos, donde la metáfora y la imagen fluyen con naturalidad.

1. Tuxtla Gutiérrez, Chiapas marzo 25 de 1926-México, D. F., marzo 19 de 1999
2. Todo las citas pertenecen a Nuevo recuento de poemas, Edit. Joaquín Mortiz, Méx., 19
3. Véase El erotismo, Tusquets Editores, Barcelona, España, 1982
4. Op. Cit.
5. Véase Miguel de Unamuno. Del sentimiento trágico de la vida

Encontrado en:

<http://www.chiapas.com.mx/Cultura/Literatura/corazon.html>

La imprecación que no cesa

Evodio Escalante

Manrique, García Lorca, Miguel Hernández, Gorostiza ... todos los poetas asomados a las preguntas sin respuesta sobre la muerte, deben haber recibido a su compañero de temas, sinceridad absoluta y perfección formal en los umbrales del gran sueño de Dios. En este luminoso ensayo, Evodio Escalante se asoma a ese túnel para avivorar la luz que está al final.

Desde su título, *Algo sobre la muerte del mayor Sabines*, el poema deja entrever el tipo de relación que se ha establecido entre él y su autor. Se trata de una relación extraña, que trasmite un aire de distancia, de extranjería. En lugar de los términos convencionales, "elegía", "treno", "cantata fúnebre", el autor anota "algo". No estamos ante un poema sino ante la grisura de "algo", una suerte de objet trouvé que en realidad no pertenece a Jaime Sabines, aunque él haya merecido el hallazgo. Una realidad superior, una potencia acaso incommensurable, le ha dictado estos versos. Ráfagas de inspiración que pueden ser desiguales entre sí y que a veces parecen atropellarse, pero unidas todas por el hilo del sufrimiento. Subyace a ellos un grito de dolor como no se había escuchado antes en la literatura mexicana. El desgarramiento es tal, que se convierte en una suerte de confrontación entre el autor del poema y el creador de todas las cosas, esa presencia invisible que algunos llaman Dios.

Algo sobre la muerte del mayor Sabines es una imprecación de la que no se salva nadie, en primer lugar Dios, y que incluye por supuesto a sus devotos lectores, a quienes va dirigida la bofetada: "¡Maldito el que crea que esto es un poema!" Mi problema como lector y como crítico literario es que esta maldición me afecta por partida doble, y muy evangélico pongo la otra mejilla para recibir el sopapo. Leer y volver a leer este poema de Sabines es experimentar, como si acabara de surgir, un grito de dolor que es capaz de desarticularlo todo, que desborda literalmente las letras que lo circundan y que parece sumir al universo en el caos original, pero que la conciencia del lector reconstituye, no como grito desnudo sino como uno de los poemas extensos más poderosos que se han escrito en nuestro siglo.

Algo sobre la muerte del mayor Sabines es un poema que se permite todos los excesos y que se sobrepone a ellos por la fuerza endemoniada de su rigor. Desde

cierto punto de vista, se diría que el poema es una mezcla de estilos, un carnaval de reminiscencias donde están la Biblia, por supuesto, con su gusto por los paralelismos, pero también José Gorostiza (uno de sus autores de cabecera), César Vallejo, el romancero tradicional español, Miguel Hernández... Secciones construidas en verso libre se mezclan con otras donde predomina el soneto. Aunque abre y cierra con secciones en versos de arte mayor, acaso siguiendo el ejemplo de Gorostiza, la parte media del poema retorna el modelo del romancero, desplegándose con una suerte de letanía en versos de arte menor. El aliento lírico, de factura impecable ("Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,/ por eso es que este hachazo nos sacude"), convive sin problemas con la maldición callejera, de proceder rasposo: "¡A la chingada las lágrimas!, dije, /y me puse a llorar/ como se ponen a parir."

Así como Gorostiza organiza en Muerte sin fin una suerte de confabulación cósmica por la cual animales, plantas, piedras, en fin, todos los elementos de la tierra involucionan hacia su forma primigenia, en una suerte de viaje desaforado hacia Dios, que es también un viaje hacia la Nada, Sabines asocia la muerte de su padre con una conjura que involucro al mar, a la tierra, a algunas rocas, a la sal, a los huesos, a la lluvia y, por supuesto, a Dios, que ríe de modo incomprensible ante la tragedia que él mismo ha provocado, como si se tratara de un viejo desmemoriado que no sabe que está acabando con uno de sus hijos.

Esta carcajada de un Dios amnésico y ciego, que no sabe lo que hace y que si lo sabe, se regocija, es lo que provoca la rabia del autor del poema. Nunca se había insultado tanto y tan amorosamente a Dios en un texto literario como lo hace Sabines. Lo llama "manco de cien manos", "viejo sordo, sin hijos", lo nombra "ciego de tantos ojos". El remolino de la muerte viene de los huesos, del hígado, del llanto, pero también viene "de Dios riendo". ¿No es esto el colino del sarcasmo? En lugar de padecer por la muerte de sus hijos, se diría que el creador se alegra como un bufón de mala entraña, al que le gustara jugar con ellos, y a sus expensas, una broma siniestra. No, Dios no ha muerto, podría contestar Sabines a los filósofos del nihilismo: se ríe soberanamente de nosotros desde su escondite celeste.

De aquí el coraje y la rebelión del poeta. No quiere escribir un poema. No quiere contribuir con una sola sílaba al trabajo de Dios. Se avergüenza hasta los pelos - dice - por tratar de escribir estas cosas. Por cebarse en la muerte de su padre

como un pájaro carroñero. Se resiste a ser el "padrote de la muerte", el "alcahuete", "el pinche de Dios", el colaborador de su sucio trabajo. Y, sin embargo, no puede dejar de involucrarse. De contribuir con sus lágrimas al portentoso parto de la muerte. Por eso asegura al padre que acaba de enterrar: "Voy a volverme un llanto subterráneo/ para echarte mis ojos en tu pecho."

Ese muerto, desde su catafalco, habrá de "crecer igual que un feto". Ya desde ahora el autor, es decir, el hijo, colabora con este crecimiento hipotético. Va a echarle sus ojos de hijo en el pecho, para que el feto crezca, y acaso para que se vea crecer a sí mismo, en su sepultura.

¿Esta imagen de un "río subterráneo" formado por una hilera de ojos que desembocan en el pecho del padre, es una imagen surrealista? Puede ser, y la verdad no importa. El texto acepta todas las mixturas. En este poema hay, además de rabia, una desoladora impotencia y hasta una inusitada reversión de los papeles. En un momento dado, uno siente que el que se muere no es el padre del poeta, sino el poeta mismo, dispuesto a canjear su muerte por la vida del padre. Así, los contrarios se funden, parecen desvanecerse las fronteras entre las polaridades enemigas. Por un lado, una urgencia vital hace decir al poeta, como invocando una posible resurrección antes de tiempo: "Saca tu cuerpo viejo, viejo mío, / saca tu cuerpo de la muerte", mientras que, por el otro, confiesa impotente:

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero
¡padre mío, despierta!

En la desesperación, hasta los tiempos versales parecen tropezarse. El poeta tiene que corregirse de inmediato: "Te has muerto cuando menos falta hacías,/ cuando más falta me haces, padre, abuelo..." ¿Qué es lo que separa al padre y al hijo? Todo y nada. Vuelve otra vez la imagen intangible de Dios, quien ahora adquiere una configuración pétrea, fría, incommovible. La imagen deshumanizada de una pared: "Una pared caída nos separa, / sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo." La muerte había sido primen "una espada escapada de la boca de Dios". Termina siendo una pared caída.

Gorostiza parece a todas luces más lírico (y más amoroso) cuando habla de Dios como un ser inconmensurable que juega acaso a las escondidas con sus criaturas y que nunca deja que nadie vea su rostro, aunque es posible mirarlo, sin verlo a Él, en todo aquello que anda escondido a sus espaldas: el tintero, la silla, el calendario. El Dios de Gorostiza puede ser incluso un personaje tímido, que no se deja ver, que regatea su presencia, pero a quien sin embargo conocemos, como se lee en Muerte sin fin, en la forma de una transparencia acumulada, de “un coagulado azul de lontananza”, oculto quizás al ojo pero fresco al tacto, el cual de alguna manera puede percibirlo. Los recursos teofánticos de Sabines son en este punto declaradamente brutales. Mientras que Gorostiza puede hablar de “un circundante amor de la criatura”, dando a entender que Dios abraza con su amor a quienes no son sino sus hechuras, Jaime Sabines sólo alcanza a hablar del “manco de cien manos”, y del “ciego de tantos ojos”, o sea, de un Dios deslumbrado de claridad hasta la ceguera, que termina convirtiéndose -lo cual es todavía peor- en una inhóspita pared interpuesta de modo irrevocable entre dos cuerpos.

De nada vale golpear “las paredes de Dios”: nadie habrá de responder al llamado. Se impone una tremenda desolación, de la que al parecer no puede escaparse nadie, pues no hay nadie aquí para contestar, para aportar el bálsamo de una mirada. Se diría que los últimos versos de Algo sobre la muerte del mayor Sabines son declaradamente pesimistas:

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y si golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas
el pelo o la camisa, nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna el polvo de oro de la vida.

Estos versos traducen, a su modo, una desolación parecida a la de Job, y no sería difícil establecer de modo más fino las analogías entre el texto bíblico y el de Sabines, pero le agregan, como sin querer, un rizo positivo. Con pesadumbre se sabe que no retorna el polvo de oro de la vida, así es, pero la vida fue ese polvo. Y es un polvo glorioso. El más desgarrado de los gritos sólo se grita desde la vida - y como un acto de vida, habría que agregar. Las maldiciones que Sabines reparte a diestra y siniestra en su gran poema, adquieren otra dimensión cuando

se piensa que del tono imprecatorio el autor pasa sin solución de continuidad, a la esperanza escatológica. Todo reproche cesa cuando el hijo se refiere a su padre muerto en una sola frase de avasalladora ternura: cuando lo llama "larva de Dios, semilla de esperanza". En este momento - que es el momento de la promesa - el poema restituye el horizonte de un tiempo cíclico que con tanto énfasis había tratado de negar. No puedo apartar de mí, en este momento en que concluyo, la imagen juguetona de un Ave Fénix que resurge de sus cenizas y emprende otra vez el vuelo.

Encontrado en:

<http://www.utp.ac.pa/revistas/impresion.htm>

Solo, solo, solo, Jaime Sabines se despidió de la hermosa vida

La Jornada, 21 de marzo de 1999

Los restos del poeta fueron inhumados ayer en un íntimo y sencillo acto funerario

Angélica Abelleira, Mónica Mateos y Angel Vargas. "Porque están solos, solos, solos".

La capilla colmada de flores, no así de presencias. El poeta vivió sus últimas 24 horas de muerte ante la indiferencia del mundo que con su poesía había anticipado. ¿Dónde estuvo el público que colmó el Palacio de Bellas Artes en 96 o los estudiantes que lo vitorearon en la sala Nezahualcóyotl en 97, aquellos que al pie de la letra recitaban su obra? ¿Y los hombres de la cultura?

Apostados en una improvisada aduana, tres guardias del Estado Mayor Presidencial custodiaron el acceso donde se veló al poeta. Familiares, amigos y políticos cruzaron esa frontera, vetada para los periodistas. Al menos en este trance, Sabines figuró más como distinguido priísta, llamado así por Mariano Palacios Alcocer la noche del viernes, que como el poeta de las multitudes. A cuentagotas, sus lectores se presentaron. Fueron los menos.

Carlos Monsiváis, aunque extrañado por esa cierta apatía, reivindicó al público que agotó las ediciones disponibles de los recuentos de poemas de Sábines en la Feria Internacional del Libro, en el Palacio de Minería.

Previo a que los restos de Sábines salieran de la agencia funeraria para ser inhumados, ayer sábado se le ofició una misa de cuerpo presente. En el transcurso del día acompañaron el duelo los poetas Eduardo Lizalde, Alí Chumacero, Aura María Vidales, Elva Macías, Dionicio Morales y Ricardo Yáñez; el arquitecto Abraham Zabludovsky, el escritor Eraclio Zepeda, la antropóloga Martha Turok, el director Enrique Bátiz, la actriz Edith González, y la plana política del país encabezada por el secretario de Gobernación, Francisco Labastida Ochoa, así como el ex secretario de Comunicaciones y Transportes Emilio Gamboa Patrón.

Cinco minutos antes de las tres de la tarde, el féretro caoba ocupó su sitio en la carroza fúnebre, un Cadillac negro. El cielo se nubló. El cortejo salió de la agencia hacia el panteón Jardín.

"La procesión del entierro en las calles de la ciudad es ominosamente patética. Detrás del carro que lleva el cadáver, va el autobús, o los autobuses negros, con los dolientes, familiares y amigos. Las dos o tres personas llorosas, a quienes de verdad les duele, son ultrajadas por los cláxones vecinos, por los gritos de los voceadores, por las risas de los transeúntes, por la terrible indiferencia del mundo. La carroza avanza, se detiene, acelera de nuevo, y uno piensa que hasta los muertos tienen que respetar las señales de tránsito. Es un entierro urbano, decente y expedito".

Los 22 autos se enfilaron por la avenida Félix Cuevas para entroncar con Revolución. El tráfico sabatino rompió el orden y dispersó los carros. Así fue hasta llegar al cementerio. La lluvia ya no era un aviso. Con aplausos, Jaime Sábines fue recibido por la poca gente que lo aguardaba junto a su tumba.

"¡Qué costumbre tan salvaje esta de enterrar a los muertos! ¡de matarlos, de aniquilarlos, de borrarlos de la faz de la tierra! Es tratarlos alevosamente, es negarles la posibilidad de revivir. Yo siempre estoy esperando que los muertos se levanten, que rompan el ataúd y digan alegremente: ¿por qué lloras?".

Menos de cien personas miraron cómo descendió lentamente el féretro bajo una pertinaz lluvia. Conteniendo los sollozos o cualquier manifestación de afecto, guardaron silencio. Julio Sabines y su esposa se apartaron de la escena para llorar abiertamente, mientras doña Chepita, la viuda del escritor, evitaba las lágrimas sin dejar de mirar la tierra que poco a poco fue cubriendo la fosa.

"Por eso me sobrecoge el entierro. Aseguran las tapas de la caja, la introducen, le ponen lajas encima, y luego tierra, tras, tras, tras, paletada tras paletada, terrones, polvo, piedras, apisonando, amacizando, ahí te quedas, de aquí ya no sales".

Cemento y tabiques sellaron la morada perpetua del poeta, en el mismo lugar donde yacen los restos del mayor Sabines y doña Luz Gutiérrez: "Sobre tu tumba,/ madre, padre,/ todo está quieto./ Mapá, te digo,/ revancha de los huesos,/ oscuro florecimiento,/ encima de ti, ahora,/ todo está quieto".

El silencio fue roto. Primero estalló el sonido lejano de algunos cohetes; luego un anciano despidió al autor de Horal con un hasta siempre y gritos de viva. El sepulcro ya estaba cubierto completamente por la tierra, y los presentes... empapados. Los sepultureros acomodaron las coronas, 22 en total, y decenas de arreglos florales.

"Me dan risa luego las coronas, las flores, el llanto, los besos derramados. Es una burla: ¿para qué lo enterraron?, ¿por qué no lo dejaron fuera hasta secarse, hasta que nos hablaran los huesos de su muerte? ¿O por qué no quemarlo, o darlo a los animales, o tirarlo a un río?".

Para doña Chepita había sido bastante, no pudo reservarse más el llanto. Sus hijas tampoco. Un amigo de la familia, Walter Corona, comenzó a tocar un blues en su vieja guitarra. Sólo notas musicales, la voz habría de intervenir más tarde en la persona de Efraín Bartolomé.

El vate chiapaneco se apostó a un flanco de donde reposan los restos de Sabines, y luego de recordar las palabras de Rubén Darío y Efraín Huerta, citó a manera de homenaje una de las primeras creaciones de su coterráneo: "Lento, amargo animal/ que soy, que he sido,/ amargo desde el nudo de polvo y agua y

viento/ que en la primera generación del hombre pedía a Dios./ Amargo como esos minerales amargos/ que en las noches de exacta soledad/ -maldita y arruinada soledad/ sin uno mismo-/ trepan a la garganta/ y, costras de silencio,/ asfixian, matan, resucitan./ Amargo como esa voz amarga/ prenatal, presubstancial, que dijo/ nuestra palabra, que anduvo nuestro camino,/ que murió nuestra muerte,/ y que en todo momento descubrimos./ Amargo desde dentro/ desde lo que no soy/ -mi piel como mi lengua-/ desde el primer viviente,/ anuncio y profecía./ Lento desde hace siglos,/ remoto -nada hay detrás-,/ lejano, lejos, desconocido./ Lento, amargo animal/ que soy, que he sido".

Bartolomé concluyó: Es la ciudad de México, es el 20 de marzo de 1999. Faltaban cuatro o cinco días para el cumpleaños del poeta. Con excepción del dolor, aquí no hay nada más que declarar.

Había llegado el momento de retirarse. Los deudos del hacedor de Tarumba se encaminaron lentamente hacia sus autos.

"Enterramos tu traje/ tus zapatos, el cáncer;/ no podrás morir./ Tu silencio enterramos./ Tu cuerpo con candados./ Tus canas finas,/ tu dolor clausurado./ No podrás morir".

Antes de marcharse del panteón, doña Chepita y sus hijos recibieron nuevamente las condolencias de Rafael Tovar y de Gerardo Estrada, titulares del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes y del Instituto Nacional de Bellas Artes, respectivamente.

En representación del presidente Zedillo, Tovar acudió con la intención de volver un acto oficial lo que la familia deseaba como algo sencillo e íntimo. El funcionario accedió y sólo al final fue abordado por la prensa para informar que la institución a su cargo lanzará una antología poética de Sabines, que se distribuirá en las bibliotecas públicas del país y que estará dirigida a los jóvenes.

A las 16:20 horas el poeta se quedó solo.

"Te enterramos ayer./ Ayer te enterramos./ Te echamos tierra ayer./ Quedaste en la tierra ayer./ Estás rodeado de tierra/ desde ayer./ Arriba y abajo y a los

lados/ por tus pies y por tu cabeza/ está la tierra desde ayer./ Te metimos en la tierra,/ te tapamos con tierra ayer./ Pertenece a la tierra/ desde ayer./ Ayer te enterramos/ en la tierra, ayer".

(Las citas entrecomilladas pertenecen a diversos momentos de la obra de Jaime Sabines, incluida en Nuevo recuento de poemas, editorial Joaquín Mortiz).

Encontrado en:

<http://www.jornada.unam.mx/1999/mar99/990321/cul-sepelio.html>

Horacio (1950)

Lento, amargo animal...

Lento, amargo animal
que soy, que he sido,
amargo desde el nudo de polvo y agua y viento
que en la primera generación del hombre pedía a Dios.

Amargo como esos minerales amargos
que en las noches de exacta soledad
--maldita y arruinada soledad
sin uno mismo--
trepan a la garganta
y, costras de silencio,
asfixian, matan, resucitan.

Amargo como esa voz amarga
prenatal, presubstancial, que dijo
nuestra palabra, que anduvo nuestro camino,
que murió nuestra muerte,
y que en todo momento descubrimos.

Amargo desde dentro,
desde lo que no soy,
--mi piel como mi lengua--
desde el primer viviente,
anuncio y profecía.

Lento desde hace siglos,
remoto --nada hay detrás--,
lejano, lejos, desconocido.

Lento, amargo animal
que soy, que he sido.
Horal, 1950

Yo no lo sé de cierto...

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo).

Los amorosos

Los amorosos callan.
El amor es el silencio más fino,
el más tembloroso, el más insoportable.
Los amorosos buscan,
los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.
Su corazón les dice que nunca han de encontrar,

no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,
entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.
Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no saben.
Siempre se están yendo,
siempre, hacia alguna parte.
Esperan,
no esperan nada, pero esperan.
Saben que nunca han de encontrar.
El amor es la prórroga perpetua,
siempre el paso siguiente, el otro, el otro.
Los amorosos son los insaciables.
Los que siempre -¡qué bueno!- han de estar solos.

Los amorosos son la hidra del cuento.
Tienen serpientes en lugar de brazos.
las venas del cuello se les hinchan
también como serpientes para asfixiarlos.
Los amorosos no pueden dormir
porque si se duermen se los comen los gusanos.

En la oscuridad abren los ojos
y les cae en ellos el espanto.

Encuentran alacranes bajo la sábana
y su cama flota corno sobre un lago.

Los amorosos son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.

Los amorosos salen de sus cuevas
temblorosos, hambrientos,
a cazar fantasmas.

Se ríen de las gentes que lo saben todo,
de las que aman a perpetuidad, verídicamente,
de las que creen en el amor como en una lámpara de inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,
a tatuar el humo, a no irse.
Juegan el largo, el triste juego del amor.
Nadie ha de resignarse.
Dicen que nadie ha de resignarse.
Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.

Vacíos, pero vacíos de una a otra costilla,
la muerte les fermenta detrás de los ojos,
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada
en que trenes y gallos se despiden dolorosamente.

Les llega a veces un olor a tierra recién nacida,
a mujeres que duermen con la mano en el sexo,
complacidas, a arroyos de agua tierna y a cocinas.
Los amorosos se ponen a cantar entre labios
una canción no aprendida.
Y se van llorando, llorando
la hermosa vida.

Entresuelo

Un ropero, un espejo, una silla,
ninguna estrella, mi cuarto, una ventana,
la noche como siempre, y yo sin hambre,
con un chicle y un sueño, una esperanza.
Hay muchos hombres fuera, en todas partes,
y más allá la niebla, la mañana.
Hay árboles helados, tierra seca,
peces fijos idénticos al agua,
nidos durmiendo bajo tibias palomas.

Aquí, no hay mujer. Me falta.
Mi corazón desde hace días quiere hincarse
bajo alguna caricia, una palabra.
Es áspera la noche. Contra muros, la sombra
lenta como los muertos, se arrastra.
Esa mujer y yo estuvimos pegados con agua.
Su piel sobre mis huesos
y mis ojos dentro de su mirada.
Nos hemos muerto muchas veces
al pie del alba.
Recuerdo que recuerdo su nombre,
sus labios, su transparente falda.
Tiene los pechos dulces, y de un lugar
a otro de su cuerpo hay una gran distancia:
de pezón a pezón cien labios y una hora,
de pupila a pupila un corazón, dos lágrimas.
Yo la quiero hasta el fondo de todos los abismos,
hasta el último vuelo de la última ala,
cuando la carne toda no sea carne, ni el alma
sea alma.
Es precioso querer. Yo ya lo sé. La quiero.
¡Es tan dura, tan tibia, tan clara!
Esta noche me falta.
Sube un violín desde la calle hasta mi cama.
Ayer miré dos niños que ante un escaparate
de maniquíes desnudos se peinaban.
El silbato del tren me preocupó tres años,
hoy se que es una máquina.
Ningún adiós mejor que el de todos los días
a cada cosa, en cada instante, alta
la sangre iluminada.

Desamparada sangre, noche blanda,
tabaco del insomnio, triste cama.

Yo me voy a otra parte.
Y me llevo mi mano, que tanto escribe y habla.

Horas

El mar se mide por olas, el cielo por alas,
nosotros por lágrimas.

El aire descansa en las hojas,
el agua en los ojos,
nosotros en nada.

Parece que sales y soles,
nosotros y nada...

Uno es el hombre

Uno es el hombre.

Uno no sabe nada de esas cosas
que los poetas, los ciegos, las ramera,
llaman "misterio", temen y lamentan.

Uno nació desnudo, sucio,
en la humedad directa,
y no bebió metáforas de leche,
y no vivió sino en la tierra
(la tierra que es la tierra y es el cielo
como la rosa rosa pero piedra).

Uno apenas es una cosa cierta
que se deja vivir, morir apenas,
y olvida cada instante, de tal modo
que cada instante, nuevo, lo sorprenda.

Uno es algo que vive
algo que busca pero encuentra,
algo como hombre o como Dios o yerba
que en el duro saber lo de este mundo
halla el milagro en actitud primera.

Fácil el tiempo ya, fácil la muerte,
fácil y rigurosa y verdadera
toda intención que nos habita
y toda soledad que nos perpetra.
Aquí está todo, aquí. Y el corazón aprende
-alegría y dolor- toda presencia;
el corazón constante, equilibrado y bueno,
se vacía y se llena.

Uno es el hombre que anda por la tierra
y descubre la luz y dice: es buena,
la realiza en los ojos y la entrega
a la rama del árbol, al río, a la ciudad
al sueño, a la esperanza y a la espera.

Uno es el destino que penetra
la piel de Dios a veces,
y se confunde en todo y se dispersa.

Uno es el agua de la sed que tiene,
el silencio que calla nuestra lengua,
el pan, la sal, y la amorosa urgencia
de aire movido en cada célula.

Uno es el hombre -lo han llamado hombre-
que lo ve todo abierto, y calla, y entra.

Yo no lo sé de cierto, pero supongo

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,

solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio.
Como se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.
(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

Me gustó que lloraras

ME GUSTÓ QUE LLORARAS,
¡Qué blandos ojos sobre tu falda!

No sé, pero tenías
de todas partes, largas
mujeres, negras aguas.

Quise decirte: hermana.
Para inestarse contigo
rosas y lágrimas.

Duele bastante, es cierto,
todo lo que se alcanza.
Es cierto, duele
no tener nada.

¡Qué linda estás, tristeza,
cuando así callas!
¡Sácale con un beso
todas las lágrimas!

¡Que el tiempo, ah,
te hiciera estatua!

Es la sombra del agua...

Es la sombra del agua
y el eco de un suspiro,
rastros de una mirada,
memoria de una ausencia,
desnudo de mujer detrás de un vidrio.

Está encerrada, muerta –dedo
del corazón, ella es tu anillo–,
distante del misterio,
fácil como un niño.

Gotas de luz llenaron
ojos vacíos,
y un cuerpo de hojas y alas
se fue al rocío.

Tómala con los ojos,
llénala ahora, amor mío.
Es tuya como de nadie,
tuya como el suicidio.

Piedras que hundí en el aire,
maderas que ahogué en el río,
ved mi corazón flotando
sobre su cuerpo sencillo.

Mi corazón emprende...

Mi corazón emprende de mi cuerpo a tu cuerpo
último viaje.

Retoño de la luz,
agua de las edades que en ti, perdida, nace.

Ven a mi sed. ahora.

Después de todo. Antes.

Ven a mi larga sed entretenida
en bocas, escasos manantiales.

Quiero esa arpa honda que en tu vientre
arrulla niños salvajes,

Quiero esa tensa humedad que te palpita,
esa humedad de agua que te arde.

Mujer, músculo suave.

La piel de un beso entre tus senos

de oscurecido oleaje

me navega en la boca

y mide sangre.

Tú también. Y no es tarde.

Aún podemos morirnos uno en otro:

es tuyo y mío ese lugar de nadie.

Mujer, ternura de odio, antigua madre,

quiero entrar, penetrarte,

veneno, llama, ausencia,

mar amargo y amargo, atravesarte.

Cada célula es hembra, tierra abierta,

agua abierta, cosa que se abre.

Yo nací para entrarte.

Soy la flecha en el lomo de la gacela agonizante.

Por conocerte estoy,

grano de angustia en corazón de ave.

Yo estaré sobre ti, y todas las mujeres

tendrán un hombre encima en todas partes.

Miss X

Miss X, sí, la menuda Miss Equis,
llegó, por fin, a mi esperanza:
alrededor de sus ojos,
breve, infinita, sin saber nada.
Es ágil y limpia como el viento
tierno de la madrugada,
alegre y suave y honda
como la yerba bajo el agua.
Se pone triste a veces
con esa tristeza mural que en su cara
hace ídolos rápidos
y dibuja preocupados fantasmas.
Yo creo que es como una niña
preguntándole cosas a una anciana,
como un burrito atolondrado
entrando a una ciudad, lleno de paja.
Tiene también una mujer madura
que le asusta de pronto la mirada
y se le mueve dentro y le deshace
a mordidas de llanto las entrañas.
Miss X, sí, la que me ríe
y no quiere decir cómo se llama,
me ha dicho ahora, de pie sobre su sombra,
que me ama pero que no me ama.
Yo la dejo que mueva la cabeza
diciendo no y no, que así se cansa,
y mi beso en su mano le germina
bajo la piel en paz semilla de alas.
Ayer la luz estuvo
todo el día mojada,
y Miss X salió con una capa
sobre sus hombros, leve, enamorada.
Nunca ha sido tan niña, nunca

amante en el tiempo tan amada.
El pelo le cayó sobre la frente,
sobre sus ojos, mi alma.

La tomé de la mano, y anduvimos
toda la tarde de agua.

¡Ah, Miss X, Miss X, escondida
flor del alba!

Usted no la amará, señor, no sabe.
Yo la veré mañana.

La Señal (1951)

En los ojos de los muertos

En los ojos abiertos de los muertos
¡qué fulgor extraño, qué humedad ligera!
Tapiz de aire en la pupila inmóvil,
velo de sombra, luz tierna.

En los ojos de los amantes muertos el amor vela.
Los ojos son como una puerta infranqueable, codiciada, entreabierta.

¿Por qué la muerte prolonga a los amantes,
los encierra en un mutismo como de tierra?

¿Que es el misterio de esa luz que llora
en el agua del ojo, en esa enferma
superficie de vidrio que tiembla?

Ángeles custodios les recogen la cabeza.

Murieron en su mirada,
murieron de sus propias venas.

Los ojos parecen piedras
dejadas en el rostro por una mano ciega.
El misterio los lleva.
¡Qué magia, que dulzura
en el sarcófago de aire que los encierra!

En la sombra estaban sus ojos

En la sombra estaban sus ojos
y sus ojos estaban vacíos
y asustados y dulces y buenos
y fríos.

Allí estaban sus ojos y estaban
en su rostro callado y sencillo
y su rostro tenía sus ojos
tranquilos.

No miraban, miraban, qué solos
y qué tiernos de espanto, qué míos,
me dejaban su boca en los labios
y lloraban un aire perdido
y sin llanto y abiertos y ausentes
y distantes distantes y heridos
en la sombra en que estaban, estaban
callados, vacíos.

Y una niña en sus ojos sin nadie
se asomaba sin nada a los míos
y callaba y miraba y callaba
y sus ojos abiertos y limpios,
piedra de agua, me estaban mirando
más allá de mis ojos sin niños
y qué solos estaban, qué tristes,
qué limpios.

Y en la sombra en que estaban sus ojos
y en el aire sin nadie, afligido,
allí estaban sus ojos y estaban
vacíos.

Te desnudas igual que si estuvieras sola

Te desnudas igual que si estuvieras sola
y de pronto descubres que estás conmigo.
¡Como te quiero entonces
entre las sábanas y el frío!

Te pones a flirtarme como a un desconocido
y yo te hago la corte ceremonioso y tibio.
Pienso que soy tu esposo
y que me engañas conmigo.

¡Y como nos queremos entonces en la risa
de hallarnos solos en el amor prohibido!

(Después, cuando pasó, te tengo miedo
y siento un escalofrío.)

Los he visto en el cine

Los he visto en el cine,
frente a los teatros,
en los tranvías y en los parques,
los dedos y los ojos apretados.
Las muchachas ofrecen en las salas oscuras
sus senos a las manos
y abren la boca a la caricia húmeda
y separan los muslos para invisibles sátiros.
Los he visto quererse anticipadamente, adivinando
el goce que los vestidos cubren, el engaño
de la palabra tierna que desea,
el uno al otro extraño.
Es la flor que florece

en el día más largo,
el corazón que espera,
el que tiembla lo mismo que un ciego en un presagio.

Esa niña que hoy vi tenía catorce años,
a su lado los padres le miraban la risa
igual que si ella se la hubiera robado.

Los he visto a menudo
-a ellos, a los enamorados-
en las aceras, sobre la yerba, bajo un árbol,
encontrarse en la carne,
sellarse con los labios.
Y he visto el cielo negro
en el que no hay ni pájaros,
y estructuras de acero
y casa pobres, patios,
lugares olvidados.
Y ellos, constantes, tiemblan,
se ponen en sus manos,
y el amor se sonríe, los mueve, les enseña,
igual que un viejo abuelo desengañado.

Tía Chofi

Amanecí triste el día de tu muerte, tía Chofi,
pero esa tarde me fui al cine e hice el amor.
Yo no sabía que a cien leguas de aquí estabas muerta
con tus setenta años de virgen definitiva,
tendida sobre tu catre, estúpidamente muerta.
Hiciste bien en morirte, tía Chofi,
porque no hacías nada, porque nadie te hacía caso,
porque desde que murió abuelita, a quien te consagraste,
ya no tenías nada qué hacer y a leguas se miraba
que querías morirte y te aguantabas.

¡Hiciste bien!

Yo no quiero elogiarte como acostumbran los arrepentidos
porque te quise a tu hora, en el lugar preciso,
y harto sé lo que fuiste, tan corriente, tan simple,
pero me he puesto a llorar como una niña porque te moriste.

¡Te siento tan desamparada,
tan sola, sin nadie que te ayude a pasar la esquina,
sin quién te dé un pan!

Me aflige pensar que estás bajo la tierra
fría de Berriozábal,
sola, sola, terriblemente sola,
como para morirse llorando.

Ya sé que es tonto eso, que estás muerta,
que más vale callar,
¿pero qué quieres que haga
si me conmueves más que el presentimiento de tu muerte?

Ah, jorobada, tía Chofi,
me gustaría que cantaras
o que contaras el cuento de tus enamorados.
Los campesinos que te enterraron sólo tenían
tragos y cigarros,
y yo no tengo más.
Ha de haberse hecho el cielo ahora con tu muerte,
y un Dios justo y benigno ha de haberte escogido.
Nunca ha sido tan real eso en lo que tu creíste.
Tan miserable fuiste que te pasaste dando tu vida
a todos. Pedías para dar, desvalida.
Y no tenías el gesto agrio de las solteronas
porque tu virginidad fue como una preñez de muchos hijos.
En el medio justo de dos o tres ideas que llenaron tu vida
te repetías incansablemente
y eras la misma cosa siempre.
Fácil, como las flores del campo
con que las vecinas regaron tu ataúd,
nunca has estado tan bien como en ese abandono de la muerte.

Sofía, virgen, antigua, consagrada,
debieron enterrarte de blanco
en tus nupcias definitivas.
Tú que no conociste caricia de hombre
y que dejaste que llegaran a tu rostro arrugas antes que besos,
tú, casta, limpia, sellada,
debiste llevar azahares tu último día.
Exijo que los ángeles te tomen
y te conduzcan a la morada de los limpios.
Sofía virgen, vaso transparente, cáliz,
que la muerte recorra tu cabeza blandamente
y que cierre tus ojos con cuidados de madre
mientras entona cantos interminables.
Vas a ser olvidada de todos
como los lirios del campo,
como las estrellas solitarias;
pero en las mañanas, en la respiración del buey,
en el temblor de las plantas,
en la mansedumbre de los arroyos,
en la nostalgia de las ciudades,
serás como la niebla intocable, hálito de Dios que despierta.

Sofía virgen, desposada en un cementerio de provincia,
con una cruz pequeña sobre tu tierra,
estás bien allí, bajo los pájaros del monte,
y bajo la yerba, que te hace una cortina para mirar al mundo

A estas horas, aquí

Habría que bailar ese danzón que tocan en el cabaret de abajo,
dejar mi cuarto encerrado
y bajar a bailar entre borrachos.
Uno es un tonto en una cama acostado,
sin mujer, aburrido, pensando,
sólo pensando.

No tengo "hambre de amor", pero no quiero
pasar todas las noches embrocado
mirándome los brazos,
o, apagada la luz, trazando líneas con la luz del cigarro.
Leer, o recordar,
o sentirme tufo de literato,
o esperar algo.
Habría que bajar a una calle desierta
y con las manos en la bolsas, despacio,
caminar con mis pies e irles diciendo:
uno, dos, tres, cuatro...
Este cielo de México es obscuro,
lleno de gatos,
con estrellas miedosas
y con el aire apretado.
(Anoche, sin embargo, había llovido
y era fresco, amoroso, delgado.)
Hoy habría que pasármela llorando
en una acera húmeda, al pie de un árbol,
o esperar un tranvía escandaloso
para gritar con fuerzas, bien alto.
Si yo tuviera un perro podría acariciarlo.
Si yo tuviera un hijo le enseñaría mi retrato
o le diría un cuento
que no dijera nada, pero que fuera largo.
Yo ya no quiero, no, yo ya no quiero
seguir todas las noches vigilando
cuándo voy a dormirme, cuándo.
Yo lo que quiero es que pase algo,
que me muera de veras
o que de veras esté fastidiado,
o cuando menos que se caiga el techo
de mi casa un rato.
La jaula que me cuente sus amores con el canario.
La pobre luna, a la que todavía le cantan los gitanos,
y la dulce luna de mi armario,
que me digan algo,

que me hablen en metáforas, como dicen que hablan,
este vino es amargo,
bajo la lengua tengo un escarabajo.
¡Qué bueno que se quedará mi cuarto
toda la noche solo,
hecho un tonto, mirando!

No quiero paz

No quiero paz, no hay paz,
quiero mi soledad.
Quiero mi corazón desnudo
para tirarlo a la calle,
quiero quedarme sordomudo.
Que nadie me visite,
que yo no mire a nadie,
y que si hay alguien, como yo, con asco,
que se lo trague.
Quiero mi soledad,
no quiero paz, no hay paz.

La cojita está embarazada.

La cojita está embarazada.
Se mueve trabajosamente,
pero qué dulce mirada
mira de frente.

Se le agrandaron los ojos
como si su niño
también le creciera en ellos
pequeño y limpio.
A veces se queda viendo

quién sabe qué cosas
que sus ojos blancos
se le vuelven rosas.

Anda entre toda la gente
trabajosamente.
No puede disimular,
pero, a punto de llorar,
la cojita, de repente,
se mira el vientre
y ríe. Y ríe la gente.

La cojita está embarazada
ahorita está en su balcón
y yo creo que se alegra
cantándose una canción:
«cojita del pie derecho
y también del corazón».

Ésa es su ventana

Ésa es su ventana.
Allí la espera el tiempo.
Tras el cristal su rostro
invisible, en silencio.
Me mira, ciega y dulce,
con los ojos abiertos.

La noche está a mi lado,
su ventana está lejos.
Alguien la busca a veces
vestida de negro,
joven madre del luto,
flor del viento.

Sus manos rezan
sobre su pecho.
Y ella, niña, me mira
con sus ojos viejos.
Y yo la busco
dulce, muerto.

En la sombra estaban sus ojos
y sus ojos estaban vacíos
y asustados y dulces y buenos
y fríos.

Allí estaban sus ojos y estaban
en su rostro callado y sencillo
y su rostro tenía sus ojos
tranquilos.

No miraban, miraban, qué solos
y qué tiernos de espanto, qué míos,
me dejaban su boca en los labios
y lloraban un aire perdido
y sin llanto y abiertos y ausentes
y distantes distantes y heridos
en la sombra en que estaban, estaban
callados, vacíos.

Y una niña en sus ojos sin nadie
se asomaba sin nada a los míos
y callaba y miraba y callaba
y sus ojos abiertos y limpios,
pedra de agua, me estaban mirando

más allá de mis ojos sin niños
y que solos estaban, qué tristes,
qué limpios.

Y en la sombra en que estaban sus ojos
Y en el aire sin nadie, afligido, allí estaban sus ojos y estaban
Vacíos.

Sigue la Muerte

1

No digamos la palabra del canto,
cantemos. Alrededor de los huesos,
en los panteones, cantemos.
Al lado de los agonizantes,
de las parturientas, de los quebrados,
de los trabajadores, cantemos.
Bailemos, bebamos, violemos.
Ronda del fuego, círculo de sombras,
con los brazos en alto, que la muerte llega.

Encerrados ahora en el ataúd del aire,
hijos de la locura, caminemos
en torno de los esqueletos.
Es blanda y dulce como una cama con mujer
Lloremos.
Cantemos: la muerte, la muerte, la muerte,
hija de puta, viene.

La tengo aquí, me sube, me agarra
por dentro.
Como un esperma contenido,
como un vino enfermo.
Por los ahorcados lloremos,
por los curas, por los limpiabotas,

por las ceras de los hospitales,
por los sin oficio y los cantantes.
Lloremos por mí,
el más feliz, ay, lloremos.

Lloremos un barril de lágrimas.
Con un montón de ojos lloremos.
Que el mundo sepa que lloramos aquí
por el amor crucificado y las vírgenes,
por nuestra hambre de Dios
(¡pequeño Dios el hombre!)
y por los riñones del domingo.

Lloremos llanto clásico, bailando,
riendo con la boca mojada de lágrimas.
Que el mundo sepa que sabemos ser trágicos.
Lloremos por el polvo
y por la muerte de la rosa en las manos
Yo, el último, os invito
a bailar sobre el cráneo del tiempo.
¡De dos en dos los muertos!
Al tambor, a la Luna,
al compás del viento.
¡A cogerse las manos, sepultureros!
Gloria del hombre vivo:
¡espacio para el miedo
que va a bailar la danza que bailemos!

Tranca la tranca,
con la musiquilla del concierto
¡qué fácil es bailar remuerto!

2

¿Vamos a seguir con el cuento del canto y de la risa?
¡Ojos de sombra, corazón de ciego!

Pirámides de huesos se derrumban,
la madre hace los muertos.
Aremos los panteones y sembraremos.
Trigo de muerto, pan de cada día,
en nuestra boca coja saliva.
(Moneda de los muertos sucia y salada,
en mi lengua hace de hostia petrificada.)
Hay que ver florecer en los jardines
piernas y espaldas entre arroyos de orines.
Cráneos con sus helechos, dientes violetas,
margaritas en las caderas de los poetas.
Que en medio de este cante
el loco pájaro gigante,
aleluya en el ala del vuelo,
aleluya por el cielo.

¡De pie, esqueletos!
Tenemos las sonrisas por amuletos.
¡Entremos a la danza,
en las cuencas los ojos de la esperanza!

3

Hay que mirar los niños en la flor de la muerte floreciendo,
luz untada en los pétalos nocturnos de la muerte.
Hay que mirar los ojos de los ancianos

mansamente encendidos, ardiendo en el aceite
votivo de la muerte.

Hay que mirar los pechos de las vírgenes
delgados de leche
amamantando las crías de la muerte.

Hay que mirar, tocar, brazos y piernas,
bocas mejillas, vientres
deshaciéndose en el ácido de la muerte.

Novias y madres caen,
se derrumban hermanos silenciosamente
en el pozo de la muerte.

Ejército de ciegos,
uno tras otro, de repente,
metiendo el pie en el hoyo de la muerte.

4

Acude, sombra, al sitio en que la muerte
nos espera.

Asiste, llanto, visitante negro.

Agujas en los ojos, dedos en la garganta,
brazos de pesadumbre sofocando el pecho.

La desgracia ha barrido el lugar
y ha cercado el lamento.

Coros de ruinas organiza el viento.

Viudos pasan y huérfanos,

y mujeres sin hombre,

y madres arrancadas, con la raíz al aire,

y todos en silencio.

Asiste, hermano, padre,

ven conmigo, ternura de perro.

Mi amor sale como el sol diariamente.

Cortemos la fruta del árbol negro,

bebamos el agua del río negro,

respiremos el aire negro.

No pasa, no sucede, no hablar del tiempo.
Esto ha de ser, no sé, esto es el fuego
-no brasa, no llama, no ceniza-
fuego sin rostro, negro.
Deja que me arranquen uno a
después la mano, el brazo,
que me arranquen el cuerpo,
que me busquen inútilmente negro.

Vamos, acude, llama, congrega
tu rebaño, muerte, tu pequeño
rebaño del día, enciérralo en tu puño,
aprisco de sueño.

Dejo en ti, madre nuestra,
en ti me dejo.
Gota perpetua,
bautizo verdadero,
en ti, inicial, final, estoy, me quedo.

Adán y Eva (1952)

I

-Estábamos en el paraíso. En el paraíso no ocurre nunca nada. No nos conocíamos. Eva, levántate.

-Tengo amor, sueño, hambre. ¿Amaneció?

-Es de día, pero aún hay estrellas. El sol viene de lejos hacia nosotros y empiezan a galopar los árboles. Escucha.

-Yo quiero morder tu quijada. Ven. Estoy desnuda, macerada, y huelo a ti.

Adán fue hacia ella y la tomó. Y parecía que los dos se habían metido en un río muy ancho, y que jugaban con el agua hasta el cuello, y reían, mientras pequeños peces equivocados les mordían las piernas.

II

La noche que fue ayer fue de la magia. En la noche hay tambores, y los animales duermen con el olfato abierto como un ojo. No hay nadie en el aire. Las hojas y las plumas se reúnen en las ramas, en el suelo, y alguien las mueve a veces, y callan. Trapos negros, voces negras, espesos y negros silencios, flotan, se arrastran, y la tierra se pone su rostro negro y hace gestos a las estrellas. Cuando pasa el miedo junto a ellos, los corazones golpean fuerte, fuerte, y los ojos advierten que las cosas se mueven eternamente en su mismo lugar. Nadie puede dar un paso en la noche. El que entra con los ojos abiertos en la espesura de la noche, se pierde, es asaltado por la sombra, y nunca se sabrá nada de él, como de aquellos que el mar ha recogido.

-Eva, le dijo a Adán, despacio, no nos separemos.

III

-¿Has visto como crecen las plantas? Al lugar en que cae la semilla acude el agua: es el agua la que germina, sube al sol. Por el tronco, por las ramas el agua asciende al aire, como cuando te quedas viendo al cielo del mediodía y como tus ojos empiezan a evaporarse.

Las plantas crecen de un día a otro. Es la tierra la que crece, se hace blanda, verde, flexible. El terrón enmohecido, la costra de los viejos árboles, se desprende, regresa.

¿Lo has visto? Las plantas caminan en el tiempo, no de un lugar a otro, de una hora a otra hora. Esto puedes sentirlo cuando te extiendes sobre la tierra, boca arriba y tu pelo penetra como un manojito de raíces y toda tú eres un tronco caído.

-Yo quiero sembrar una semilla en el río, a ver si crece un árbol flotante para treparme a jugar. En su follaje se enredarían los peces, y sería un árbol de agua, que iría a todas partes sin caerse nunca.

IV

-Ayer estuve observando a los animales y me puse a pensar en ti. Las hembras son más tersas, más suaves y más dañinas. Antes de entregarse maltratan al macho, o huyen, se defienden. ¿Por qué? Te he visto a ti también, como las palomas, enardeciéndote cuando yo estoy tranquilo. ¿Es que tu sangre y la mía se encienden a diferentes horas?

Ahora que estás dormida debías responderme. Tu respiración es tranquila y tienes el rostro desatado y los labios abiertos. Podrías decirlo todo sin aflicción, sin risas.

¿Es que somos distintos? ¿No te hicieron , pues, de mi costado, no me dueles?

Cuando estoy en ti, cuando me hago pequeño y me abrazas y me envuelves y te cierras como la flor con el insecto, sé algo, sabemos algo. La hembra es siempre más grande, de algún modo.

Nosotros nos salvamos de la muerte. ¿Por qué? Todas las noches nos salvamos. Quedamos juntos, en nuestros brazos, y yo empiezo a crecer como el día.

Algo he de andar buscando en ti, algo mío que tú eres y que no has de darme nunca.

¿Por qué nos separaron? Me haces falta para andar, para ver, como un tercer ojo, como otro pie que sólo yo sé que tuve.

V

Mira, ésta es nuestra casa, éste nuestro techo. Contra la lluvia, contra el sol, contra la noche, la hice. La cueva no se mueve y siempre hay animales que quieren entrar. Aquí es distinto, nosotros también somos distintos.

-¿Distintos porque nos defendemos, Adán? Creo que somos más débiles.

-Somos distintos porque queremos cambiar. Somos mejores.

-A mí no me gusta ser mejor. Creo que estamos perdiendo algo. Nos estamos apartando del viento. Entre todos los de la tierra vamos a ser

extraños. Recuerdo la primera piel que me echaste encima: me quitaste mi piel, la hiciste inútil. Vamos a terminar por ser distintos de las estrellas y ya no entenderemos a los árboles.

-Es que tenemos uno que se llama espíritu.

-Cada vez tenemos más miedo, Adán.

-Verás. Conoceremos. No importa que nuestro cuerpo...

-¿Nuestro cuerpo?

-...esté más delgado. Somos inteligentes. Podemos más.

-¿Qué te pasa? Aquella vez te sentaste bajo el árbol de la mala sombra y te dolía la cabeza. ¿Has vuelto? Te voy a enterrar hasta las rodillas otra vez.

VI

-El tronco estaba ardiendo cuando se fue la lluvia. El rayo lo venció y se introdujo en él. Ahora es un rayo manso. Lo tendremos aquí y le daremos de comer hojas y yerbas. Me gusta el fuego. Acércale tu mano poco a poco, te acaricia o te quema, puedes saber hasta dónde llega su amistad.

-A mí me gusta porque es rojo y azul y amarillo, y se mueve en el aire y no tiene forma, y cuando quiere dormir se esconde en la ceniza y vigila con ojitos rojos dentro dentro. ¡Qué simpático! Luego se alza y empieza a buscar, si haya cerca una rama la devora. ¡Me gusta, me gusta! ¡Le cuidaré, no estorba, es tan humilde!

-Es orgulloso, pero es bueno. ¿Que te pasa? Te has quedado...

-Nada.

-Tienes los ojos abiertos y estás dormida. ¿Me oyes? También se ha metido en ti. Lo veo en el fondo de tus ojos, como una culebra, enamorándote. Te quedas quieta mientras él te recorre ávidamente. Giras en torno al fuego sin moverte. Fuego lento, preciso, árbol continuo, nos atraen tus hojas instantáneas, tu tronco permanente. Déjanos estar junto a ti, junto a tu amor hambriento. Creces aniquilando, medida de la destrucción, estatura hacia dentro, duración hacia atrás, tiempo invertido, muerte muriendo, nacimiento. Déjanos estar en tus párpados incesantes, investigar contigo lo que buscas, luz en fuga perpetua, en ti, como tú misma, en nosotros.

VII

- ¿Que es el canto de los pájaros, Adán?

-Son los pájaros mismos que se hacen aire. Cantar es derramarse en gotas de aire, en hilos de aire, temblar.

-Entonces los pájaros están maduros y se les cae la garganta en hojas, y sus hojas son suaves, penetrantes, a veces rápidas. ¿Por qué?, ¿Por qué no estoy madura yo?

-Cuando estés madura te vas a desprender de ti misma, y lo que seas de fruta se alegrará, y lo que seas de rama quedará temblando. Entonces lo sabrás. El sol no te ha penetrado como al día, estás amaneciendo.

-Yo quiero cantar. Tengo un aire apretado, un aire de pájaro cantar.

-Tú estás cantando siempre sin darte cuenta. Eres igual que el agua. Tampoco las piedras se dan cuenta, y su cal silenciosa se reúne y canta silenciosamente.

VIII

-Hace tres días salió Adán y no ha vuelto. Ay, yo era feliz, yo era feliz.

He tenido miedo, no he podido dormir.

Estoy sola, ¿Por qué no regresa? Salí a buscarlo pero él no estaba, lo llamé. Me asusta la noche, ¿qué puedo hacer sin él? Todo es muy grande, muy largo, sin rumbo. Estoy perdida, rodeada de cosas extrañas, ¿por qué no vuelve ya?

Adán, Adán, Adán, se va a apagar el fuego, me voy a apagar yo, y tú no vuelves. ¿Qué vas a encontrar?

Y Eva se ha quedado dormida. Y estaba dormida cuando llegó Adán.

Adán llegó cansado pero no descansó. Se puso a mirarla, y la estuvo mirando por primera vez.

IX

-¡Qué fresca es la sombra del plátano! De una hoja de plátano se desprenden infinitas hojas de agua que están descendiendo siempre. Me gustan las hojas verdes, acanaladas, y los racimos, y los retoños unánimes, agudos, como una bandada de peces hacia arriba. ¿Has visto el tronco? Es un panal de agua.

Me gusta el platanar con su humedad sombría y derribada, con su lecho en que se pudre el sol y con sus hojas golpeadas y tranquilas. Me gusta el platanar cuando llueve porque suena sonoramente, porque se alegra como una bestia bañándose y saltando.

Me gusta la sombra del plátano y sus pequeños nidos de aire, y el aire dulce y torpe aprendiendo a volar. Me gusta tirarme en el suelo sin raíces y sentir cómo transcurre el agua y quedarme inmóvil, oyendo.

Fuimos al mar. ¡Qué miedo tuve y qué alegría. Es un enorme animal inquieto. Golpea y sopla, se enfurece, se calma, siempre asusta. Parece que nos mirara desde dentro, desde lo hondo, con muchos ojos, con ojos iguales a los que tenemos en el corazón para mirar de lejos o en la obscuridad.

En un principio nos tiró varias veces. Después Adán se enfureció y se puso a dar de puñetazos a las olas. A mí me dio risa, me quedé en la playa mirando. Adán no podía. Al rato salió cansado, húmedo, y no dijo nada, y se durmió.

Entonces me puse a oír el mar. Ya iba obscureciendo. Suena igual que la noche, con un vasto, infinito silencio, con una honda voz. Se extiende su sonido oscuro y nos penetra por todas partes. Es un sonido de agua espesa, de agua que quiere levantarse como un animal herido.

De ahora en adelante viviremos a la orilla del mar. Aquí están a la misma altura el sol y el mar, a la misma profundidad las estrellas y los grandes peces.

Aprenderemos el mar, Él también tiene sus montañas y sus vastas llanuras, sus pájaros, sus minerales, y su vegetación unánime y difícil. Aprenderemos sus cambios, sus estaciones, su permanencia en el mundo como una enorme raíz, la raíz del árbol de agua que aprieta la tierra, el árbol inmenso que se extiende en el espacio hasta siempre.

El mar es bueno y terrible como mi padre. Yo le quiero decir padre mar. Padre mar, sosténme, engéndrame de nuevo en tu corazón. Hazme incorruptible, receptora del mundo, purificadora a pesar.

XI

Me duele el cuerpo, me arden los ojos, parece que estuviera quemándome. Mi agua está hirviendo dentro de mí. Y un viento frío bajo mi piel anda aprisa, frío, y termina empujándome la quijada hacia arriba con golpes menudos e incesantes.

Estoy ardiendo, no puedo ni moverme. Estoy débil, con dolor, con miedo. Eva no ha dormido, está asustada, me ha puesto hojas en la frente. Cuando me puse a hablar anoche se me echó encima y se restregó conmigo y quería callarme. Así se estuvo y tenía los ojos mojados como mi espalda. Le dije que sus ojos también me dolían y ella los cerró contra mi boca.

Ahora tengo sed, estoy golpeado y seco. Me duele, tengo la cabeza podrida. No hay una parte mía que no esté peleando con otra. Quiero cerrar mis manos ¡Qué diferente de mí es todo esto!.

Esto es ser otro, otro Adán. Está pasando a través de mí y me duele.

Me gustaría estar rodeado de piedras calientes.

El otro día me gustó un árbol, lo derribé. Caía con ruido quebrándose, cayéndose. Así estoy sonando, así, hacia abajo, apretado, derrumbado, sonando.

XII

Es una enorme piedra negra, más dura que las otras, caliente. Parece una madriguera de rayos. Tumbó varios árboles y sacudió la tierra. Es de ésas que hemos visto caer de lejos, iluminadas. Se desprenden del cielo como las naranjas maduras y son veloces y duran más en los ojos que en el aire. Todavía tiene el color frío del cielo y está raspada, ardiendo.

-Me gusta verlas caer tan rápidas, más rápidas que los pájaros que tiras. Allá arriba ha de haber un lugar donde mueren y de donde caen. Algunas han de estar cayendo siempre. Parece que se van muy lejos ¿a dónde?.

Esta vino aquí pero la llevaré a otro sitio. La voy a echar rodando hasta los bambúes, los va a hacer tronar. Quiero que se enfríe para abrirla.

-¡Abrirla! ¿Qué tal si sale una bandada de estrellas, si se nos van? Han de salir con ruido, como las codornices.

XIII

Eva ya no está, de un momento a otro dejó de hablar. Se quedó quieta y dura. En un principio pensé que dormía. Más tarde la toqué y no tenía calor. La moví, le hablé. La dejé ahí tirada.

Pasaron varios días y no se levantó. Empezó a oler mal. Se estaba pudriendo como la fruta, y tenía moscas y hormigas. Estaba muy fea.

La arrastré afuera y le puse bastante paja encima. Diariamente iba a ver como estaba. Hasta que me cansé y la llevé más lejos. Nunca volvió a hablar. Era como una rama seca.

No sirve para nada, no hace nada. Poco a poco se la come la tierra. Allí está.

Se la come el sol, no me gusta. No se levanta, no habla, no retoña.

Yo la he estado mirando. Es inútil. Cada vez es menos, pesa menos, se acaba.

XIV

Ah, tú, guardadora del mundo, dormida, preñada de la muerte, quieta. ¡Qué inútil es hablarte, hablarme!. Hombre solo soy, quedé. Quedé manco, podado, a mi mitad quedé.

Aquí me muero. Porque los ojos de la muerte me han visto y giran alrededor cazándome, llevándome. Aquí me callo. De aquí no me muevo.

XV

Bajo mis manos crece, dulce, todas las noches. Tu vientre suave, manso, infinito. Bajo mis manos que pasan y repasan midiéndolo, besándolo, bajo mis ojos que lo quedan viendo toda la noche.

Me doy cuenta de que tus pechos crecen también, llenos de ti, redondos y cayendo. Tú tienes algo. Ríes, miras distinto, lejos.

Mi hijo te está haciendo más dulce, te hace frágil. Suenas como la pata de la paloma al quebrarse.

Guardadora, te amparo contra todos los fantasmas, te abrazo para que madures en paz.

FIN

Tarumba (1956)

Tarumba.

Yo voy con las hormigas
entre las patas de las moscas.
Yo voy con el suelo, por el viento,
en los zapatos de los hombres,
en las pezuñas, las hojas, los papeles;
voy a donde vas, Tarumba,
de donde vienes, vengo.
Conozco a la araña.
Sé eso que tú sabes de ti mismo
y lo que supo tu padre.
Sé lo que me has dicho de mí.
Tengo miedo de no saber,
de estar aquí como mi abuela
mirando la pared, bien muerta.
Quiero ir a orinar a la luz de la luna.
Tarumba, parece que va a llover.

A la casa del día

A la casa del día entran gentes y cosas,
yerbas de mal olor,
caballos desvelados,
aires con música,
maniquíes iguales a muchachas;
entramos tú, Tarumba, y yo,
Entra la danza. Entra el sol.
Un agente de seguros de vida
y un Poeta.
Un policía.

Todos vamos a vendernos, Tarumba.

Ay, Tarumba

Ay, Tarumba, tú ya conoces el deseo.
Te jala, te arrastra, te deshace.
Zumbas como un panal.
Te quiebras mil y mil veces.
Dejas de ver mujer en cuatro días
porque te gusta desear,
te gusta quemarte y revivirle,
te gusta pasarles la lengua de tus ojos a todas.
Tú, Tarumba, naciste en la saliva,
quién sabe en qué goma caliente naciste.
Te castigaron con darte sólo dos manos.
Salado Tarumba, tienes la piel como una boca
y no te cansas.
No vas a sacar nada.
Aunque llores, aunque te quedes quieto
como un buen muchacho.

La mujer gorda

La mujer gorda, Tarumba,
camina con la cabeza levantada.
El cojo le dice al idiota: Te alcancé.
El boticario llora por enfermedades.
Yo los miro a todos desde la puerta de mi casa,
desde el agua de un pozo,
desde el cielo,
y sólo tú me gustas,
Tarumba, que quieres café y que llueva.
No sé qué cosa eres,
cuál es tu nombre verdadero,
pero podrías ser mi hermano o yo mismo.

Podrías ser también un fantasma,
o el hijo de un fantasma,
o el nieto de alguien que no existió nunca.
Porque a veces quiero decirte: Tarumba,
¿en dónde estás?

En este pueblo

En este pueblo, Tarumba,
miro a todas las gentes todos los días.
Somos una familia de grillos.
Me canso.
Todo lo sé, lo adivino, lo siento.
Conozco los matrimonios, los adulterios,
las muertes.
Sé cuándo el poeta grillo quiere cantar,
cuándo bajan los zopilotes al mercado,
cuándo me voy a morir yo.
Sé quiénes, a qué horas, cómo lo hacen,
curarse en las cantinas,
besarse en los cines,
menstruar,
llorar, dormir, lavarse las manos.
Lo único que no sé es cuándo nos iremos,
Tarumba, por un subterráneo,
al mar.

A caballo

A caballo, Tarumba,
hay que montar a caballo
para recorrer este país,
para conocer a tu mujer,
para desear a la que desees,
para abrir el hoyo de tu muerte,

para levantar tu resurrección.
A caballo tus ojos,
el salmo de tus ojos,
el sueño de tus piernas cansadas.
A caballo en el territorio de la malaria,
tiempo enfermo,
hembra caliente,
risa a gotas.
A donde llegan noticias de vírgenes,
periódicos con santos,
y telegramas de corazones deportivos como una
bandera.
A caballo, Tarumba, sobre el río,
sobre la laja de agua, la vigilia,
la hoja frágil del sueño
(cuando tus manos se despiertan con nalgas),
y el vidrio de la muerte en el que miras
tu corazón pequeño.
A caballo, Tarumba,
hasta el vertedero del sol.

Después de leer tantas páginas

Después de leer tantas páginas que el tiempo escribe con mi mano,
quedo triste, Tarumba, de no haber dicho más,
quedo triste de ser tan pequeño
y quedo triste y colérico de no estar solo.
Me quejo de estar todo el día en manos de las gentes,
me duele que se me echen encima y me aplasten
y no me dejen siquiera saber dónde tengo los brazos,
o mirar si mis piernas están completas.
"Abandona a tu padre y a tu madre"
y a tu mujer y a tu hijo y a tu hermano
y métete en el costal de tus huesos
y échate a rodar, si quieres ser poeta.
Que no esclavicen ni tu ombligo ni tu sangre,

ni el bien ni el mal,
ni el amor consuetudinario.
Tienes que ser actor de todas las cosas.
Tienes que romperte la cabeza diariamente
sobre la piedra, para que brote el agua.
Después quedarás tirado a un lado
como un saco vacío
(guante de cuero que la mano de la poesía usó),
pero también quedarías tirado por nada.

Yo me quejo, Tarumba, de estar sirviendo a la poesía y al diablo.
Y a veces soy como mi hijo, que se orina en la cama,
y no puede moverse, y llora.

Oigo palomas en el tejado del vecino

OIGO PALOMAS EN EL TEJADO DEL VECINO,
Tú ves el sol.
El agua amanece,
y todo es raro como estas palabras.
¿Para qué te ha de entender nadie, Tarumba?,
¿para qué alumbrarte con lo que dices
como con una hoguera?
Quema tus huesos y calientate.
Ponte a secar, ahora, al sol y al viento.

¿Qué putas puedo hacer...?

¿Qué putas puedo hacer con mi rodilla,
con mi pierna tan larga y tan flaca,
con mis brazos, con mi lengua,
con mis flacos ojos?
¿Que puedo hacer en este remolino

de imbéciles de buena voluntad?
¿Que puedo con inteligentes podridos
y con dulces niñas que no quieren hombre sino poesía?
¿Que puedo entre los poetas uniformados
por la academia o por el comunismo?
¿Que, entre vendedores o políticos
o pastores de almas?
¿Que putas puedo hacer, Tarumba,
si no soy santo, ni héroe, ni bandido,
ni adorador del arte,
ni boticario,
ni rebelde?
¿Que puedo hacer si puedo hacerlo todo
y no tengo ganas sino de mirar y mirar?

La primera lluvia del año

La primera lluvia del año moja las calles,
abre el aire,
humedece mi sangre.
¡Me siento tan agusto y tan triste, Tarumba,
viendo caer el agua desde quién sabe,
sobre tantos y tanto !
Ayúdame a mirar sin llorar,
Ayúdame a llover yo mismo sobre mi corazón
para que crezca como la planta del chayote
como la yerbabuena.
¡Amo tanto la luz adolescente
de esta mañana
y su tierna humedad !
¡Ayúdame, Tarumba, a no morirme,
a que el viento no desate mis hojas
ni me arranque de esta tierra alegre

Amanece la sangre doliéndome

AMANECE LA SANGRE DOLIÉNDOME

y el cigarro amargo.

La herida de los ojos abierta para el alcohol del sol.

Y una fatiga, un cansancio, un remordimiento de estar vivo.

¿A quién le hago el juego, Tarumba?

(Perdóname. Tú sabes que digo esas cosas por decir algo.

Es un remordimiento de estar muerto.)

Mi mujer y mi hijo esperan allá fuera,

y yo me quejo.

Voy a comprar unas frutas para los tres;

me gusta ver que mi hijo brinca en el vientre de su madre

al olor remoto de los mangos.

(Cuando nazca mi hijo, Tarumba, tú le vas a enseñar

los árboles y los caballos.)

Duérmete, mi niño, con calentura

DUÉRMETE, MI NIÑO, CON CALENTURA,

con dolor de cabeza,

estírate.

Duérmete con todo el cuerpo, niño,

envidia de los ángeles,

hijito enfermo.

Duérmete sin el grillo,

sin la aguja,

sin hambre.
Duérmete hasta mañana.
Duérmete, duérmete.
Vámonos a dormir,
a dormirnos.
El tubo de la noche, estírate.
Que se diga que julio se duerme.
(Porque en la noche viene Tará
y te quita la enfermedad.
Luego encendemos el sol
con un cerillo de alcohol.)
Pero duérmete mi niño,
mi pedacito, a dormir,
a dormirse ya.
(Don julito el fanfarrón,
don julito es un fregón.)
Voy a sacudir tu cama:
que no tenga calentura
ni dolor de barriga
ni pulgas.
Aquí pongo este letrero
contra los mosquitos:
que nadie moleste a mi hijo.
Vamos a cantar:
tararí, tatá .
El viejito cojo
se duerme con sólo un ojo.
El viejito manco
duerme trepado en un zanco.
Tararí, totó.
No me diga nada usted:
se empieza a dormir mi pie.
Voy a subirlo a mi cuna
antes que venga la tía Luna.
Tararí, tuí,
tuí.

La procesión del entierro

La procesión del entierro en las calles de la ciudad es ominosamente patética. Detrás del carro que lleva el cadáver, va el autobús, o los autobuses negros, con los dolientes, familiares y amigos. Las dos o tres personas llorosas, a quienes de verdad les duele, son ultrajadas por los cláxones vecinos, por los gritos de los voceadores, por las risas de los transeúntes, por la terrible indiferencia del mundo. La carroza avanza, se detiene, acelera de nuevo, y uno piensa que hasta los muertos tienen que respetar las señales de tránsito. Es un entierro urbano, decente y expedito.

No tiene la solemnidad ni la ternura del entierro en provincia. Una vez vi a un campesino llevando sobre los hombros una caja pequeña y blanca. Era una niña, tal vez su hija. Detrás de él no iba nadie, ni siquiera una de esas vecinas que se echan el rebozo sobre la cara y se ponen serias, como si pensarán en la muerte. El campesino iba solo, a media calle, apretado el sombrero con una de las manos sobre la caja blanca. Al llegar al centro de la población iban cuatro carros detrás de él, cuatro carros de desconocidos que no se habían atrevido a pasarlo.

Es claro que no quiero que me entierren. Pero si algún día ha de ser, prefiero que me encierren en el sótano de la casa, a ir muerto por las calles de Dios sin que nadie se dé cuenta de mí. Porque si amo profundamente esta maravillosa indiferencia del mundo hacia mi vida, deseo también fervorosamente que mi cadáver sea respetado.

Dice Rubén

Dice Rubén que quiere la eternidad, que pelea por esa memoria de los hombres para un siglo, o dos, o veinte. Y yo pienso que esa eternidad no es más que una prolongación, menguada y pobre, de nuestra existencia.

Hay que estar frente a un muro. Y hay que saber que entre nuestros puños que golpean y el lugar del golpe, allí está la eternidad.

Crear en la supervivencia del alma, o en la memoria de los hombres, es lo mismo que creer en Dios, es lo mismo que cargar su tabla mucho antes del naufragio.

Ocurre que la realidad

Ocurre que la realidad es superior a los sueños. En vez de pedir "déjame soñar", se debería decir: "déjame mirar".

Juega uno a vivir.

Soy mi cuerpo

Soy mi cuerpo. Y mi cuerpo está triste y está cansado. Me dispongo a dormir una semana, un mes; no me hablen.

Que cuando habrá los ojos hayan crecido los niños y todas las cosas sonrían.

Quiero dejar de pisar con los pies desnudos el frío. Échenme encima todo lo que tenga calor, las sábanas, las mantas, algunos papeles y recuerdos, y cierren todas las puertas para que no se vaya mi soledad.

Quiero dormir un mes, un año, dormirme. Y si hablo dormido no me hagan caso, si digo algún nombre, si me quejo. Quiero que hagan de cuenta que estoy enterrado, y que ustedes no pueden hacer nada hasta el día de la resurrección.

Ahora quiero dormir un año, nada más dormir.

Aleluya

Si hubiera de morir dentro de unos instantes, escribiría estas sabias palabras: árbol del pan y de la miel, ruibarbo, coca-cola, zonite, cruz gamada. y me echaría a llorar.

Uno puede llorar hasta con la palabra "excusado" si tiene ganas de llorar.

Y esto es lo que hoy me pasa. Estoy dispuesto a perder hasta las uñas, a sacarme los ojos y exprimirlos como limones sobre la taza de café. ("te convidó una taza de café con cascaritas de ojo, corazón mío").

Antes de que caiga sobre mi lengua el hielo del silencio, antes de que se raje mi garganta y mi corazón se desplome como una bolsa de cuero, quiero decirte, vida mía, lo agradecido que estoy, por este hígado estupendo que me dejó comer todas tus rosas, el día que entré a tu jardín oculto sin que nadie me viera.

Lo recuerdo. Me llené el corazón de diamantes -que son estrellas caídas y envejecidas en el polvo de la tierra- y lo anduve sonando como una sonaja mientras reía. No tengo otro rencor que el que tengo, y eso porque pude nacer antes y no lo hiciste.

No pongas el amor en mis manos como un pájaro muerto.

Diario Semanario y Poemas en Prosa (1961)

La tarde de domingo es quieta

LA TARDE DEL DOMINGO ES QUIETA en la ciudad evacuada. A la orilla de las carreteras la gente planta su diversión afanosamente. Hasta este «contacto con la naturaleza» se toma con trabajo, y los carros se amontonan promiscuamente, lo mismo que las gentes que se quedaron en los cines, en los toros y en otros espectáculos. Nadie busca, en verdad, la soledad, y nadie sabría qué hacer con ella. «Es bueno tomar el aire limpio de tales horas»: este espíritu gregario sólo da recetas para vivir.

Igual que la borrachera de los sábados, las visitas a las casas de amor y hasta las maneras del coito, se estereotipan. La vida moderna es la vida del horario y de la mediocridad ordenada. Dios baja a la tierra los domingos por la mañana a las horas de misa.

Pero esta tarde es quieta y libre. El inmenso cielo gris, inmóvil, iluminado, se extiende sobre las casas de los hombres. Y uno sabe, recónditamente, que es perdonado.

Te quiero a las diez de la mañana

Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las doce del día. Te quiero con toda mi alma y con todo mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia. Pero a las dos de la tarde, o a las tres, cuando me pongo a pensar en nosotros dos, y tú piensas en la comida o en el trabajo diario, o en las diversiones que no tienes, me pongo a odiarte sordamente, con la mitad del odio que guardo para mí.

Luego vuelvo a quererte, cuando nos acostamos y siento que estás hecha para mí, que de algún modo me lo dicen tu rodilla y tu vientre, que mis manos me convencen de ello, y que no hay otro lugar en donde yo me venga, a donde yo vaya, mejor que tu cuerpo. Tú vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos un instante, nos metemos en la boca de Dios, hasta que yo te digo que tengo hambre o sueño.

Todos los días te quiero y te odio irremediablemente. Y hay días también, hay horas, en que no te conozco, en que me eres ajena como la mujer de otro. Me preocupan los hombres, me preocupo yo, me distraen mis penas. Es probable que no piense en ti durante mucho tiempo. Ya ves. ¿Quién podría quererte menos que yo, amor mío?

¿Es que hacemos las cosas

¿Es que hacemos las cosas sólo para recordarlas? ¿Es que vivimos sólo para tener memoria de nuestra vida? Porque sucede que hasta la esperanza es memoria y que el deseo es el recuerdo de lo que ha de venir.

¡Paraíso perdido será siempre el paraíso! A la sombra de nuestras almas se encontraron nuestros cuerpos y se amaron. Se amaron con el amor que no tiene palabras, que tiene sólo besos. EL amor que no deja rastro de sí, porque es como la sombra de una nube, la sombra fresca y ligera en que se abren las rosas.

Sexo puro, amor puro. Limpio de engaños y emboscadas. Afán del cuerpo solo que juega a morir. Risa de dos, como la risa del agua y del niño; la risa de la bestia bajo la lluvia que ríe.

Sobre tu piel llevas todavía la piel de mi deseo, y mi cuerpo está envuelto de ti, igual que de sal y de olor.

¿En donde estamos, desde hace tantos siglos, llamándonos con tantos hombres Eva y Adán? He aquí que nos acostamos sobre la yerba del lecho, en el aire violento de las ventanas cerradas, bajo todas las estrellas del cuarto a oscuras.

Si hubiera de morir dentro de

Si hubiera de morir dentro de unos instantes, escribiría estas sabias palabras: árbol del pan y de la miel, ruibarbo, coca-cola, zonite, cruz gamada. y me echaría a llorar.

Uno puede llorar hasta con la palabra "excusado" si tiene ganas de llorar.

Y esto es lo que hoy me pasa. Estoy dispuesto a perder hasta las uñas, a sacarme los ojos y exprimirlos como limones sobre la taza de café. ("te convidó una taza de café con cascaritas de ojo, corazón mío").

Antes de que caiga sobre mi lengua el hielo del silencio, antes de que se raje mi garganta y mi corazón se desplome como una bolsa de cuero, quiero decirte, vida mía, lo agradecido que estoy, por este hígado estupendo que me dejó comer todas tus rosas, el día que entré a tu jardín oculto sin que nadie me viera.

Lo recuerdo. Me llené el corazón de diamantes -que son estrellas caídas y envejecidas en el polvo de la tierra- y lo anduve sonando como una sonaja mientras reía. No tengo otro rencor que el que tengo, y eso porque pude nacer antes y no lo hiciste.

No pongas el amor en mis manos como un pájaro muerto.

¿En qué callejón...?

¿EN QUÉ CALLEJÓN, a qué horas oscuras, está la casa del placer? Fantasmas deshechos salen en la madrugada a buscar un carro con los últimos centavos en la bolsa.

Las luces quebradas y el parpadeo de la sangre empiezan a localizar el sueño.

En ese instante llega al corazón la culpa.

Estírate o retuércete. Estás en el asador, sobre las brasas, para el hambre que tiene Dios este día.

Almas perdidas en los subterráneos terrestres, conjuradas por el agua vegetal, estranguladas por la asfixia de los rincones ciegos, sacan sus brazos al aire de la calle, a flor de asfalto, por entre las ruedas y las gentes.

Y empieza a caer una llovizna de pelos y ceniza sobre la ciudad, y un olor quemado se arrastra en las banquetas, trepa a las paredes igual que una sombra.

En el estadio de la ciudad

EN EL ESTADIO DE LA CIUDAD los borrachos caminan en círculo: cinco metros de rodillas, cinco de pie y cinco de cabeza. Después de esto, cogen su cuerpo del cuello y se arrastran hasta llegar al lugar de partida.

En el círculo que recorren los borrachos hay una laguna, un incendio, un prado cubierto de niebla y muchos vidrios de sol en el suelo. El

ángel guardián de los borrachos es siempre una mujer desnuda que está delante de ellos. Cuando el borracho abre los ojos deja de ver.

La palabra con que habla el borracho es un alambre violeta. Sólo el calor del trago le llena el pecho de arañas que hablan obscuramente.

Los borrachos que gritan no duran mucho, se derraman como una arteria rota. Los silenciosos están siempre conversando con Dios.

El diablo es el reverso de la moneda de Dios, la única moneda que les queda después de todo, la que usan para pagar su último trago.

¡Hay que ver la marcha de los borrachos, entre los reflectores de la ciudad, esta semana y la otra, a partir de las once de la noche!

A medianoche

A MEDIANOCHE, a punto de terminar agosto, pienso con tristeza en las hojas que caen de los calendarios incesantemente. Me siento el árbol de los calendarios.

Cada día, hijo mío, que se va para siempre, me deja preguntándome: si es huérfano el que pierde un padre, si es viudo el que ha perdido la esposa, ¿cómo se llama el que pierde un hijo?, ¿cómo, el que pierde el tiempo? Y si yo mismo soy el tiempo, ¿cómo he de llamarme, si me pierdo a mí mismo?

El día y la noche, no el lunes ni el martes, ni agosto ni septiembre; el día y la noche son la única medida de nuestra duración. Existir es durar, abrir los ojos y cerrarlos.

A estas horas, todas las noches, para siempre, yo soy el que ha perdido el día. (Aunque sienta que, igual que sube la fruta por las ramas del durazno, está subiendo, en el corazón de estas horas, el amanecer)

Hay un modo de que me hagas...

Hay un modo de que me hagas completamente feliz, amor mío: muérete.

Con la flor del domingo

Con la flor del domingo ensartada en el pelo, pasean en la alameda antigua. La ropa limpia, el baño reciente, peinadas y planchadas, caminan, por entre los niños y los globos, y charlan y hacen amistades, y hasta escuchan la música que en el quiosco de la Alameda de Santa María reúne a los sobrevivientes de la semana.

Las gatitas, las criadas, las muchachas de la servidumbre contemporánea, se conforman con esto. En tanto llegan a la prostitución, o regresan al seno de la familia miserable, ellas tienen el descanso del domingo, la posibilidad de un noviazgo, la ocasión del sueño. Bastan dos o tres horas de este paseo en blanco para olvidar las fatigas, y para enfrentarse risueñamente a la amenaza de los platos sucios, de la ropa pendiente y de los mandados que no acaban.

Al lado de los viejos, que andan en busca de su memoria, y de las señoras pensando en el próximo embarazo, ellas disfrutan su libertad provisional y poseen el mundo, orgullosas de sus zapatos, de su vestido bonito, y de su cabellera que brilla más que otras veces.

(¡Danos, Señor, la fe en el domingo, la confianza en las grasas para el pelo, y la limpieza de alma necesaria para mirar con alegría los días que vienen!)

Ocurre que la realidad

OCURRE QUE LA REALIDAD es superior a los sueños. En vez de pedir "déjame soñar", se debería decir: "déjame mirar".

Juega uno a vivir.

Soy mi cuerpo

SOY MI CUERPO. Y mi cuerpo está triste, está cansado. Me dispongo a dormir una semana, un mes; no me hablen.

Que cuando abra los ojos hayan crecido los niños y todas las cosas sonrían.

Quiero dejar de pisar con los pies desnudos el frío. Échenme encima todo lo que tenga calor, las sábanas, las mantas, algunos papeles y recuerdos, y cierren todas las puertas para que no se vaya mi soledad.

Quiero dormir un mes, un año, dormirme. Y si hablo dormido no me hagan caso, si digo algún nombre, si me quejo. Quiero que hagan de cuenta que estoy enterrado, y que ustedes no pueden hacer nada hasta el día de la resurrección.

Ahora quiero dormir un año, nada más dormir.

La procesión del entierro

La procesión del entierro en las calles de la ciudad es ominosamente patética. Detrás del carro que lleva el cadáver, va el autobús, o los autobuses negros, con los dolientes, familiares y amigos. Las dos o tres personas llorosas, a quienes de verdad les duele, son ultrajadas por los cláxones vecinos, por los gritos de los voceadores, por las risas de los

transeúntes, por la terrible indiferencia del mundo. La carroza avanza, se detiene, acelera de nuevo, y uno piensa que hasta los muertos tienen que respetar las señales de tránsito. Es un entierro urbano, decente y expedito.

No tiene la solemnidad ni la ternura del entierro en provincia. Una vez vi a un campesino llevando sobre los hombros una caja pequeña y blanca. Era una niña, tal vez su hija. Detrás de él no iba nadie, ni siquiera una de esas vecinas que se echan el rebozo sobre la cara y se ponen serias, como si pensarán en la muerte. El campesino iba solo, a media calle, apretado el sombrero con una de las manos sobre la caja blanca. Al llegar al centro de la población iban cuatro carros detrás de él, cuatro carros de desconocidos que no se habían atrevido a pasarlo.

Es claro que no quiero que me entierren. Pero si algún día ha de ser, prefiero que me encierren en el sótano de la casa, a ir muerto por las calles de Dios sin que nadie se dé cuenta de mí. Porque si amo profundamente esta maravillosa indiferencia del mundo hacia mi vida, deseo también fervorosamente que mi cadáver sea respetado.

Dice Rubén

DICE RUBÉN QUE QUIERE LA ETERNIDAD, que pelea por esa memoria de los hombres para un siglo, o dos, o veinte. Y yo pienso que esa eternidad no es más que una prolongación, menguada y pobre, de nuestra existencia.

Hay que estar frente a un muro. Y hay que saber que entre nuestros puños que golpean y el lugar del golpe, allí está la eternidad.

Crear en la supervivencia del alma, o en la memoria de los hombres, es lo mismo que creer en Dios, es lo mismo que cargar su tabla mucho antes del naufragio.

Poemas Suelos (1951-1961)

Tu cuerpo está a mi lado

Tu cuerpo está a mi lado
fácil, dulce, callado.
Tu cabeza en mi pecho se arrebiente
con los ojos cerrados
y yo te miro y fumo
y acaricio tu pelo enamorado.
Esta mortal ternura con que callo
te está abrazando a ti mientras yo tengo
inmóviles mis brazos.
Miro mi cuerpo, el muslo
en que descansa tu cansancio,
tu blando seno oculto y apretado
y el bajo y suave respirar de tu vientre
sin mis labios.
Te digo a media voz
cosas que invento a cada rato
y me pongo de veras triste y solo
y te beso como si fueras tu retrato.
Tú, sin hablar, me miras
y te aprietas a mí y haces tu llanto
sin lágrimas, sin ojos, sin espanto.
Y yo vuelvo a fumar, mientras las cosas
se ponen a escuchar lo que no hablamos.

No es que muera de amor, muero de ti

No es que muera de amor, muero de ti

Muero de ti, amor, de amor de ti,
de urgencia mía de mi piel de ti,
de mi alma de ti y de mi boca
y del insostenible que yo soy sin ti.

Muero de ti y de mí, muero de ambos,
de nosotros, de ese,
desgarrado, partido,
me muero, te muero, lo morimos.

Morimos en mi cuarto en que estoy solo,
en mi cama en que faltas,
en la calle donde mi brazo va vacío,
en el cine y los parques, los tranvías,
los lugares donde mi hombro acostumbra tu cabeza
y mi mano tu mano
y todo yo te sé como yo mismo.

Morimos en el sitio que le he prestado al aire
para que estés fuera de mí,
y en el lugar en que el aire se acaba
cuando te echo mi piel encima
y nos conocemos en nosotros, separados del mundo,
dichosa, penetrada, y cierto, interminable.

Morimos, lo sabemos, lo ignoran, nos morimos
entre los dos, ahora, separados,
del uno al otro, diariamente,
cayéndonos en múltiples estatuas,
en gestos que no vemos,
en nuestras manos que nos necesitan.

Nos morimos, amor, muero en tu vientre
que no muerdo ni beso,
en tus muslos dulcísimos y vivos,
en tu carne sin fin, muero de máscaras,
de triángulos oscuros e incesantes.
Muero de mi cuerpo y de tu cuerpo,
de nuestra muerte ,amor, muero, morimos.
En el pozo de amor a todas horas,
Inconsolable, a gritos,
dentro de mi, quiero decir, te llamo,
te llaman los que nacen, los que vienen
de atrás, de ti, los que a ti llegan.
Nos morimos, amor, y nada hacemos
sino morirnos más, hora tras hora,
y escribirnos y hablarnos y morirnos.

No es nada de tu cuerpo

No es nada de tu cuerpo,
ni tu piel, ni tus ojos, ni tu vientre,
ni ese lugar secreto que los dos conocemos,
fosa de nuestra muerte, final de nuestro entierro.
No es tu boca -tu boca
que es igual que tu sexo-,
ni la reunión exacta de tus pechos,
ni tu espalda dulcísima y suave,
ni tu ombligo, en que bebo.
No son tus muslos duros como el día,
ni tus rodillas de marfil al fuego,
ni tus pies diminutos y sangrantes,
ni tu olor, ni tu pelo.
No es tu mirada -¿qué es una mirada?-
triste luz descarriada, paz sin dueño,
ni el álbum de tu oído, ni tus voces,

ni las ojeras que te deja el sueño.
Ni es tu lengua de víbora tampoco,
flecha de avispas en el aire ciego,
ni la humedad caliente de tu asfixia
que sostiene tu beso.
No es nada de tu cuerpo,
ni una brizna, ni un pétalo,
ni una gota, ni un gramo, ni un momento:

Es sólo este lugar donde estuviste,
estos mis brazos tercos.

Me doy cuenta de que me faltas

Me doy cuenta de que me faltas
y de que te busco entre las gentes, en el ruido,
pero todo es inútil.
Cuando me quedo solo
me quedo mas solo
solo por todas partes y por ti y por mí.
No hago sino esperar.
Esperar todo el día hasta que no llegas.
Hasta que me duermo
y no estás y no has llegado
y me quedo dormido
y terriblemente cansado
preguntando.
Amor, todos los días.
Aquí a mi lado, junto a mí, haces falta.
Puedes empezar a leer esto
y cuando llegues aquí empezar de nuevo.
Cierra estas palabras como un círculo,
como un aro, échalo a rodar, enciéndelo.
Estas. cosas giran en torno a mí igual que moscas,
en mi garganta como moscas en un frasco.

Yo estoy arruinado.
Estoy arruinado de mis huesos,
todo es pesadumbre.

He aquí que tu estás sola

He aquí que tu estás sola y que yo estoy solo.
Haces cosas diariamente y piensas
y yo pienso y recuerdo y estoy solo.
A la misma hora nos recordamos algo
y nos sufrimos. Como una droga mía y tuya
somos, y una locura celular nos recorre
y una sangre rebelde y sin cansancio.
Se me va a hacer llagas este cuerpo solo,
se me caerá la carne trozo a trozo.
Esto es lejía y muerte.
El corrosivo estar, el malestar
muriendo es nuestra muerte.

Yo no sé dónde estás. Yo ya he olvidado
quién eres, dónde estás, cómo te llamas.
Yo soy sólo una parte, sólo un brazo,
una mitad apenas, sólo un brazo.
Te recuerdo en mi boca y en mis manos.
Con mi lengua y mis ojos y mis manos
te sé, sabes a amor, a dulce amor, a carne,
a siembra, a flor, hueles a amor, y a mí.
En mis labios te sé, te reconozco,
y giras y eres y miras incansable
y toda tu me sueñas
dentro del corazón como mi sangre.
Te digo que estoy solo y que me faltas
Nos faltamos, amor, y nos morimos
y nada haremos ya sino morirnos.
Esto lo sé, amor, esto sabemos.

Hoy y mañana, así, y cuando estemos
en estos brazos simples y cansados,
me faltarás, amor, nos faltaremos.

He aquí que estamos reunidos

He aquí que estamos reunidos
en esta casa como en el Arca de Noé:
Blanca, Irene, María y otras muchachas,
Jorge, Eliseo, Oscar, Rafael...
Vamos a conocernos rápidamente
y a fornicar y a olvidarnos.
El buey, el tigre, la paloma, el lagarto y el asno, todos
justos bebemos, y nos pisamos y nos atropellamos
en esta hora que va a hundirse en el diluvio nocturno.
Relámpagos de alcohol cortan la obscuridad de las pupilas
y los truenos y la música se golpean entre las voces desnudas.
Gira la casa y navega hacia las horas altas.
¿Quién te tiene la mano, Magdalena, hundida en las almohadas?
¡Qué bello oficio el tuyo de desvestirte
y alumbrar la sala!
¡Haz el amor, paloma, con todo lo que sabes:
tus entrenadas manos, tu boca, tus ojos,
tu corazón experto!
He aquí la cabeza del día, Salomé,
para que bailes delante de todos los ojos en llamas.
¡Cuidado, Lesbia, no nos quites ni un pétalo de las manos!
Sube en el remolino la casa y el tiempo sube
como la harina agria. ¡Henos aquí a todos, fermentados
brotándonos por todo el cuerpo el alma!

Igual que la noche

Igual que la noche de la embriaguez,
igual fue la vida.
¿Qué hice?, ¿que tengo entre las manos?
Sólo desear, desear, desear,
ir detrás de los sueños
igual que un perro ciego ladrándole a los ruidos.

Ahora puedo hacer llover

Ahora puedo hacer llover,
enderezar las ramas torcidas,
levantar a los muertos.
Hágase la luz, digo,
y toda la ciudad se ilumina.
¡Qué fácil es ser Dios!

Yuria (1967)

Cuba 65

1

No sé, a estas alturas, cómo decir las cosas que suceden.
Soy un poco apagado, un poco triste,
un poco incrédulo y vacío.
Dejé pasar tres meses a propósito
para mirar en mí, mirarte lejos,
sano y salvo de ti, Cuba caliente.
(He aquí el primer error. No quiero atarme
a las palabras ni al ritmo.
Líbreme Dios de mí
igual que me he librado de Dios.)

Suscribo lo que dice la prensa reaccionaria del mundo.
(Así iba a empezar.)
En Cuba hay privaciones, hay escasez, no hay poitos,
no hay vestidos suntuosos ni automóviles último modelo,
hay pocas medicinas y mucho trabajo para todos.
Suscribo esto.

Quiero aclarar que no me paga un sueldo el partido comunista,
ni recibo dólares de la embajada norteamericana
(¡Qué bien la están haciendo los gringos
en Vietnan y en Santo Domingo!)
No acostumbro meterme con la poesía política
ni trato de arreglar el mundo.
Más bien soy un burgués acomodado a todo,

a la vida, a la muerte y a la desesperanza.
No tengo hábitos sanos
ni he aprendido a reír ni a conversar con nadie.

Soy un poco de todo,
y pienso que si fuera en un buque pirata
sería lo mismo el capitán que el cocinero.

2

«Hambre y sed de justicia»
¿es más que sólo el hambre y la sed?

¿De dónde un pueblo entero se aprieta la barriga
por que sí?
¿de qué raíz de rencor,
de cuánta injuria,
de cuánta revancha detenida,
de cuántos sueños postergados
surge la fuerza de hoy?

Porque es necesario decir esto:
para acabar con la Cuba socialista
hay que acabar con seis millones de cubanos,
hay que arrasar a Cuba con una guataca inmensa
o echarle encima todas las bombas atómicas y los diablos.

(Señor Presidente Johnson:
hundamos a Cuba
porque la isla de Cuba navega peligrosamente
alrededor de América.)

3

¿Quién es Fidel?, me dicen,
y yo no lo conozco.

Una noche en el malecón una muchacha que estaba conmigo
dio de gritos palmoteando: «ahí va Fidel,
ahí va Fidel», y yo vi pasar tres carros.

Otra vez, en un partido de pelota,
la gente le gritaba:
«no seas maleta, Fidel»
como quien le habla a un hermano.
«Vino Fidel y dijo...», dice el guajiro.
El obrero dice: Vino Fidel.

Yo he sacado en conclusión de todo esto
que Fidel es un duende cubano.
Tiene el don de la ubicuidad,
está en la escuela y en el campo,
en la junta de ministros y en el bohío serrano
entre las cañas y los plátanos.
En realidad, Fidel es el nombre
del viento que levanta a cada cubano.

4

Estoy harto de la palabra revolución
pero algo pasa en Cuba.

No es parto sin dolor, es parto entero,
convulso, alucinante.
Se han quebrado familias, se separan
los que no quieren ver ni ser testigos,
los lastimados y los impotentes.
¿Por qué mi tío Ramón, con sus ochenta,
quiere morir en Cuba
con hijos en Miami y otros hijos
de Colón a La Habana?
¿por qué cantan los niños
cuando van al trabajo, entre clases y clases?
(Un domingo, en Cienfuegos,
en un camión, temprano,
los vi salir al campo,
y era como si Cuba amaneciera
en sus risas y cantos.)

¿Por qué estudian América y Celeste
y otras recamareras, en el hotel, a diario?
¿por qué el libro se ha vuelto de pronto
bueno como el boniato?

Es verdad que han partido,
arando el mar, gusanos,
y hombres y mujeres han partido
y, ciertos o engañados,
violentos o perdidos o espantados,
han partido, se han ido -oscurecido-
a un porvenir que espera mutilado.

Cuba de pie, de frente,
de corazón, entera,

Cuba de pie ha quedado.

Cuba rodeada de enemigos,
Cuba sola en el mar,
Cuba ha quedado.

5

Crece difícilmente, pero crece
diáfananamente.
Es limpio este crecer,
hay algo limpio y doloroso en todo,
son los años del cambio, del ajuste,
del vivir de otro modo.

¿En dónde vi la alegría derramada
-Playa Girón sobre la sangre fresca?
Escuela de combate: pescadores,
niños nautas, pizarrón en fiesta.

Hay pueblos tristes como en todas partes,
pero el cubano tiene una madera
oscuramente alegre, una fuente de sol,
un surtidor de agua.
Escándalo y ternura al mismo tiempo,
vocífera, se llena, se derrama.

6

Haciéndose su casa, Cuba
tiene las manos limpias.
Será una casa para todos,
una casa hermosa y sencilla,
casa para el pan y el agua,
casa para el aire y la vida.

7

Un día, en Banagüises, una pequeña aldea,
sentí las gentes, sentí el campo, sentí la verdad de Cuba.
Son gentes viejas y tranquilas
(yo lloré con Ignacio, con Jabay, con Juanita)
las casas de madera y los portales amplios
(yo lloré con su paz y su melancolía).

Una calle asfaltada, orgullosa, atraviesa
el vecindario hasta la vía.
Cerca, los trenes jalan la caña
y cargan el mediodía.
Están allí como los árboles:
las mujeres, los niños, la panadería.
Tienen el suelo abajo y el sol encima.

Aquí las cosas pasan lentamente,
las ideas se comen, los alimentos se meditan,
los brazos salen de la tierra,

los yerbazales se agitan,
un perro de piedra corre en las calles
y corre un pozo de agua bendita.
Un joven muerto es un obelisco
y el aire es el sueño de una muchacha bonita.

Banagüises, que llevó mi padre
en el pecho como una reliquia,
es un pueblo joven y viejo
de esta nueva Cuba tan antigua.

8

Quiero decir que ya estaba Martí
en estas trincheras; que a su lado estaban
todos estos;
Camilo Cienfuegos tiene cien años
y cien años tiene
cada muchacho de la universidad.
(¡Es tan duro este pelear y este morir y
este renacer y este pelear por la libertad!)

Ya estaban todos los que están ahora.
Ya estarán multiplicados mañana
porque la levadura de la justicia es buena
y sólo quieren vivir en paz.

El jovencito de la metralleta,
la muchacha del uniforme,
el niño que se cubre con el cuaderno,
el viejo que grita en el juego de pelota,

los estibadores y los panaderos,
hasta los poetas, Dios mío,
sólo quieren vivir en paz.

Los que murieron en las calles
también quieren vivir en paz.

9

Es necesario detenerse frente al mar.

El mar oscuro es del dolor de Miriam,
tiene su mismo oleaje y su claridad.

En las playas del pueblo sentí que era sencillo,
enormemente sencillo, amar.

La arena, el viento,
los árboles, los hombres,
todos se pueden juntar.

¡Cuba, vamos a pelear
para vivir en paz!

Espero curarme de ti

ESPERO CURARME DE TI en unos días. Debo dejar de fumarte, de beberte, de pensarte. Es posible. Siguiendo las prescripciones de la moral en turno. Me receto tiempo, abstinencia, soledad.

¿Te parece bien que te quiera nada más una semana? No es mucho, ni es poco, es bastante. En una semana se puede reunir todas las palabras de amor que se han pronunciado sobre la tierra y se les puede prender fuego. Te voy a calentar con esa hoguera del amor quemado. Y también el silencio. Porque las mejores palabras del amor están entre dos gentes que no se dicen nada.

Hay que quemar también ese otro lenguaje lateral y subversivo del que ama. (Tú sabes cómo te digo que te quiero cuando digo: "que calor hace", "dame agua", "¿sabes manejar?", "se te hizo de noche"...Entre las gentes, a un lado de tus gentes y las mías, te he dicho "ya es tarde", y tú sabías que decía "te quiero".)

Una semana más para reunir todo el amor del tiempo. Para dártelo. Para que hagas con él lo que tú quieras: guardarlo, acariciarlo, tirarlo a la basura. No sirve, es cierto. Sólo quiero una semana para entender las cosas. Porque esto es muy parecido a estar saliendo de un manicomio para entrar a un panteón.

Qué costumbre tan salvaje

¡QUE COSTUMBRE TAN SALVAJE esta de enterrar a los muertos! ¡de matarlos, de aniquilarlos, de borrarlos de la tierra! Es tratarlos alevosamente, es negarles la posibilidad de revivir.

Yo siempre estoy esperando a que los muertos se levanten, que rompan el ataúd y digan alegremente: ¿por qué lloras?

Por eso me sobrecoge el entierro. Aseguran las tapas de la caja, la introducen, le ponen lajas encima, y luego tierra, tras, tras, tras, paletada tras paletada, terrones, polvo, piedras, apisonando, amacizando, ahí te quedas, de aquí no sales.

Me dan risa, luego, las coronas, las flores, el llanto, los besos derramados. Es una burla: ¿para qué lo enterraron?, ¿por qué no lo dejaron fuera hasta secarse, hasta que nos hablaran sus huesos de su muerte? ¿O por qué no quemarlo, o darlo a los animales, o tirarlos a un río?

Había de tener una casa de reposo para los muertos, ventilada, limpia, con música y con agua corriente. Lo menos dos o tres, cada día, se levantarían a vivir.

Cuando tengas ganas de morirte

Cuando tengas ganas de morirte
esconde la cabeza bajo la almohada
y cuenta cuatro mil borregos.

Quédate dos días sin comer
y veras que hermosa es la vida:
carne, frijoles, pan.

Quédate sin mujer: verás.
Cuando tengas ganas de morirte
no alborotes tanto: muérete y ya.

Te quiero porque tienes...

Te quiero porque tienes las partes de la mujer
en el lugar preciso
y estás completa. No te falta ni un pétalo,
ni un olor, ni una sombra.
Colocada en tu alma,
dispuesta a ser rocío en la yerba del mundo,
leche de luna en las oscuras hojas.

Quizás me ves,
tal vez, acaso un día,
en una lámpara apagada,
en un rincón del cuarto donde duermes,
soy una mancha, un punto en la pared, alguna raya
que tus ojos, sin ti, se quedan viendo.
Quizás me reconoces
como una hora antigua
cuando a solas preguntas, te interrogas
con el cuerpo cerrado y sin respuesta.
Soy una cicatriz que ya no existe,
un beso ya lavado por el tiempo,
un amor y otro amor que ya enterraste.
Pero estás en mis manos y me tienes
y en tus manos estoy, brasa, ceniza,
para secar tus lágrimas que lloro.

¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras
me dirás que te amo? Esto es urgente
porque la eternidad se nos acaba.

Recoge mi cabeza. Guarda el brazo
con que amé tu cintura. No me dejes
en medio de tu sangre en esa toalla.

El mediodía en la calle

El mediodía en la calle, atropellando ángeles,
violento, desgarrado;
gentes envenenadas lentamente
por el trabajo, el aire, los motores;
árboles empeñados en recoger su sombra,
ríos domesticados, panteones y jardines
transmitiendo programas musicales.
¿Cuál hormiga soy yo de estas que piso?
¿qué palabras en vuelo me levantan?

«Lo mejor de la escuela es el recreo»,
dice Judit, y pienso:
¿cuándo la vida me dará un recreo?
¡Carajo! Estoy cansado. Necesito
morirme siquiera una semana.

Esta mañana imaginé mi muerte

Esta mañana imaginé mi muerte
despeñado en el coche o de un balazo.
Me tuve lástima. Lloré por mi cadáver un buen rato.
Hablé luego de vacas, del gobierno,
de lo caro que está la vida,
y me sentí mejor, un poco bueno.

Pétalos quemados

PÉTALOS QUEMADOS,
viejo aroma que vuelve de repente,
un rostro amado, solo, entre las sombras,
algún cadáver de uno levantándose
del polvo, de alguna abandonada soledad
que estaba aquí en nosotros:
esta tarde tan triste, tan triste, tan triste.

Si te sacas los ojos y los lavas
en el agua purísima del llanto,
¿por qué no el corazón
ponerlo al aire, al sol, un rato?

Cuando estuve en el mar

Cuando estuve en el mar era marino
este dolor sin prisas.
Dame ahora tu boca:
me la quiero comer con tu sonrisa.

Cuando estuve en el cielo era celeste
este dolor urgente.
Dame ahora tu alma:
quiero clavarle el diente.

No me des nada, amor, no me des nada:
yo te tomo en el viento,
te tomo del arroyo de la sombra,
del giro de la luz y del silencio,

de la piel de las cosas

y de la sangre con que subo al tiempo.
Tú eres un surtidor aunque no quieras
y yo soy el sediento.

No me hables, si quieres, no me toques,
no me conozcas más, yo ya no existo.
Yo soy sólo la vida que te acosa
y tú eres la muerte que resisto.

Me dueles

Me dueles.
Mansamente, insoportablemente, me dueles.
Toma mi cabeza, córtame el cuello.
Nada queda de mí después de este amor.

Entre los escombros de mi alma búscame,
escúchame.
En algún sitio mi voz, sobrevive, llama,
pite tu asombro,
tu iluminado silencio.

Atravesando muros, atmósferas, edades,
tu rostro (tu rostro que parece que fuera cierto)
viene desde la muerte, desde antes
del primer día que despertara al mundo.

¡Qué claridad tu rostro, qué ternura
de luz ensimismada,
qué dibujos de miel sobre hojas de agua!

Amo tus ojos, amo, amo tus ojos.
Soy como el hijo de tus ojos,
como una gota de tus ojos soy.

Levántame. De entre tus pies levántame, recógeme,
del suelo, de la sombra que pisas,
del rincón de tu cuarto que nunca ves en sueños.
Levántame. Porque he caído de tus manos
y quiero vivir, vivir, vivir.

Canonicemos a las putas...

Canonicemos a las putas. Santoral del sábado: Bety, Lola, Margot, vírgenes perpetuas, reconstruidas, mártires provisorias llena de gracia, manantiales de generosidad.

Das el placer, oh puta redentora del mundo, y nada pides a cambio sino unas monedas miserables. No exiges ser amada, respetada, atendida, ni imitas a las esposas con los lloriqueos, las reconvenciones y los celos. No obligas a nadie a la despedida ni a la reconciliación; no chupas la sangre ni el tiempo; eres limpia de culpa; recibes en tu seno a los pecadores, escuchas las palabras y los sueños, sonríes y besas. Eres paciente, experta, atribulada, sabia, sin rencor.

No engañas a nadie, eres honesta, íntegra, perfecta; anticipas tu precio, te enseñas; no discriminas a los viejos, a los criminales, a los tontos, a los de otro color; soportas las agresiones del orgullo, las asechanzas de los enfermos; alivias a los impotentes, estimulas a los tímidos, complaces a los hartos, encuentras la fórmula de los desencantados. Eres la confidente del borracho, el refugio del perseguido, el lecho del que no tiene reposo.

Has educado tu boca y tus manos, tus músculo y tu piel, tus vísceras y tu alma. sabes vestir y desvestirte, acostarte, moverte. Eres precisa en el ritmo, exacta en el gemido, dócil a las maneras del amor.

Eres libertad y el equilibrio; no sujetas ni detienes a nadie; no sometes a los recuerdos de a la espera. Eres pura presencia, fluidez, perpetuidad.

En el lugar en que oficias a la verdad y a la belleza de la vida, ya sea el burdel elegante, la casa discreta o el camastro de la pobreza, eres lo mismo que una lámpara y un vaso de agua y un pan.

Oh puta amiga, amante, amada, recodo de este día de siempre, te reconozco, te canonizo a un lado de los hipócritas y los perversos, te doy todo mi dinero, te coronó con hojas de yerba y me dispongo a aprender de ti todo el tiempo.

Autonecrológia V

Te quiero porque tienes las partes de la mujer
en el lugar preciso
y estás completa. No te falta ni un pétalo,
ni un olor, ni una sombra.
Colocada en tu alma,
dispuesta a ser rocío en la yerba del mundo,
leche de luna en las oscuras hojas.

Quizás me ves,
tal vez, acaso un día,
en una lámpara apagada,
en un rincón del cuarto donde duermes,
soy la mancha, un punto en la pared, alguna raya
que tus ojos, sin ti, se quedan viendo.
Quizás me reconoces
como una hora antigua
cuando a solas preguntas, te interrogas
con el cuerpo cerrado y sin respuesta.
Soy una cicatriz que ya no existe,
un beso ya lavado por el tiempo,
un amor y otro amor que ya enterraste.
Pero estás en mis manos y me tienes

y en tus manos estoy, brasa, ceniza,
para secar tus lágrimas que lloro.

¿En qué lugar, en dónde, a qué deshoras
me dirás que te amo? Esto es urgente
porque la eternidad se nos acaba.

Recoge mi cabeza. Guarda el brazo
con que amé tu cintura. No me dejes
en medio de tu sangre en esa toalla.

Autonecrológia VI

El mediodía en la calle, atropellando ángeles,
violento, desgarrado;
gentes envenenadas lentamente
por el trabajo, el aire, los motores;
árboles empeñados en recoger su sombra,
ríos domesticados, panteones y jardines
transmitiendo programas musicales.
¿Cuál hormiga soy yo de estas que piso?
¿qué palabras en vuelo me levantan?

"Lo mejor de la escuela es el recreo",
dice Judit, y pienso:
¿cuándo la vida me dará un recreo?
¡Carajo! Estoy cansado. Necesito
morirme siquiera una semana.

Soy mi cuerpo

SOY MI CUERPO. Y mi cuerpo está triste, está cansado. Me dispongo a dormir una semana, un mes; no me hablen.

Que cuando abra los ojos hayan crecido los niños y todas las cosas sonrían.

Quiero dejar de pisar con los pies desnudos el frío. Échenme encima todo lo que tenga calor, las sábanas, las mantas, algunos papeles y recuerdos, y cierren todas las puertas para que no se vaya mi soledad.

Quiero dormir un mes, un año, dormirme. Y si hablo dormido no me hagan caso, si digo algún nombre, si me quejo. Quiero que hagan de cuenta que estoy enterrado, y que ustedes no pueden hacer nada hasta el día de la resurrección.

Ahora quiero dormir un año, nada más dormir.

Me preocupa el televisor

Me preocupa el televisor. Da imágenes distorsionadas últimamente. Las caras se alargan de manera ridícula, o se acortan, tiemblan indistintamente, hasta volverse un juego monstruoso de rostros inventados, rayas, luces y sombras como en una pesadilla. Se oyen palabras claramente, la música, los efectos de sonido, pero no corresponden a la realidad, se atrasan, se anticipan, se montan sobre los gestos que uno adivina.

Me dicen que un técnico lo arreglaría en dos o tres días, pero yo me resisto. No quiero la violencia: le meterían las manos, le quitarían las

partes, le harían injertos ominosos, trasplantes arriesgados y no siempre efectivos. No volvería a ser el mismo.

Ojalá supere esta crisis. Porque lo que tiene es una fiebre tremenda, un dolor de cabeza, una náusea horrible, que lo hacen soñar estas cosas que vemos.

Para hacer funcionar a las estrellas

Para hacer funcionar a las estrellas es necesario apretar el botón azul.

Las rosas están insoportables en el florero.

¿Por qué me levanto a las tres de la mañana mientras todos duermen?
¿Mi corazón sonámbulo se pone a andar sobre las azoteas detectando los crímenes, investigando el amor?

Tengo todas las páginas para escribir, tengo el silencio, la soledad, el amoroso insomnio; pero sólo hay temblores subterráneos, hojas de angustia que aplasta una serpiente en sombra. No hay nada que decir: es el presagio, sólo el presagio de nuestro nacimiento.

Pensándolo bien...

Me dicen que debo hacer ejercicio para adelgazar,
que alrededor de los 50's son muy peligrosos la grasa y el cigarro,
que hay que conservar la figura
y dar la batalla al tiempo, a la vejez.

Expertos bien intencionados y médicos amigos
me recomiendan dietas y sistemas

para prolongar la vida unos años más.
Lo agradezco de todo corazón
pero me río de tan vanas recetas y tan escaso afán.
La muerte también ríe de todas esas cosas.

La única recomendación que considero seriamente
Es la de llevar una mujer joven a la cama
Porque a estas alturas, la juventud
Solo puede llegarme por contagio.

Cantemos al dinero

con el espíritu de la navidad cristiana.
No hay nada mas limpio que el dinero,
ni mas generoso, ni mas fuerte.
El dinero abre todas las puertas;
es la llave de la vida jocunda,
la vara del milagro,
el instrumento de la resurrección.
Te da lo necesario y lo innecesario,
el pan y la alegría.
Si tu mujer esta enferma puedes curarla,
si es una bestia puedes pagar para que la maten.
El dinero te lava las manos
de la injusticia y el crimen,
te aparta del trabajo, te absuelve de vivir.
Puedes ser como eres con el dinero en la bolsa,
el dinero es la libertad.
Si quieres una mujer y otra y otra, cómpralas,
si quieres una isla, cómprala.
si quieres una multitud, cómprala.
(Es el verbo mas limpio de la lengua: comprar.)
Yo tengo dinero quiere decir que me tengo.
Soy mío y soy tuyo
en este maravilloso mundo sin resistencias.

Dar dinero es dar amor.

¡Aleluya, creyentes,
uníos en la adoración del calumniado becerro de oro y que las
hermosas ubres de su madre nos amamanten!

Multiempo (1972)

Doña Luz xvii

Lloverás en el tiempo de lluvia,
harás calor en el verano,
harás frío en el atardecer.
Volverás a morir otras mil veces.

Florecerás cuando todo florezca.
No eres nada, nadie, madre.

De nosotros quedará la misma huella,
la semilla del viento en el agua,
el esqueleto de las hojas en la tierra.
Sobre las rocas, el tatuaje de las sombras,
en el corazón de los árboles la palabra amor.

No somos nada, nadie, madre.
Es inútil vivir
pero es más inútil morir.

Doña Luz xxi

La casa me protege del frío nocturno, del sol del mediodía,
de los árboles derribados, del viento de los huracanes,
de las asechanzas del rayo, de los ríos desbordados,
de los hombres y de las fieras.

Pero la casa no me protege de la muerte. ¿Por qué
rendija se cuela el aire de la muerte? ¿Qué hongo de las
paredes, qué sustancia ascendente del corazón de la tierra

es la muerte?

¿Quién me untó la muerte en la planta de los pies el día de mi nacimiento?

Tlaltelolco 68

1

Nadie sabe el número exacto de los muertos,
ni siquiera los asesinos,
ni siquiera el criminal.
(Ciertamente, ya llegó a la historia
este hombre pequeño por todas partes,
incapaz de todo menos del rencor.)

Tlaltelolco será mencionado en los años que vienen
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,
pero esto fue peor,
aquí han matado al pueblo;
no eran obreros parapetados en la huelga,
eran mujeres y niños, estudiantes,
jovencitos de quince años,
una muchacha que iba al cine,
una criatura en el vientre de su madre,
todos barridos, certeramente acribillados
por la metralla del Orden y Justicia Social.

A los tres días, el ejército era la víctima de los desalmados,
y el pueblo se aprestaba jubiloso
a celebrar las Olimpiadas, que darían gloria a México.

2

El crimen está allí,
cubierto de hojas de periódicos,
con televisores, con radios, con banderas olímpicas.

El aire denso, inmóvil,
el terror, la ignominia.
alrededor las voces, el tránsito, la vida.
Y el crimen está allí.

3

Habría que lavar no sólo el piso; la memoria.
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,
asesinar también a los deudos,
que nadie llore, que no haya más testigos.
Pero la sangre echa raíces
y crece como un árbol en el tiempo.
La sangre en el cemento, en las paredes,
en una enredadera: nos salpica,
nos moja de vergüenza, de vergüenza, de vergüenza.

La bocas de los muertos nos escupen
una perpetua sangre quieta.

4

Confiaremos en la mala memoria de la gente,
ordenaremos los restos,
perdonaremos a los sobrevivientes,
daremos libertad a los encarcelados,
seremos generosos, magnánimos y prudentes.

Nos han metido las ideas exóticas como una lavativa,
pero instauramos la paz,
consolidamos las instituciones;
los comerciantes están con nosotros,
los banqueros, los políticos auténticamente mexicanos,
los colegios particulares,
las personas respetables.
Hemos destruido la conjura,
aumentamos nuestro poder:
ya no nos caeremos de la cama
porque tendremos dulces sueños.

Tenemos Secretarios de Estado capaces
de transformar la mierda en esencias aromáticas,
diputados y senadores alquimistas,
líderes inefables, chulísimos,
un tropel de putos espirituales
enarbolando nuestra bandera gallardamente.

Aquí no ha pasado nada.
Comienza nuestro reino.

5

En las planchas de la Delegación están los cadáveres.
Semidesnudos, fríos, agujereados,

algunos con el rostro de un muerto.
Afuera, la gente se amontona, se impacienta,
espera no encontrar el suyo:
"Vaya usted a buscar a otra parte."

6

La juventud es el tema
dentro de la Revolución.
El gobierno apadrina a los héroes.
El peso mexicano está firme
y el desarrollo del país es ascendente.
Siguen las tiras cómicas y los bandidos en la televisión.
hemos demostrado al mundo que somos capaces,
respetuosos, hospitalarios, sensibles
(¡Qué Olimpiada maravillosa!),
y ahora vamos a seguir con el "Metro"
porque el progreso no puede detenerse.

La mujeres, de rosa,
los hombres, de azul cielo,
desfilan los mexicanos en la unidad gloriosa
que constituye la patria de nuestros sueños.

Como Pájaros Perdidos

I

La canción no es el canto. Al canto lo conocen los mudos.

II

Creíste que podrías burlar a tu destino? El mar arroja los ahogados prematuros y la muerte no abre sus puertas sino a la hora precisa.

Tu cadáver te ha de alcanzar, no tengas cuidado.

III

Tengo hambre. Es necesario que me ponga a ayunar.

VII

Te dicen descuidado por que están acostumbrados a los jardines, no a la selva.

IX.

En la tarde quieta las sombras de los árboles juegan a esconderse. En mi corazón juegan las penas, los sueños, los deseos.

X

Se tiró a bucear en lo profundo del lago y andaba a tientas entre las algas y los peces, mientras arriba el viento, cómplice del sol, se llevaba doradas monedas hacia el campo.

XII

El secreto de Dios:
Acercó sus labios a mi oído
y no me dijo nada.

XIII

Por el ojo de la llave no vas a ver nada en el cuarto a oscuras. Tira la puerta!

XIV

El piquete de una mariposa es más peligroso, mucho más que el de una víbora.

XVI

Estoy harto de los poetas y de las quinceañeras. Siempre están ensayando su vals de presentación en sociedad.

XVII

El ratón se quejaba en su agujero: No me importa comer trigo, migajas de pan o granos de maíz lo que no soporto del mundo es esta opresión y esta oscuridad.

XIX

Como ahora no hay maestros ni alumnos, el alumno preguntó a la pared: ¿qué es la sabiduría? Y la pared se hizo transparente.

XXI

En el capullo de tu ausencia crece mi corazón. Larva de ti?

XXV

Con el calor han reventado las moscas. Hay un zumbido de pétalos negros, insistentes picaduras al aire, pieles enmelazadas, horas lentas y torpes en el mismo lugar. Las moscas dan calor, gotas negras y quietas de calor. Entre miles de patas revienta el calor.

XXVI

Se puso a desprender, una tras otra las capas de la cebolla, y decía: He de encontrar la verdadera cebolla, he de encontrarla!

XXXIII

Derribé la pared más oculta de tu alma y fui a dar al patio de un alma vecina. Derribé otras paredes y siempre encontré acute; con que detrás

de un alma hay otras, muchas almas. Por eso pienso que las almas no existen.

XXXVI

La policía irrumpió en la casa y atrapó a los participantes de aquella fiesta. Se los llevó a la cárcel por lujuriosos y perversos. Era natural. La policía no puede irrumpir en las calles y acabar con otros escándalos, como el de la miseria.

XXXVII

Cual es la diferencia entre los dos o tres días de la mosca y los doscientos años de la tortuga?

XXXVIII

El infame despertador, estrellado sobre la pared, hecho pedazos, repiquetea todavía, brinca de un lado a otro, gozoso, perverso, vengativo.

He repartido

HE REPARTIDO mi vida inútilmente entre el amor y el deseo, la queja de la muerte, el lamento de la soledad. Me aparté de los pensamientos profundos, y he agredido a mi cuerpo con los excesos y he ofendido a mi alma con la negación.

Me he sentido culpable de derrochar la vida y no he querido quedarme en casa a atesorarla. Tuve miedo del fuego y me incineré. Amaba las páginas de un libro y corría a la calle a aturdirme. Todo ha sido superficial y vacío. No tuve odio sino amargura, nunca rencor sino desencanto. Lo esperé todo de los hombre y todo lo obtuve. Sólo de mí no he sacado nada: en esto me parezco a las tumbas.

¿Pude haber vivido de otro modo? Si pudiera recomenzar, ¿lo haría?

Algo Sobre la Muerte del Mayor Sabines (1973)

Primera Parte

I

Déjame reposar,
aflojar los músculos del corazón
y poner a dormitar el alma
para poder hablar,
para poder recordar estos días,
los más largos del tiempo.

Convalecemos de la angustia apenas
y estamos débiles, asustadizos,
despertando dos o tres veces de nuestro escaso sueño
para verte en la noche y saber que respiras.
Necesitamos despertar para estar más despiertos
en esta pesadilla llena de gentes y de ruidos.

Tú eres el tronco invulnerable y nosotros las ramas,
por eso es que este hachazo nos sacude.
Nunca frente a tu muerte nos paramos
a pensar en la muerte,
ni te hemos visto nunca sino como la fuerza y la
alegría.
No lo sabemos bien, pero de pronto llega
un incesante aviso,
una escapada espada de la boca de Dios
que cae y cae y cae lentamente.
Y he aquí que temblamos de miedo,
que nos ahoga el llanto contenido,
que nos aprieta la garganta el miedo.

Nos echamos a andar y no paramos
de andar jamás, después de medianoche,
en ese pasillo del sanatorio silencioso
donde hay una enfermera despierta de ángel.
Esperar que murieras era morir despacio,
estar goteando del tubo de la muerte,
morir poco, a pedazos.

No ha habido hora más larga que cuando no
dormías,
ni túnel más espeso de horror y de miseria
que el que llenaban tus lamentos,
tu pobre cuerpo herido.

II

Del mar, también del mar,
de la tela del mar que nos envuelve,
de los golpes del mar y de su boca,
de su vagina oscura,
de su vómito,
de su pureza tétrica y profunda,
vienen la muerte, Dios, el aguacero
golpeando las persianas,
la noche, el viento.

De la tierra también,
de las raíces agudas de las casas,
del pie desnudo y sangrante de los árboles,
de algunas rocas viejas que no pueden moverse,
de lamentables charcos, ataúdes del agua,
de troncos derribados en que ahora duerme el rayo,
y de la yerba, que es la sombra de las ramas del cielo,
viene Dios, el manco de cien manos,
ciego de tantos ojos,

dulcísimo, impotente.
(Omniausente, lleno de amor,
el viejo sordo, sin hijos,
derrama su corazón en la copa de su vientre.)

De los huesos también,
de la sal más entera de la sangre,
del ácido más fiel,
del alma más profunda y verdadera,
del alimento más entusiasmado,
del hígado y del llanto,
viene el oleaje tenso de la muerte,
el frío sudor de la esperanza,
y viene Dios riendo.

Caminan los libros a la hoguera.
Se levanta el telón: aparece el mar.

(Yo no soy el autor del mar.)

III

Siete caídas sufrió el elote de mi mano
antes de que mi hambre lo encontrara,
siete veces mil veces he muerto
y estoy risueño como en el primer día.
Nadie dirá: no supo de la vida
más que los bueyes, ni menos que las golondrinas.
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel del perro,
hijo de Dios desmemoriado,
hermano del viento.
¡A la chingada las lágrimas!, dije,
y me puse a llorar
como se ponen a parir.
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las piedras,
las mujeres, el tiempo,

me gusta pisar la yerba que crecerá sobre mi tumba
(si es que tengo una tumba algún día).
Me gusta mi rosal de cera
en el jardín que la noche visita.
Me gustan mis abuelos de Totomoste
y me gustan mis zapatos vacíos
esperándome como el día de mañana.
¡A la chingada la muerte!, dije,
sombra de mi sueño,
perversión de los ángeles,
y me entregué a morir
como una piedra al río,
como un disparo al vuelo de los pájaros.

IV

Vamos a hablar del Príncipe Cáncer,
Señor de los Pulmones, Varón de la Próstata,
que se divierte arrojando dardos
a los ovarios tersos, a las vaginas mustias,
a las ingles multitudinarias.

Mi padre tiene el ganglio más hermoso del cáncer
en la raíz del cuello, sobre la subclavia,
tubérculo del bueno de Dios,
ampolleta de la buena muerte,
y yo mando a la chingada a todos los soles del mundo.
El Señor Cáncer, El Señor Pendejo,
es sólo un instrumento en las manos oscuras
de los dulces personajes que hacen la vida.

En las cuatro gavetas del archivero de madera
guardo los nombres queridos,
la ropa de los fantasmas familiares,
las palabras que rondan

y mis pieles sucesivas.

También están los rostros de algunas mujeres
los ojos amados y solos
y el beso casto del coito.
Y de las gavetas salen mis hijos.
¡Bien haya la sombra del árbol
llegando a la tierra,
porque es la luz que llega!

V

De las nueve de la noche en adelante,
viendo televisión y conversando
estoy esperando la muerte de mi padre.
Desde hace tres meses, esperando.
En el trabajo y en la borrachera,
en la cama sin nadie y en el cuarto de niños,
en su dolor tan lleno y derramado,
su no dormir, su queja y su protesta,
en el tanque de oxígeno y las muelas
del día que amanece, buscando la esperanza.

Mirando su cadáver en los huesos
que es ahora mi padre,
e introduciendo agujas en las escasas venas,
tratando de meterle la vida, de soplarle
en la boca el aire...

(Me avergüenzo de mí hasta los pelos
por tratar de escribir estas cosas.
¡Maldito el que crea que esto es un poema!)

Quiero decir que no soy enfermero,
padrote de la muerte,
orador de panteones, alcahuete,

pinche de Dios, sacerdote de penas.
Quiero decir que a mí me sobre el aire...

VI

Te enterramos ayer.
Ayer te enterramos.
Te echamos tierra ayer.
Quedaste en la tierra ayer.
Estás rodeado de tierra
desde ayer.
Arriba y abajo y a los lados
por tus pies y por tu cabeza
está la tierra desde ayer.
Te metimos en la tierra,
te tapamos con tierra ayer.
Pertenece a la tierra
desde ayer.
Ayer te enterramos
en la tierra, ayer.

VII

Madre generosa
de todos los muertos,
madre tierra, madre,
vagina del frío,
brazos de intemperie,
regazo del viento,
nido de la noche,
madre de la muerte,
recógelo, abrígalo,
desnúdalo, tómalo,
guárdalo, acábalo.

VIII

No podrás morir.
Debajo de la tierra
no podrás morir.
Sin agua y sin aire
no podrás morir.
Sin azúcar, sin leche,
sin frijoles, sin carne,
sin harina, sin higos,
no podrás morir.
Sin mujer y sin hijos
no podrás morir.
Debajo de la vida
no podrás morir.
En tu tanque de tierra
no podrás morir.
En tu caja de muerto
no podrás morir.
En tus venas sin sangre
no podrás morir.
En tu pecho vacío
no podrás morir.
En tu boca sin fuego
no podrás morir.
En tus ojos sin nadie
no podrás morir.
En tu carne sin llanto
no podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.
No podrás morir.
Enterramos tu traje,
tus zapatos, el cáncer;
no podrás morir.
Tu silencio enterramos.
Tu cuerpo con candados.

Tus canas finas,
tu dolor clausurado.
No podrás morir.

IX

Te fuiste no sé a dónde.
Te espera tu cuarto.
Mi mamá, Juan y Jorge
te estamos esperando.
Nos han dado abrazos
de condolencia, y recibimos
cartas, telegramas, noticias
de que te enterramos,
pero tu nieta más pequeña
te busca en el cuarto,
y todos, sin decirlo,
te estamos esperando.

X

Es un mal sueño largo,
una tonta película de espanto,
un túnel que no acaba
lleno de piedras y de charcos.
¡Qué tiempo éste, maldito,
que revuelve las horas y los años,
el sueño y la conciencia,
el ojo abierto y el morir despacio!

XI

Recién parido en el lecho de la muerte,
criatura de la paz, inmóvil, tierno,

recién niño del sol de rostro negro,
arrullado en la cuna del silencio,
mamando obscuridad, boca vacía,
ojo apagado, corazón desierto.

Pulmón sin aire, niño mío, viejo,
cielo enterrado y manantial aéreo
voy a volverme un llanto subterráneo
para echarte mis ojos en tu pecho.

XII

Morir es retirarse, hacerse a un lado,
ocultarse un momento, estarse quieto,
pasar el aire de una orilla a nado
y estar en todas partes en secreto.

Morir es olvidar, ser olvidado,
refugiarse desnudo en el discreto
calor de Dios, y en su cerrado
puño, crecer igual que un feto.

Morir es encenderse bocabajo
hacia el humo y el hueso y la caliza
y hacerse tierra y tierra con trabajo.

Apagarse es morir, lento y aprisa
tomar la eternidad como a destajo
y repartir el alma en la ceniza.

XIII

Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,

saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!

XIV

No se ha roto ese vaso en que bebiste,
ni la taza, ni el tubo, ni tu plato.
Ni se quemó la cama en que moriste,
ni sacrificamos un gato.

Te sobrevive todo. Todo existe
a pesar de tu muerte y de mi flato.
Parece que la vida nos embiste
igual que el cáncer sobre tu omoplato.

Te enterramos, te lloramos, te morimos,
te estás bien muerto y bien jodido y yermo
mientras pensamos en lo que no hicimos

y queremos tenerte aunque sea enfermo.
Nada de lo que fuiste, fuiste y fuimos
a no ser habitantes de tu infierno.

XV

Papá por treinta o por cuarenta años,
amigo de mi vida todo el tiempo,
protector de mi miedo, brazo mío,
palabra clara, corazón resuelto,

te has muerto cuando menos falta hacías,
cuando más falta me haces, padre, abuelo,
hijo y hermano mío, esponja de mi sangre,
pañuelo de mis ojos, almohada de mi sueño.

Te has muerto y me has matado un poco.
Porque no estás, ya no estaremos nunca
completos, en un sitio, de algún modo.

Algo le falta al mundo, y tú te has puesto
a empobrecerlo más, y a hacer a solas
tus gentes tristes y tu Dios contento.

XVI

(Noviembre 27)

¿Será posible que abras los ojos y nos veas
ahora?

¿Podrás oírnos?

¿Podrás sacar tus manos un momento?

Estamos a tu lado. Es nuestra fiesta,
tu cumpleaños, viejo.

Tu mujer y tus hijos, tus nueras y tus nietos
venimos a abrazarte, todos, viejo.

¡Tienes que estar oyendo!

No vayas a llorar como nosotros
porque tu muerte no es sino un pretexto

para llorar por todos,
por los que están viviendo.
Una pared caída nos separa,
sólo el cuerpo de Dios, sólo su cuerpo.

XVII

Me acostumbré a guardarte, a llevarte lo mismo
que lleva uno su brazo, su cuerpo, su cabeza.
No eras distinto a mí, ni eras lo mismo.
Eras, cuando estoy triste, mi tristeza.

Eras, cuando caía, eras mi abismo,
cuando me levantaba, mi fortaleza.
Eras brisa y sudor y cataclismo,
y eras el pan caliente sobre la mesa.

Amputado de ti, a medias hecho
hombre o sombra de ti, sólo tu hijo,
desmantelada el alma, abierto el pecho,

Ofrezco a tu dolor un crucifijo:
te doy un palo, una piedra, un helecho,
mis hijos y mis días, y me aflijo.

Segunda Parte

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos,
poco a poco te acabas.
Yo te he ido mirando a través de las noches
por encima del mármol, en tu pequeña casa.

Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas,
otro día sin garganta,
la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose,
tronchando obscuramente el trigal de tus canas.
Todo tú sumergido en humedad y gases
haciendo tus desechos, tu desorden, tu alma,
cada vez más igual tu carne que tu traje,
más madera tus huesos y más huesos las tablas.
Tierra mojada donde había tu boca,
aire podrido, luz aniquilada,
el silencio tendido a todo tu tamaño
germinando burbujas bajo las hojas de agua.
(Flores dominicales a dos metros arriba
te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan
tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.
Lumbre enterrada y sola, pabilo de la sombra,
veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte "padre mío"
y es tan difícil encontrarte, larva
de Dios, semilla de esperanza!

Quiero llorar a veces, y no quiero
llorar porque me pasas
como un derrumbe, porque pasas
como un viento tremendo, como un escalofrío
debajo de las sábanas,
como un gusano lento a lo largo del alma.

¡Si sólo se pudiera decir: "papá, cebolla,
polvo, cansancio, nada, nada, nada"
!Si con un trago te tragara!

¡Si con este dolor te apuñalara!
¡Si con este desvelo de memorias
-herida abierta, vómito de sangre-
te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,
ni un par de valvas,
ni un becerro de cobre, ni unas alas

sosteniendo la muerte, ni la espuma
en que naufraga el mar, ni -no- las playas,
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,
ni el árbol que es abuelo de su sombra,
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,
ni la fruta madura, incandescente,
ni la raíz de perlas y de escamas,
ni tío, ni tu chozno, ni tu hipo,
ni mi locura, y ni tus espaldas,
sabrán del tiempo obscuro que nos corre
desde las venas tibias a las canas.

(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,
caracol recordando la resaca.)

He aquí que todo viene, todo pasa,
todo, todo se acaba.
¿Pero tú? ¿pero yo? ¿pero nosotros?
¿para qué levantamos la palabra?
¿de qué sirvió el amor?
¿cuál era la muralla
que detenía la muerte? ¿dónde estaba
el niño negro de tu guarda?

Ángeles degollados puse al pie de tu caja,
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.
Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.
Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias
-cedro del Líbano, robledal de Chiapas-
te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz oscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?
¿qué subterránea voz no pronunciada?
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito
de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir? ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos

los jugos en la cáscara?
¿para exprimir los ojos noche
a noche en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?
¿morir para pescar?
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marca de sombras sube y baja.

V

Mi madre sola, en su vejez hundida,
sin dolor y sin lástima,
herida de tu muerte y de tu vida.

Esto dejaste. Su pasión enhiesta,
su celo firme, su labor sombría.
Árbol frutal a un paso de la leña,
su curvo sueño que te resucita.
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y si golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas
el pelo o la camisa,
nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna
el polvo de oro de la vida.

Otros Poemas Suelos (1973-1994)

El peatón

Se dice, se rumora, afirman en los salones, en las fiestas, alguien o algunos enterados, que Jaime Sabines es un gran poeta. O cuando menos un buen poeta. O un poeta decente, valioso. O simplemente, pero realmente, un poeta.

Le llega la noticia a Jaime y éste se alegra: ¡qué maravilla! ¡Soy un poeta! ¡Soy un poeta importante! ¡Soy un gran poeta!

Convencido, sale a la calle, o llega a la casa, convencido. Pero en la calle nadie, y en la casa menos: nadie se da cuenta de que es un poeta. ¿Por qué los poetas no tienen una estrella en la frente, o un resplandor visible, o un rayo que les salga de las orejas?

¡Dios mío!, dice Jaime. Tengo que ser papá o marido, o trabajar en la fábrica como otro cualquiera, o andar, como cualquiera, de peatón.

¡Eso es!, dice Jaime. No soy un poeta: soy un peatón.

Y esta vez se queda echado en la cama con una alegría dulce y tranquila.

La luna

La luna se puede tomar a cucharadas
o como una cápsula cada dos horas.
Es buena como hipnótico y sedante
y también alivia
a los que se han intoxicado de filosofía
Un pedazo de luna en el bolsillo
es el mejor amuleto que la pata de conejo:
sirve para encontrar a quien se ama,
y para alejar a los médicos y las clínicas.
Se puede dar de postre a los niños
cuando no se han dormido,
y unas gotas de luna en los ojos de los ancianos
ayudan a bien morir

Pon una hoja tierna de la luna
debajo de tu almohada
y mirarás lo que quieras ver.
Lleva siempre un frasquito del aire de la luna
para cuando te ahogues,
y dale la llave de la luna
a los presos y a los desencantados.
Para los condenados a muerte
y para los condenados a vida
no hay mejor estimulante que la luna
en dosis precisas y controladas

Tu Nombre

Trato de escribir en la oscuridad tu nombre. Trato de escribir que te amo. Trato de decir a oscuras esto. No quiero que nadie se entere, que nadie me mire a las tres de la mañana paseando de un lado a otro de la estancia, loco, lleno de ti, enamorado. Iluminado, ciego, lleno de ti, derramándote. Digo tu nombre con todo el silencio de la noche, lo grita mi corazón amordazado. Repito tu nombre, vuelvo a decirlo, lo digo incansablemente, y estoy seguro que habrá de amanecer.

Sísifo

Voló desde su vida apacible hacia la luz recién encendida y su cadáver minúsculo cayó sobre esta hoja de papel en que escribo.

Retiré la taza de café pensando que su contacto en mis labios sería molesto, y que una lluvia de meteoritos invisibles podría empezar a descender desde el foco, por los espacios siderales, hasta la mesa.

De pronto el cadáver se agitó, dio vueltas torpemente, movió las alas cada vez más ligeras, y emprendió el vuelo de retorno. ¡Qué alivio y qué alegría! Sísifo de la luz, lo vi ascender en giros concentrados, veloz y decidido, hacia la gloria abundante de un nuevo encuentro con la muerte.

¿Nocturno?

Si te despiertas a las dos, ahogándote con tu propia saliva, y das un brinco en la angustia y jalas aire desesperadamente, mortalmente, y vuelves a la vida, no al sueño, porque ya no puedes dormir, y te quedas pensando como una hoja que piensa en el viento, y te acuerdas de Poe, que dicen que murió de su propio vómito en una borrachera, en una madrugada, en una calle, solo, ahogándose, el pobre de Edgar Allan Tremens, agarrándose el cuello, crispándose todito, dando el zapotazo con la cabeza sobre el pavimento; te levantas, te sientas a la orilla de la cama, sientes frío, te cierras bien el suéter, te vas a la cocina, haces café, estás agradecido.

Sobre el refrigerador la pecera vacía ya no tiene al príncipe encantado, o la princesa, que dormía con los ojos abiertos en el agua. Recuerdas cómo abría su boca para pedirte alimento o para contarte su silenciosa historia. Amaneció flotando un día, como un pez de colores, y fue depositado bajo las yerbas del jardín para que lenta, verde agua, se evaporara.

Sólo «Pujitos» y las moscas, el perrito lanudo mueve la cola, se despereza, se aproxima, te pide su salida a la calle, pero comprende que es de noche y vuelve a echarse. El gato no molesta y sigue durmiendo con sus tres niños de pecho que la semana pasada, de pronto lo hicieron gata.

Se asoman las mujeres que perdiste, las que te engañaron, aquella que te dijo «yo soy tu harén».

Habías visto en la oscuridad los dos féretros en la misma tumba, el rostro quebrado de tu hijo, y ahora, la reciente, ¿cómo se estará cocinando en su cajón la dulce, la pensativa Rosario?

Las elecciones, la televisión, los poetas, los macheteros de la fábrica, la operación de Julio, habrá tiempo para dormir, las palabras, las imágenes.

Un coche escandaliza, pasa, ladran, dejan limpio el silencio. ¡Al abordaje, pues: las sábanas!

Todo me lo has dado, Señor

TODO ME LO HAS DADO, SEÑOR.
Me diste a mi padre y a la muerte de mi padre,
a mi madre y su muerte,
a mi hermano Juan y su destino,
a Jorge, el verdadero y el fantasma,
a mi mujer; Chepita, y a mis hijos,
a mi cama me diste y a mis huesos
que reclaman más tiempo.
me diste todo, sí,
y me he entregado
a vivir y a morir con calendario.
sólo te pido que me dejes solo
a punto de las ocho porque es hora
de dormir.

Estoy metido en política

ESTOY METIDO EN LA POLITICA otra vez.

Sé que no sirvo para nada, pero me utilizan
Y me exhiben

“Poeta, de la familia mariposa-circense,

atravesado por un alfiler, vitrina 5”.

(Voy, con ustedes, a verme)

Me Encanta Dios

Me encanta Dios. es un viejo magnífico que no se toma en serio. A él le gusta jugar y juega, y a veces se le pasa la mano y nos rompe una pierna o nos aplasta definitivamente. Pero esto sucede porque es un poco cegatón y bastante torpe con las manos.

Nos ha enviado a algunos tipos excepcionales como Buda, o Cristo, o Mahoma, o mi tía Chofi, para que nos digan que nos portemos bien. Pero esto a él no le preocupa mucho: nos conoce. Sabe que el pez grande se traga al chico, que la lagartija grande se traga a la pequeña, que el hombre de traga al hombre. Y por eso inventó la muerte: para que la vida - no tú ni yo - la vida, sea para siempre.

Ahora los científicos salen con su teoría del Big Bang... Pero ¿que importa si el universo se expande interminablemente o se contrae? Esto es asunto sólo para agencias de viajes.

A mi me encanta Dios. Ha puesto orden en las galaxias y distribuye bien el tránsito en el camino de las hormigas. Y es tan juguetón y travieso que el otro día descubrí que ha hecho -frente al ataque de los antibióticos- ¡bacterias mutantes!

Viejo sabio o niño explorador, cuando deja de jugar con sus soldaditos de plomo de carne y

hueso, hace campos de flores o pinta el cielo de manera increíble.

Mueve una mano y hace el mar, y mueve la otra y hace el bosque. Y cuando pasa por encima de nosotros, quedan las nubes, pedazos de su aliento.

Dicen que a veces se enfurece y hace terremotos, y manda tormentas, caudales de fuego, vientos desatados, aguas alevosas, castigos y desastres. Pero esto es mentira. Es la tierra que cambia- y se agita y crece- cuando Dios se aleja.

Dios siempre está de buen humor. Por eso es el preferido de mis padres, el escogido de mis hijos, el más cercano de mis hermanos, la mujer mas amada, el perrito y la pulga, la piedra mas antigua, el pétalo mas tierno, el aroma más dulce, la noche insondable, el borboteo de luz, el manantial que soy.

A mi me gusta, a mi me encanta Dios. Que Dios bendiga a Dios.

A estas horas, aquí

Se dice, se rumora, afirman en los salones, en las fiestas, alguien o algunos enterados, que Jaime Sabines es un gran poeta. O cuando menos un buen poeta. O un poeta decente, valioso. O simplemente, pero realmente, un poeta.

Le llega la noticia a Jaime y éste se alegra: ¡qué maravilla! ¡Soy un poeta! ¡Soy un poeta importante!

¡Soy un gran poeta!

Convencido, sale a la calle, o llega a la casa, convencido. Pero en la calle nadie, y en la casa menos: nadie se da cuenta de que es un poeta. ¡Por qué los poetas no tienen una estrella en la frente, o un resplandor visible, o un rayo que les salga de las orejas?

¡Dios mío!, dice Jaime. Tengo que ser papá o marido, o trabajar en la fábrica como otro cualquier, o andar, como cualquiera, de peatón.

¡Eso es!, dice Jaime. No soy un poeta: soy un peatón. Y esta vez se queda echado en la cama con una alegría dulce y tranquila.

otros poemas

Actualidad

Parece que la cantidad determina la cualidad. Esto es asombroso. Dicen, los que saben, que el número de partículas (protones, electrones, etc.) en el núcleo de un átomo (¿cuál núcleo?) define elementos distintos, con características propias e inconfundibles.

El agua, el agua oxigenada, el agua pesada, y las aguas que inventen, no son más que el agua golpeada, disminuida o aumentada al gusto. Las familias del yodo o del mercurio, del bario o del estroncio, serán infinitas. Lo empezamos a ver con el uranio, lo seguiremos viendo con el elemento dos mil. Todo es cuestión de número, de más o menos equis, de más o de menos.

El ajedrez es infinito. La ética se ha de resolver por las matemáticas. Hombre bueno es aquel que tiene más elementos yod que set. Dios es equilibrado, neutro. Cero igual a cero: dios.

Hay que aprender a sumar las grandes cantidades de materia y de antimateria, de cuerpos y anticuerpos, para entender. O para vacunarnos.

Caballos de fuerza

Acabo de estrenar un coche de lujo. Nunca en mi vida había tenido sino pequeños carros, modestos, mediocres, más bien pobres instrumentos de trabajo.

Estuve alegre ayer todo el día, como cuando tuve bicicleta a los once años.

¿Qué simbiosis se establece entre el objeto y uno mismo? ¿Porqué la posesión de lo superfluo enaltece el ánimo como una conquista?

Con sus 240 caballos de fuerza parece que aumentara la fuerza de uno mismo, su capacidad de acción, su poderío.

Mi mujer y mis hijos están felices también. Nos hemos paseado de un lado al otro admirando su vestidura impecable, su palanca al piso, el espejo lateral que se mueve desde dentro y tantas preciosidades que lo hacen distinto.

¡Dios mío!, me pregunto, ¿esto es lo que llaman enajenación?, ¿o es el principio de mi decadencia?

Bueno, me digo, consolándome: todavía me faltan dos años para pagarlo.

Del mito

Mi madre me contó que yo lloré en su vientre.
A ella le dijeron: tendrá suerte.

Alguien me habló todos los días de mi vida
al oído, despacio, lentamente.
Me dijo: ¡vive, vive, vive!
Era la muerte.

Dentro de poco vas a ofrecer

Dentro de poco vas a ofrecer estas páginas a los desconocidos
como si extendieras en la mano un manojo
de hierbas que tú cortaste.

Ufano y acongojado de tu proeza, regresarás a echarte al
rincón preferido.

Dices que eres poeta porque no tienes el pudor necesario
del silencio.

¡Bien te vaya, ladrón, con lo que le robas a tu dolor y a tus amores! ¡A ver qué imagen haces de ti mismo con los pedazos que recoges de tu sombra!

Después de todo

Después de todo -pero después de todo-
sólo se trata de acostarnos juntos,
se trata de la carne,
de los cuerpos desnudos,
lámpara de la muerte en el mundo.

Gloria degollada, sobreviviente
del tiempo sordomudo
mezquina paga de los que mueren juntos.

A la miseria del placer, eternidad,
condenaste la búsqueda, al injusto
fracaso encadenaste sed,
clavaste el corazón a un muro.

Se trata de mi cuerpo al que bendigo,
contra el que lucho,
el que ha de darme todo
en un silencio robusto
y el que se muere y mata a menudo.

Soledad, márcame con tu pie desnudo.
Aprieta mi corazón como las uvas
y lléname la boca con su licor maduro.

Digo que no puede decirse el amor

Digo que no puede decirse el amor.

El amor se come como un pan,
se muerde como un labio,
se bebe como un manantial.
El amor se llora como a un muerto,
se goza como un disfraz.
El amor duele como un callo,
aturde como un panal,
y es sabroso como la uva de cera
y como la vida es mortal.

El amor no se dice con nada,
ni con palabras ni con callar.
Trata de decirlo el aire
y lo está ensayando el mar.
Pero el amante lo tiene prendido,
untado en la sangre lunar,
y el amor es igual que una brasa
y una espiga de sal.

La mano de un manco lo puede tocar,
la lengua de un mudo, los ojos de un ciego,
decir y mirar.
El amor no tiene remedio
y sólo quiere jugar.

El día

Amaneció sin ella.
Apenas si se mueve.
Recuerda.

(Mis ojos, más delgados,
la sueñan.)

¡Qué fácil es la ausencia!

En las hojas del tiempo
Esa gota del día
resbala, tiembla.

El diablo y yo nos entendemos

El diablo y yo nos entendemos
como dos viejos amigos.
A veces se hace mi sombra,
va a todas partes conmigo.
Se me trepa a la nariz
y me la muerde
y la quiebra con sus dientes finos.
Cuando estoy en la ventana
me dice ¡brinca!
detrás del oído.
Aquí en la cama se acuesta
a mis pies como un niño
y me ilumina el insomnio
con luces de artificio.
Nunca se está quieto.
Anda como un maldito,
como un loco, adivinando
cosas que no me digo.
Quién sabe qué gotas pone
en mis ojos, que me miro
a veces cara de diablo
cuando estoy distraído.
De vez en cuando me toma
los dedos mientas escribo.
Es raro y simple. Parece
a veces arrepentido.
El pobre no sabe nada
de sí mismo.

Cuando soy santo me pongo
a murmurarle al oído
y lo mareo y me desquito.
Pero después de todo
somos amigos
y tiene una ternura como un membrillo
y se siente solo el pobrecito.

En el saco de mi corazón

En el saco de mi corazón caben todas las cosas,
desde la ignominia a la ternura, desde las uvas de mujeres
amadas hasta las corcholatas que me tiran los
niños. Cada hora deposita en mi corazón un objeto distinto,
y cada vez que extraigo de él un recuerdo sale con
sangre.

Yo me multiplico incansablemente. Estreno manos y bocas
todos los días, cambio de piel, de ojos y de lengua,
y me pingo un alma cada vez que es preciso.

Desde el amanecer hasta la noche la luz es distinta y se
le llama día. Así me llaman Jaime. Pero yo duro también
en la oscuridad, más allá del momento impenetrable en
que hago recuento de mis estrellas.

En serio

Te digo en serio que la muerte no existe. De pronto lo
descubres. Cuando el pedazo de carbón no es más
madera quemada sino carbón a solas, lleno de sí mismo,
con su propia vida; cuando la corteza del árbol o la hoja
desprendida flota sobre el arroyo, y la piedra en el fondo
junto a los caracoles crece mansamente; el agua llena de

tantas cosas minúsculas, llena de luz, de música, de insectos destruidos, de zancudos cristianos caminando sobre su superficie; el agua que se bebe la sombra de los árboles; el ganado a su orilla, las quietas vacas en el viento, el viento quieto como una transparencia; toda la tarde, todo el concierto, la armonía, el deslumbrante misterio que estaba allí a tu alcance, tan sencillo y tan simple. Y tú dentro de todo, con todo en ti mismo. -Te digo que sólo la vida existe.

Esa es su ventana

Esa es su ventana.
Allí la espera el tiempo.
Tras el cristal su rostro
invisible, en silencio.
Me mira, ciega y dulce,
con los ojos abiertos.

La noche está a mi lado,
su ventana está lejos.
Alguien la busca a veces
vestida de negro,
joven madre del luto,
flor del viento.

Sus manos rezan
sobre su pecho.
Y ella, niña, me mira
con sus ojos viejos.
Y yo la busco
dulce, muerto.

Familia

Como hicieron el aseo durante la mañana, mis hijas han expulsado de la casa al perro, a la gata y a sus tres hijos.

¿Qué no son parte, pues, de la familia humana?

Protesto en vano. En vano maúllan y ladran y tratan de penetrar furtivamente.

Me instalaré con ellos una hora en el patio.

La ola de Dios

La ola de Dios del mar de Dios azota.
En la playa de Dios, clavado, hundido,
hijo y padre de Dios, migaja suya
azotado y cansado y malherido.

Con cangrejos, con hijos, aturdido,
dando tumbos la sangre calentada,
de rodillas, inmóvil, desoído,
desojado, sin ojos y sin nada.

Me alegro de que el sol haya salido

Me alegro de que el sol haya salido después de tantas horas: me alegro de que los árboles se estiren como quien sale de la cama; me alegro de que los carros tengan gasolina y de que yo tenga amor; me alegro de que éste sea el día 26 del mes; me alegro de que no nos hayamos muerto.

Me alegro de que haya gentes tristes, como esa muchacha que podría quererme si no quisiera a otro. Me alegro del bueno de Dios que me deja alegrarme.

¡Tilín, Pirrín! Yo estoy alegre: quiero hacerlo todo. No emborracharme con este vaso de tequila sino curar tu alma. Pararme de cabeza para que rías. Sacarte la lengua para que te aprietes la barriga.

Te muerdo debajo de la lengua, te ensalivo el pezón izquierdo, y sé que estoy cerca de tu corazón, ciertamente.

Mira, día: vamos a ser buenos amigos. No daré nada a nadie. Seré generoso: me arrodillaré en una esquina y extenderé mis manos abiertas. Que me den un centavo el sol, el hombre que pasa, las niñas que van a la escuela y hasta las viejecitas que vienen de la iglesia. Quiero ser bueno, como el que acaba de salir de la cárcel.

¡Salud, esqueletos!

No quiero convencer a nadie de nada

No quiero convencer a nadie de nada. Tratar de convencer a otra persona es indecoroso, es atentar contra su libertad de pensar o creer o de hacer lo que le dé la gana. Yo quiero sólo enseñar, dar a conocer, mostrar, no demostrar. Que cada uno llegue a la verdad por sus propios pasos, y que nadie le llame equivocado o limitado. (¡Quién es quién para decir "esto es así", si la historia de la humanidad no es más que una historia de contradicciones y de tanteos y de búsquedas?)

Si a alguien he de convencer algún día, ese alguien ha de ser yo mismo. Convencerme de que no vale la pena llorar, ni afligirse, ni pensar en la muerte. "La vejez, la enfermedad y la muerte", de Buda, no son más que la muerte, y la muerte es inevitable. Tan inevitable como el nacimiento.

Lo bueno es vivir del mejor modo posible. Peleando, lastimando, acariciando, soñando. (¡Pero siempre se vive del mejor modo posible!)

Mientras yo no pueda respirar bajo el agua, o volar (pero de verdad volar, yo solo, con mis brazos), tendrá que gustarme caminar sobre la tierra, y ser hombre, no pez ni ave.

No tengo ningún deseo que me digan que la luna es diferente a mis sueños.

Padre mío, señor mío, hermano mío

Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío,
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!

¡Qué risueño contacto

¡Qué risueño contacto el de tus ojos,
ligeros como palomas asustadas a la orilla del agua!
¡Qué rápido contacto el de tus ojos
con mi mirada!

¿Quién eres tú? ¡Qué importa!
A pesar de ti misma,
hay en tus ojos una breve palabra
enigmática.
No quiero saberla. Me gustas
mirándome de lado, escondida, asustada.
Así puedo pensar que huyes de algo,
de mí o de ti, de nada,
de esas tentaciones que dicen que persiguen a la mujer casada.

Ocurre que la realidad

Ocurre que la realidad es superior a los sueños. En vez
de pedir "déjame soñar", se debería decir: "déjame mirar".

Juega uno a vivir.

Otra carta

Siempre estás a mi lado y yo te lo agradezco.
Cuando la cólera me muerde, o cuando estoy triste
-untado con el bálsamo para la tristeza como para morirme-
apareces distante, intocable, junto a mí.
Me miras como a un niño y se me olvida todo
y ya sólo te quiero alegre, dolorosamente.

He pensado en la duración de Dios,
en la manteca y el azufre de la locura,
en todo lo que he podido mirar en mis breves días.
Tú eres como la leche del mundo.
Te conozco, estás siempre a mi lado más que yo mismo.
¿Qué puedo darte sino el cielo?
Recuerdo que los poetas han llamado a la luna con mil nombres
-medalla, ojos de Dios, globo de plata,
moneda de miel, mujer, gota de aire-
pero la luna está en el cielo y sólo es luna,
inagotable, milagrosa como tú.
Yo quiero llorar a veces furiosamente
porque no sé qué, por algo,
porque no es posible poseerte, poseer nada,
dejar de estar solo.
Con la alegría que da hacer un poema,
o con la ternura que en las manos de los abuelos tiembla,
te aproximas a mí y me construyes
en la balanza de tus ojos,
en la fórmula mágica de tus manos.
Un médico me ha dicho que tengo el corazón de gota
-alargado como una gota- y yo lo creo
porque me siento como una gruta
en que perpetuamente cae, se regenera y cae
perpetuamente.

Bendita entre todas las mujeres
tú, que no estorbas,
tú que estás a la mano como el bastón del ciego,
como el carro del paralítico.
Virgen aún para el que te posee,
desconocida siempre para el que te sabe,
¿qué puedo darte sino el infierno?
Desde el oleaje de tu pecho
En que naufraga lentamente mi rostro,
te miro a ti, hacia abajo, hasta la punta de tus pies

en que principia el mundo.
Piel de mujer te has puesto,
Suavidad de mujer y húmedos órganos
en que penetro dulcemente, estatua derretida,
manos derrumbadas con que te toca la fiebre que soy
y el caos que soy te preserva.
Mi muerte flota sobre ambos
y tú me extraes de ella como el agua de un pozo,
agua para la sed de Dios que soy entonces,
agua para el incendio de Dios que alimento.

Cuando la hora vacía sobreviene
sabes pasar tus dedos como un unguento,
posarlos en los ojos emplumados,
reír con la yema de tus dedos.
¿Qué puedo darte yo sino la tierra?
Sembrado en el estiércol de los días
miro crecer mi amor, como los árboles
a que nadie ha trepado y cuya sombra
seca la hierba, y da fiebre al hombre.

Imperfecta, mortal, hija de hombres,
verdadera,
te ursupo, ya lo sé diariamente,
y tu piedad me usa a todas horas
y me quieres a mí, y yo soy entonces,
como un hijo nuestro largamente deseado.

Quisiera hablar de ti a todas horas
en un congreso de sordos,
enseñar tu retrato a todos los ciegos que encuentre.
Quiero darte a nadie
para que vuelvas a mí sin haberte ido.

En los parques, en que hay pájaros y un sol en hojas por el suelo,
donde se quiere dulcemente a las solteronas que miran a los niños,
te deseo, te sueño.

¡Qué nostalgia de ti cuando no estás ausente!
(Te invito a comer uvas esta tarde
o a tomar café, si llueve,
y a estar juntos siempre, siempre, hasta la noche.)

Padre mío, señor mío, hermano mío
Padre mío, señor mío, hermano mío,
amigo de mi alma, tierno y fuerte,
saca tu cuerpo viejo, viejo mío,
saca tu cuerpo de la muerte.

Saca tu corazón igual que un río,
tu frente limpia en que aprendí a quererte,
tu brazo como un árbol en el frío,
saca todo tu cuerpo de la muerte.

Amo tus canas, tu mentón austero,
tu boca firme y tu mirada abierta,
tu pecho vasto y sólido y certero.

Estoy llamando, tirándote la puerta.
Parece que yo soy el que me muero:
¡padre mío, despierta!

Pensándolo bien

Me dicen que debo hacer ejercicio para adelgazar,
que alrededor de los 50 son muy peligrosos la grasa y el cigarro,
que hay que conservar la figura
y dar la batalla al tiempo, a la vejez.

Expertos bien intencionados y médicos amigos
me recomiendan dietas y sistemas
para prolongar la vida unos años más.

Lo agradezco de todo corazón pero me río
de tan vanas recetas y tan escaso afán.
(La muerte también ríe de todas esas cosas.)

La única recomendación que considero seriamente
es la de llevar una mujer joven a la cama
porque a estas alturas
la juventud sólo puede llegarnos por contagio.

Pequeña del amor

Pequeña del amor, tú no lo sabes,
tú no puedes saberlo todavía,
no me conmueve tu voz
ni el ángel de tu boca fría,
ni tus reacciones de sándalo
en que perfumas y expiras,
ni tu mirada de virgen
crucificada y ardida.

No me conmueve tu angustia
tan bien dicha,
ni tu sollozar callado
y sin salida.

No me conmueven tus gestos
de melancolía,
ni tu anhelar, ni tu espera,
ni la herida
de que me hablas afligida.

Me conmueves toda tú
representando tu vida
con esa pasión tan torpe

y tan limpia,
como el que quiere matarse
para contar: soy suicida.

Hoja que apenas se mueve
ya se siente desprendida:
voy a seguirte queriendo
todo el día.

Preocupación de Job

Preocupación de Job

De pronto, me siento perseguido por la buena suerte.
Todo me sale bien. Disfruto de salud, de amor y de dinero.
¿Qué hice?, ¿qué debo hacer para merecerlo?
¿Es una más de tus pruebas, Dios mío?

Se mecen los árboles

Se mecen los árboles bajo la lluvia
tan armoniosamente
que le dan a uno ganas de ser árbol.
Bajo los truenos
y atravesados por el viento
los árboles parecen muchachas dormidas de pie
a las que el sueño del amor lleva de un lado a otro la cabeza.

Estos árboles de la ciudad, tan esbeltos y solitarios,
rodeados de casas y de alambres,
se alegran bajo la lluvia en lo alto
y son la nube misma y el cielo.

Los árboles llueven esta tarde
y la barriada toda los contempla.

Si hubiera de morir

Si hubiera de morir dentro de unos instantes, escribiría estas sabias palabras: árbol del pan y de la miel, ruibarbo, cocacola, zonite, cruz gamada. Y me echaría a llorar.

Uno puede llorar hasta con la palabra "excusado" si tiene ganas de llorar.

Y esto es lo que hoy me pasa. Estoy dispuesto a perder hasta las uñas, a sacarme los ojos y exprimirlos como limones sobre la taza de café. ("Te convido a una taza de café con cascaritas de ojo, corazón mío.")

Antes de que caiga sobre mi lengua el hielo del silencio, antes de que se raje mi garganta y mi corazón se desplome como una bolsa de cuero, quiero decirte, vida mía, lo agradecido que estoy, por este hígado estupendo que me dejó comer todas tus rosas, el día que entré a tu jardín oculto sin que nadie me viera.

Lo recuerdo. Me llené el corazón de diamantes -que son estrellas caídas y envejecidas en el polvo de la tierra- y lo anduve sonando como una sonaja mientras reía. No tengo otro rencor que el que tengo, y eso porque pude nacer antes y no lo hiciste.

No pongas el amor en mis manos como un pájaro muerto.

¡Si uno pudiera encontrar

¡Si uno pudiera encontrar lo que hay que decir, cuando todas

las palabras se han levantado del campo como palomas asustadas!
¡Si uno pudiera decir algo, con sólo lo que encuentra, una piedra,
un cigarro, una varita seca, un zapato! ¡Y si este decir algo fuera
una confirmación de lo que sucede; por ejemplo: agarro una silla:
estoy dando un durazno! ¡Si con sólo decir "madera", entendieras tú
que florezco; si con decir calle, o con tocar la pata de la cama,
supieras que me muero!

No enumerar, ni descifrar. Alcanzar a la vida en esa recóndita
sencillez de lo simultáneo. He aquí el rayo asomándose por la persiana,
el trueno caminando en el techo, la luz eléctrica impasible, la lluvia
sonando, los carros, el televisor, las gentes, todo lo que hace ruido,
y la piel de la cama, y esta libreta y mi estómago que me duele, y lo
que me alegra y lo que me entristece y lo que pienso, y este café
caliente bajando de mi boca adentro, en el mismo instante en que
siento frío en los pies y fumo. Para decir todo, escojo: "estoy solo",
pero me da tos y te deseo, y cierro los ojos a propósito.

Lo más profundo y completo que puede expresar el hombre no lo hace
con palabras sino con un acto: el suicidio. Es la única manera de decirlo
todo simultáneamente como lo hace la vida. Mientras tanto, hay que
conformarse con decir: esta línea es recta, o es curva, y en esta
esquina pasa esto, bajo el alero hay una golondrina muerta. Ni siquiera
es cierto que sean las seis de la tarde.

Veremos

Veremos el cometa Kohoutec estos días. Calculan los astrónomos
que volverá a ser visto dentro de cincuenta mil años.

¿Entiendes mi arrebató? ¿No es una dádiva generosa, amada,
amiga mía, tu presencia de hoy?

La Luna es Tuya

—Mira la luna. La luna es tuya, nadie te la puede quitar. La has atado con los besos de tu mano y con la alegre mirada de tu corazón. Sólo es una gota de luz, una palabra hermosa. Luna es la distante, la soñada, tan irreal como el cielo y como los puntos de las estrellas. La tienes en las manos, hijo, y en tu sonrisa se extiende su luz como una mancha de oro, como un beso derramado. Aceite de los ojos, su claridad se posa como un ave. Descansa en las hojas, en el suelo, en tu mejilla, en las paredes blancas y se acurruca al pie de los árboles como un fantasma fatigado. Leche de luna, ungüento de luna tienen las cosas, y su rostro velado sonrío.

Te la regalo, como te regalo mi corazón y mis días. Te la regalo para que la tires.

Boca de Llanto

Boca de llanto, me llaman
tus pupilas negras,
me reclaman. Tus labios
sin ti me besan.
¡Cómo has podido tener
la misma mirada negra
con esos ojos
que ahora llevas!

Sonreíste. ¡Qué silencio,
qué falta de fiesta!
¡Cómo me puse a buscarte
en tu sonrisa, cabeza
de tierra,
labios de tristeza!

No lloras, no llorarías
aunque quisieras;
tienes el rostro apagado
de las ciegas.

Puedes reír. Yo te dejo
reír, aunque no puedas.

Amor mío, mi amor....

Amor mío, mi amor, amor hallado
de pronto en la ostra de la muerte.
Quiero comer contigo, estar, amar contigo,
quiero tocarte, verte.

Me lo digo, lo dicen en mi cuerpo
los hilos de mi sangre acostumbrada,
lo dice este dolor y mis zapatos
y mi boca y mi almohada.

Te quiero, amor, amor absurdamente,
tontamente, perdido, iluminado,
soñando rosas e inventando estrellas
y diciéndote adiós yendo a tu lado.

Te quiero desde el poste de la esquina,
desde la alfombra de ese cuarto a solas,
en las sábanas tibias de tu cuerpo
donde se duerme un agua de amapolas.

Cabellera del aire desvelado,
río de noche, platanar oscuro,
colmena ciega, amor desenterrado,

voy a seguir tus pasos hacia arriba,

de tus pies a tu muslo y tu costado.

Codiciada, prohibida....

Codiciada, prohibida,
cercana estás, a un paso, hechicera.
Te ofreces con los ojos al que pasa,
al que te mira, madura, derramante,
al que pide tu cuerpo como una tumba.
Joven maligna, virgen,
encendida, cerrada,
te estoy viendo y amando,
tu sangre alborotada,
tu cabeza girando y ascendiendo,
tu cuerpo horizontal sobre las uvas y el humo.
Eres perfecta, deseada.
Te amo a ti y a tu madre cuando estáis juntas.
Ella es hermosa todavía y tiene
lo que tú no sabes.
No sé a quién prefiero
cuando te arregla el vestido
y te suelta para que busques el amor.

Vamos a guardar este día....

Vamos a guardar este día
entre las horas, para siempre,
el cuarto a oscuras,
Debussy y la lluvia,
tú a mi lado, descansando de amar.
Tu cabellera en que el humo de mi cigarrillo
flotaba densamente, imantado, como una mano
acariciando.
Tu espalda como una llanura en el silencio

y el declive inmóvil de tu costado
en que trataban de levantarse,
como de un sueño, mis besos.

La atmósfera pesada
de encierro, de amor, de fatiga,
con tu corazón de virgen odiándome y odiándote.
todo ese malestar del sexo ahíto,
esa convalecencia en que nos buscaban los ojos
a través de la sombra para reconciliarnos.
Tu gesto de mujer de piedra,
última máscara en que a pesar de ti te refugiabas,
domesticabas tu soledad.
Los dos, nuevos en el alma, preguntando por qué.
Y más tarde tu mano apretando la mía,
cayéndose tu cabeza blandamente en mi pecho,
y mis dedos diciéndole no sé qué cosas a tu cuello.
Vamos a guardar este día
entre las horas para siempre.

Cuando estuve en el mar era marino....

Cuando estuve en el mar era marino
este dolor sin prisas.
Dame ahora tu boca:
me la quiero comer con tu sonrisa.

Cuando estuve en el cielo era celeste
este dolor urgente.
Dame ahora tu alma:
quiero clavarle el diente.

No me des nada, amor, no me des nada:
yo te tomo en el viento,

te tomo del arroyo de la sombra,
del giro de la luz y del silencio,

de la piel de las cosas
y de la sangre con que subo al tiempo.
Tú eres un surtidor aunque no quieras
y yo soy el sediento.

No me hables, si quieres, no me toques,
no me conozcas más, yo ya no existo.
Yo soy sólo la vida que te acosa
y tú eres la muerte que resisto.

Sitio de amor

Sitio de amor, lugar en que he vivido
de lejos, tú, ignorada,
amada que he callado, mirada que no he visto,
mentira que me dije y no he creído:
en esta hora en que los dos, sin ambos,
a llanto y odio y muerte nos quisimos,
estoy, no sé si estoy, ¡si yo estuviera!,
queriéndote, llorándome, perdido.

(Esta es la última vez que yo te quiero.
En serio te lo digo.)

Cosas que no conozco, que no he aprendido,
contigo, ahora, aquí, las he aprendido.

En ti creció mi corazón.
En ti mi angustia se hizo.
Amada, lugar en que descanso,
silencio en que me aflijo.

(Cuando miro tus ojos
pienso en un hijo.)

Hay horas, horas, horas, en que estás tan ausente
que todo te lo digo.

Tu corazón a flor de piel, tus manos,
tu sonrisa perdida alrededor de un grito,
ese tu corazón de nuevo, tan pobre, tan sencillo,
y ese tu andar buscándome por donde yo no he ido:

todo eso que tu haces y no haces a veces
es como para estarse peleando contigo.

Niña de los espantos, mi corazón caído,
ya ves, amada, niña, que cosas digo.

Me tienes en tus manos

Me tienes en tus manos
y me lees lo mismo que un libro.
Sabes lo que yo ignoro
y me dices las cosas que no me digo.
Me aprendo en ti más que en mi mismo.
Eres como un milagro de todas horas,
como un dolor sin sitio.
Si no fueras mujer fueras mi amigo.
A veces quiero hablarte de mujeres
que a un lado tuyo persigo.
Eres como el perdón
y yo soy como tu hijo.
¿Qué buenos ojos tienes cuando estás conmigo?
¡Qué distante te haces y qué ausente
cuando a la soledad te sacrifico!

Dulce como tu nombre, como un higo,
me esperas en tu amor hasta que arribo.
Tú eres como mi casa,
eres como mi muerte, amor mío.

Sólo en sueños

Sólo en sueños,
sólo en el otro mundo del sueño te consigo,
a ciertas horas, cuando cierro puertas
detrás de mí.
¡Con qué desprecio he visto a los que sueñan,
y ahora estoy preso en su sortilegio,
atrapado en su red!
¡Con qué morboso deleite te introduzco
en la casa abandonada, y te amo mil veces
de la misma manera distinta!
Esos sitios que tú y yo conocemos
nos esperan todas las noches
como una vieja cama
y hay cosas en lo oscuro que nos sonríen.
Me gusta decirte lo de siempre
y mis manos adoran tu pelo
y te estrecho, poco a poco, hasta mi sangre.
Pequeña y dulce, te abrazas a mi abrazo,
y con mi mano en tu boca, te busco y te busco.
A veces lo recuerdo. A veces
sólo el cuerpo cansado me lo dice.
Al duro amanecer estás desvaneciéndote
y entre mis brazos sólo queda tu sombra.

Tú tienes lo que busco

Tú tienes lo que busco, lo que deseo, lo que amo,
tú lo tienes.
El puño de mi corazón está golpeando, llamando.
Te agradezco a los cuentos,
doy gracias a tu madre y a tu padre,
y a la muerte que no te ha visto.
Te agradezco al aire.
Eres esbelta como el trigo,
frágil como la línea de tu cuerpo.
Nunca he amado a una mujer delgada
pero tú has enamorado mis manos,
ataste mi deseo,
cogiste mis ojos como dos peces.
Por eso estoy a tu puerta, esperando.

Casida de la tentadora

Todos te desean pero ninguno te ama.
Nadie puede quererte, serpiente,
porque no tienes amor,
porque estás seca como la paja seca
y no das fruto.
Tienes el alma como la piel de los viejos.
Resígnate. No puedes hacer más
sino encender las manos de los hombres
y seducirlos con las promesas de tu cuerpo.
Alégrate. En esa profesión del deseo
nadie como tú para simular inocencia
y para hechizar con tus ojos inmensos.

Se ha vuelto llanto este dolor ahora

Se ha vuelto llanto este dolor ahora
y es bueno que así sea.
Bailemos, amemos, Melibea.

Flor de este viento dulce que me tiene,
rama de mi congoja:
desátame, amor mío, hoja por hoja,

mécete aquí en mis sueños,
te arropo con mi sangre, ésta es tu cuna:
déjame que te bese una por una,

mujeres tú, mujer, coral de espuma.

Rosario, sí, Dolores cuando Andrea,
déjame que te lllore y que te vea.

Me he vuelto llanto nada más ahora
y te arrullo, mujer, llora que llora.

Entonces se enviaban suspiros en las rosas

Entonces se enviaban suspiros en las rosas,
besos-palomas de balcón a balcón.
Pero la sucia noche revolvía alfileres,
sábanas, rezos, cruces, luto de amor.

Caras agrias, en sombra, el deseo encendió.
(Cuántos hijos tirados en paredes,
pañuelos, muslos, manos, por Dios!)

muro de agua, la angustia, se levantó.
Humo rojo en mis venas. Transfigurado cielo.

De polvo a polvo soy.

No hay más, sólo mujer

No hay más. Sólo mujer para alegrarnos,
sólo ojos de mujer para reconfortarnos,
sólo cuerpos desnudos,
territorios en que no se cansa el hombre.
Si no es posible dedicarse a Dios
en la época del crecimiento,
¿qué darle al corazón afligido
sino el círculo de muerte necesaria
que es la mujer?

Estamos en el sexo, belleza pura,
corazón solo y limpio.

Boca de llanto

Boca de llanto, me llaman
tus pupilas negras,
me reclaman. Tus labios
sin ti me besan.
¡Cómo has podido tener
la misma mirada negra
con esos ojos
que ahora llevas!

Sonreíste. ¡Qué silencio,
qué falta de fiesta!
¡Cómo me puse a buscarte
en tu sonrisa, cabeza
de tierra,
labios de tristeza!

No lloras, no llorarías
aunque quisieras;
tienes el rostro apagado
de las ciegas.

Puedes reír. Yo te dejo
reír, aunque no puedas.

Allí había una niña

En las hojas del plátano un pequeño
hombrecito dormía un sueño.
En un estanque, luz en agua.
Yo contaba un cuento.
Mi madre pasaba interminablemente
alrededor nuestro.
En el patio jugaba
con una rama un perro.
El sol -qué sol, qué lento
se tendía, se estaba quieto.
Nadie sabía qué hacíamos,
nadie, qué hacemos.
Estábamos hablándo, moviéndonos,
yendo de un lado a otro,
las arrieras, la araña, nosotros, el perro.
Todos estábamos en la casa
pero no sé porqué. Estábamos. Luego el silencio.
Ya dije quién contaba un cuento.
Eso fue alguna vez porque recuerdo
que fue cierto.

Vieja la noche...

Vieja la noche, vieja,
largo mi corazón antiguo.

¡Qué de brazos adentro
del pecho, fríos,
se mueven y me buscan,
viejo amor mío!

La noche, vieja, cae
como un lento martirio,
sombra y estrella, hueco
del pecho mío.

Y yo entretanto, ausente
de mi martirio,
entro en la noche, busco
su cuerpo frío.

No hay luna, locos,
desde hace siglos.
Sólo un breve milagro
cuando hace frío.

Quiero apoyar mi cabeza

Quiero apoyar mi cabeza
en tus manos, Señor.
Señor del humo, sombra,
quiero apoyar mi corazón.
Quiero llorar con mis ojos,
irme en llanto, Señor.

Débil, pequeño, frustrado,

cansado de amar, amor,
dame un golpe de aire,
tírame, corazón.

Sobre la brisa, en el alba,
cuando se despierte el sol,
derrámame como un llanto,
llórame como yo.

Boca del llanto

Boca del llanto, me llaman
tus pupilas negras,
me reclaman, Tus labios
sin ti me besan.
¡Cómo has podido tener
la misma mirada negra
con esos ojos
que ahora llevas!

Sonreíste. ¡Qué silencio,
qué falta de fiesta!
¡Cómo me puse a buscarte
en tu sonrisa, cabeza
de tierra,
labios de tristeza!

No lloras, no llorarías
aunque quisieras;
tienes el rostro apagado
de las ciegas.

Puedes reír. Yo te dejo
reír, aunque no puedas.

Los días inútiles

Los días inútiles son como una costra
de mugre sobre el alma.
Hay una asfixia lenta que sonríe,
que olvida, que se calla.
¿Quién me pone estos sapos en el pecho
cuando no digo nada?
Hay un idiota como yo andando,
platicando con gentes y fantasmas,
echándose en el lodo y escarbando
la mierda de la fama.
Puerco de hocico que recita versos
en fiestas familiares, donde mujeres sabias
hablan de amor, de guerra,
resuelven la esperanza.
Puerco del mundo fácil
en que el engaño quiere hacer que engaña
mientras ácidos lentos
llevan el asco a la garganta.
Hay un hombre que cae días y días
de pie, desde su cara,
y siente que en su pecho van creciendo
muertes y almas.
Un hombre como yo que se avergüenza,
que se cansa,
que no pregunta porque no pregunta
ni quiere nada.
¿Qué viene a hacer aquí tanta ternura fracasada?
¡Díganle que se vaya!

Igual que los cangrejos...

Igual que los cangrejos heridos

que dejan sus propias tenazas sobre la arena,
así me desprendo de mis deseos,
muerdo y corto mis brazos,
podo mis días,
derribo mi esperanza,
me arruino.
Estoy a punto de llorar.

¿En dónde me perdí, en qué momento
vine a habitar mi casa,
tan parecido a mí que hasta mis hijos me toman por su
padre
y mi mujer me dice las palabras acostumbradas?

Me recojo a pedazos,
a trechos en el basurero de la memoria,
y trato de reconstruirme,
de hacerme como mi imagen.
¡Ay, nada queda!
Se me caen de la mano los platos rotos,
las patas de las sillas, los calzones usados,
los huesos que desenterré
y los retratos en que se ven amores y fantasmas.

¡Apiádate de mí!
Quiero pedir piedad a alguien.
Voy a pedir perdón al primero que encuentre.
Soy una piedra que rueda
porque la noche está inclinada y o se le ve el fin.

Me duele el estómago y el alma
y todo mi cuerpo está esperando con miedo
que una mano bondadosa me eche una sábana encima.

Pasa el lunes...

Pasa el lunes y pasa el martes
y pasa el miércoles y el jueves y el viernes
y el sábado y el domingo,
y otra vez el lunes y el martes
y la gotera de los días sobre la cama donde se quiere
dormir,
la estúpida gota del tiempo cayendo sobre el corazón
aturdido,
la vida pasando como estas palabras.
lunes, martes, miércoles,
enero, febrero, diciembre, otro año, otro año, otra vida.
La vida yéndose sin sentido, entre la borrachera y la conciencia,
entre la lujuria y el remordimiento y el cansancio.

Encontrarse, de pronto, con las manos vacías,
con el corazón vacío,
con la memoria como una ventana hacia la obscuridad,
y preguntarse: ¿qué hice?, ¿qué fui?, ¿en donde estuve?
Sombra perdida entre las sombras,
¿cómo recuperarte, rehacerte, vida?

Nadie puede vivir de cara a la verdad
sin caer enfermo o dolerse hasta los huesos.
Porque la verdad es que somos débiles y miserables
y necesitamos amar, ampararnos, esperar, creer y
afirmar.
No podemos vivir a la intemperie
en el solo minuto que nos es dado.
¡Qué hermosa palabra "Dios", larga
y útil al miedo, salvadora!
Aprendemos a cerrar los labios del corazón
cuando quiera decirla,
y enseñémosle a vivir en su sangre,
a revolcarse en su sangre limitada.

no hay más que esta ternura que siento hacia ti,
engañado,
porque algún día vas a abrir los ojos
y mirarás tus ojos cerrados para siempre.
no hay más que esta ternura de mí mismo
que estoy abierto como un árbol,
plantado como un árbol, recorriéndolo todo.

He aquí la verdad: hacer las máscaras,
recitar las voces, elaborar los sueños,
Ponerse el rostro del enamorado,
la cara del que sufre,
la faz del que sonríe,
el día lunes, y el martes, y el mes de marzo
y el año de la solidaridad humana,
y comer a las horas lo mejor que se pueda,
y dormir y ayuntar,
y seguirse entrenando ocultamente para el evento final
del que no habrá testigos.

La hermana Rosa

Jaime Sabines conserva, escritos en cuadernos largos y esbeltos, muchos textos que nunca publicó. Desde uno de esos cuadernos "La hermana Rosa", un texto de 1960, viene a sacudirnos con la misma violencia y ternura de sus grandes poemas sobre la muerte.

Encontrado en:

<http://www.jornada.unam.mx/1996/mar96/960324/semsabines.html>

I

Al pie de tu cadáver sólo llora tu hija.
Nadie te pone amor, ni flores, ni recuerdos.
Desnuda estás, y sola, entre cuatro paredes
altas, altas y solas, sin penas y sin duelos.

Ni una silla siquiera, ni un banco en que la gente
si llegara a mirarte se sentara en silencio.
Arden las cuatro velas y arden las paredes
con una llama fría, un apagado incendio.

El hospital es tierno y son tiernas las manos
que te han puesto bonita en tu vestido viejo.
Tu nariz se adelgaza y tu blancura crece,
se derrama en tu piel como un viento.

Arañas, caen arañas del techo, caen cenizas,
papeles, sombras, trapos, caen del cielo,
rosas que Dios te tira,
ángeles en pedazos, y sueños.

II

Vas a morir tres horas
-despierta estás muriendo-
pero nomás tres horas
y tirarás el tiempo.

Es preciso que tires tanto dolor y mugre,
tanto remordimiento,
tanto odio, tanto amor descosido,
tanto tragar en silencio.

Empiezas a dar de vueltas
montando caballos muertos.

Tu cabeza de neblina
cae al suelo.

San Roque te agarra un brazo,
don Julio te corta el pelo,
y el agua hinchada del ojo
se queda viendo.

(¡Qué descanso en la barriga
ya con el tumor bien muerto!
¡Qué alivio de los pulmones
sin el aire negro!)

Con las uñas sin sangre
hay que raspar el hueco
donde estabas.
Hay que cortar la sogá

donde colgó tu alma
tanto tiempo.

Tres poemas

Poemas inéditos de Jaime Sabines, leídos el 25 de octubre de 1996 en el programa Personajes y Escenarios, de Canal 22, México, D.F.
Encontrado en:

http://www.utp.ac.pa/revistas/tres_poemas.htm

Aprendí que el pueblo no tiene un hombre,
sino muchos nombres, no tiene una cabeza
sino muchas cabezas,
el pueblo se llama Pedro López, Baldemar,
José Luis, Guillermo, Carlos, Donato,
Arturo, Toño, Eliseo, Lurias, Anita, Rosa,

Pepito, Donaciano, Carmelita, Don Rafa,
Manuel Ángel, Armando; se apellida
Gutiérrez, Castellanos, Rojas, Esquinca,
Ruíz, Estrada, Gómez, Rodríguez,
Pastrana y es Ernesto Gonzáles, Valentín Palacios,
Jaime Fernández, Juan Tamayo,
Gente de carne y hueso, con su casa, con sus sueños,
sus hijos, su trabajo, sus manos,
su ternura, el pan que busca y el que está en su plato.

El pueblo tiene dirección y nombre,
cocina, oficio, corazón, zapatos.

En Primera Poniente, se encuentra el pueblo,
en la calle del cerro o en el patio.
Se le conoce porque siempre tiene unas ganas
enormes de dar algo.

**

Lo importante de experimentar
sería experimentar la muerte,
cerrar todas las puertas e
introducirse en lo oscuro y no regresar.

Yo tengo la certeza de que podría en un momento
detener mi corazón, morirme, casi he llegado a hacerlo
pero antes de dar la orden definitiva,
me salta el miedo y ¿quién va a indicarle latir de nuevo?

Hay otro camino más activo y espléndido,
ejercitarse en la pasividad, en la sensación total,
romper de algún modo y salirse de la órbita normal
del pensamiento humano. La muerte es una idea
llegar a la anti-idea, ver en la obscuridad,
respirar el vacío, hablar sin articular palabra,

atravesar los muros normalmente, algo así.

Descubrir que lo extraordinario,
lo monstruosamente anormal
es estar breve cosa que llamamos vida.

**

Tú eras mi otro licor del que solía
beber mi corazón de día.
Eras mi otro destino, mi otra suerte,
aquella emparentada con mi muerte.

Tu boca me servía para el agua,
tus manos para tocar las cosas,
en tus ojos sentía la luz que dan las rosas.

Éramos sólo una locura, sólo un sueño,
o como andar fatigándose en la una
o ser humo en un leño.

Nada nos era extraño
de los dos, nos conocimos
con todos los tentáculos del cuerpo,
la saliva, la voz, la sangre, el alma.
Éramos un rebaño de impurezas fecundas
pastoradas por un Dios en calma.
A la yerba asistimos, jugamos al arroyo,
bautizamos al pájaro y al mirto,
éramos la corteza y el cogollo
del mismo alucinante sacrificio.

Inventamos la flauta y enmudecimos
en el tiempo encerrado en un carrizo,
y tu cuerpo y el mío nos quedaron como un signo.

Herederos del agua y de la tierra,
del fuego tutelar, del aire antiguo,
horneamos nuestro pan y en nuestras venas
hicimos nuestros hijos.

Bibliografía de Jaime Sabines

Recopilación bibliográfica de Pilar Jiménez Trejo.

Horal, Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Depto. de Prensa y Turismo, 1950.

La señal, México, Talleres de la Impresora Económica, México, 1951.

Tarumba, México, 1956 (Colección Metáfora, 1); otra ed., Tarumba. The Selected Poems of Jaime Sabines, Ed. y trad. de Philip Levine y Ernesto Trejo, San Francisco, Ca., Twin Peaks Press, 1979; otra ed., Jaime Sabines. Tarumba, Traduit de l'espagnol (Mexique) par Jean-Clarence Lambert, París, Francia., Myriam Solal Editeur, 1997 (Collection Le temps du rêve).

Poesía de la sinceridad. Antología, Pról. de José Casahonda Castillo, Tlaxcala, Huytlale, 1959 (Tomo V, Alcance 31).

Diario semanario y poemas en prosa, Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961 (Serie Ficción, 27).

En mis labios te sé, México, 1961 (Cuadernos del Cocodrilo, 9).

Recuento de poemas, México, UNAM, 1962, (Col. Poemas y Ensayos).

Jaime Sabines. Presentación de Ramón Xirau, México, UNAM, 1965, (Voz Viva de México, 19); 2a. ed., ibidem, 1969; 3a. ed., ibidem, 1972 (disco); 4a. ed. aumentada, en cassettes y en compact-disc, con un ensayo introd. de Mónica Mansour, 1993; 5a. ed., ibidem, 1996; 6a. ed., ibidem, 1996; 7a. ed., revisada y corregida, 1997.

Yuria, México, Joaquín Mortiz, 1967 (Col. Las Dos Orillas).

Maltiempo, México, Joaquín Mortiz, 1972 (Las Dos Orillas).

Encuentro, Poemas de Sabines musicalizados por Paco Chanona, México, Grabaciones Sonosur, 1972 (disco).

Algo sobre la muerte del mayor Sabines, México, Joaquín Mortiz, 1973; otra ed., Pról. de José Joaquín Blanco, México, UNAM, Dif. Cult., 1977 (Material de Lectura, Serie Poesía Moderna, 11); 2a. ed., ibidem, 1982; 3a. ed., ibidem, 1986; 4a. ed., ibidem, 1997; otra ed Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, Gob. del Estado, 1982; otra ed., trilingüe (español, inglés y francés), Ilustraciones de Rafael Coronel, México, Papeles Privados, 1993.

Nuevo recuento de poemas, México, Joaquín Mortiz, México, 1977 (Col. Biblioteca Paralela); 2a. ed., ibidem, 1980; 3a. ed., aumentada, 1983; otra ed., Mortiz/SEP, 1986 (Segunda Serie. Lecturas Mexicanas, 27); 4a. ed., Mortiz, 1991.

Breve antología, Selec. y presentación de Rafael Becerra, México, SEP/Conasupo, s/a (1981?), (Cuadernos Mexicanos, 103).

Poemas sueltos, México, Eds. Papeles privados, México, 1981.

Poesía, La Habana, Cuba, Casa de las Américas, 1987 (Col. La Honda).

Dein Körper neben mir (Tu cuerpo está mi lado) Gedichte Jaime Sabines, Antología, al alemán traducido por Hans-jürgen Schmitt, Frankfurt, Alemania, Vervuert, 1987.

Uno es el hombre, Poemas seleccionados por el autor, Presentación de Luis Donaldo Colosio, acuarelas de José Luis Cuevas, fotografías de Daisy Ascher, Ed. de Mario del Valle, México, Editorial del PRI, 1989; 2a. ed., SEDESOL, 1993.

La luna (visión poética), Ilustr. de Luis Manuel Serrano, México, CNCA, 1990 (Reloj de Versos, 3).

Jaime Sabines de bolsillo (Antología), México, CNCA/Universidad de Guadalajara, 1991.

Otro recuento de poemas 1950-1991, México, Joaquín Mortiz/CNCA/Programa Cultural de las Fronteras/Instituto Chiapaneco de Cultura, 1991.

Jaime Sabines. Antología Poética, Compilación y prólogo de Guadalupe Flores Liera, Santiago de Chile, Fondo de Cultura Económica, 1994.

Pieces of Shadow. Selected Poems of Jaime Sabines. Translated by W.S. Merwin, Foreword by Mario del Valle. Ed bilingüe (español-inglés), México, Eds. Papeles Privados, 1995.

Homenaje Nacional a Jaime Sabines. 70 años, México, INBA, 1996 (Video)

Jaime Sabines en Bellas Artes. INBA/FCE, 1996 (Col. Entre voces) (compact-disc y cassettes).

Les poèmes du piéton (Los poemas del piéton). Selección y prólogo de Marco Antonio Campos, traducción de Émile Martel. Ed bilingüe (español-francés), Québec, Canadá Écrits des Forges (Canadá)/Éditions PHI (Luxemburgo)/ UNAM(México)/Aldus (México), 1997.

Sabines a la mano. poesía escogida, Ed. de Miguel Ángel Porrúa, México, Casa Jaime Sabines, 1997.

Recogiendo poemas. Poemas seleccionados por el autor, Prol de Carlos Monsiváis, México, Ed. Zarebska/TELMEX, 1997.

Los amorosos y otros poemas. Poesía amorosa reunida, Presentación y selección de Mario Bojórquez, Tijuana, CNCA/Centro Cultural Tijuana/Universidad Autónoma de Baja California, 1997.

Recuento de Poemas. 1950-1993, México, Joaquín Mortiz, 1997; 2a. ed., selección del poeta, 1998.

Jaime Sabines. Poesía amorosa, Selección y prólogo de Mario Benedetti, México, Seix Barral, 1999.

*Poemas de Sabines están incluidos en antologías publicadas en más de una docena de lenguas distintas, entre ellas búlgaro, chino, japonés, ruso y esloveno.